HARLEQUIN

JAZMIN



Amor en venta

Argumento

Nick Diamond estaba seguro de que conseguiría que Laura cooperase con él, Al fin y al cabo, la casita que la joven acababa de heredar no era más que una reliquia, y se encontraba en pésimas condiciones. Sin embargo, el terreno sobre el que estaba edificada era vital para el desarrollo de la urbanización que Nick tenía en proyecto, Él quería ese terreno y lo conseguiría al precio que fuese,. Por su parte, Laura se sentía más confusa con cada día que pasaba. Después de todo, no podía estar segura de si Nick estaba tratando de conquistarla o si sólo quería persuadirla de que le vendiese su propiedad.

Capítulo 1

ME TEMO que su decisión es definitiva. Nicholas Diamond adoptó un gesto serio y se pasó los largos dedos por el rizado cabello que había sido como una tortura durante toda su adolescencia. Era lunes por la mañana y, por si fuera poco, pensó muy irritado, le daban una noticia que arruinaba todos sus planes para la nueva urbanización que proyectaba construir.

Estaba en pie de espaldas a la ventana en la oficina del bufete de abogados Farr, Ricci & Gregg, ubicado en el ático del mas moderno rascacielos de Vancouver. El despacho dominaba toda la bahía y la brisa de abril levantaba olas en el agua y hacía ondear las velas de los botes.

Pero a Nick no le interesaba la vista. Le lanzó una turbulenta mirada a su abogado, que le acababa de dar la funesta noticia.

-0 sea -dijo Nick en un tono siniestro-, que el ayuntamiento ha decidido no dar luz verde al proyecto de la carretera de Juniper Ridge.

-Es un contratiempo -le contestó el abogado con calma- pero, al fin y al cabo, no es tan inesperado. Cuando compraste ese terreno de bosque para construir en él, sólo había rumores de que se haría una carretera de acceso por el este. Y tú te la jugaste por esos rumores.

-Me la jugué, maldita sea, porque creía que ganaría. Pero, dado que he perdido, me queda una única ruta de acceso a la zona. A través de...

-¿De las tierras de Charity Brown? ¿Por Sweet Briar? Bueno, podríamos intentarlo otra vez... Pero recuerda que, cuando el abogado de la propiedad localizó finalmente a la pariente que había heredado la casa, ésta estaba muy segura de que no quería venderla.

-La venderá cuando le ofrezcamos un buen precio. Esa chica no es únicamente egoísta, además, no le hizo caso a su tía abuela ni siquiera cuando ésta estaba en su lecho de muerte. Me apuesto lo que sea a que también es ambiciosa. Venderá Sweet Briar cuando le venga bien a ella e impondrá sus condiciones. Y dudo mucho de que se moleste en venir al oeste a ver la propiedad antes de hacerlo.

Nick se metió las manos en los bolsillos con desesperación y jugueteó con las llaves del Porsche.

-En cualquier caso, ahora que el ayuntamiento ya ha tomado una decisión no puedo quedarme sentado sin hacer nada. Llama de nuevo al abogado de la propiedad. Ahora mismo -dijo dirigiéndose hacia la puerta-. Dile que quiero comprarla.

-¿Hasta qué cantidad puedo llegar?

Nick hizo una pausa.

-Hasta la que sea necesaria. Necesito esas tierras y estoy dispuesto

a conseguirlas. Sin ellas, el proyecto de Diamond Forest es inviable.

-Debe de haber algún error -dijo Laura Grant mientras miraba desde el taxi el panorama que se extendía ante sus ojos-. Le he pedido que me llevase a Juniper Avenue.

-Y aquí estamos, señorita -le respondió el taxista, mientras giraba para entrar en un camino pavimentado.

«No», pensó ella atónita, «no puede ser...»

Pero al volver la esquina, vio el letrero que decía el nombre de la calle y se convenció de que el taxista no se había equivocado. Hizo un esfuerzo por controlar la decepción y la sorpresa. Finalmente estaba allí, en el lugar donde había deseado estar durante aquellos últimos y desgraciados años. Pero casi no podía reconocer el lugar que ella conoció.

-Pare -dijo con un temblor en la voz-, por favor.

El vehículo se detuvo a un lado de la calle.

Laura se inclinó hacia adelante para dejar que sus sorprendidos ojos recorriesen a trompicones las enormes y desangeladas casas que, como ciegos y torpes monstruos, ocupaban las laderas de Juniper Ridge.

-¿Quiere ir andando el resto del camino, señorita?

Laura hizo un gesto ausente.

-Un segundo...

El taxista había parado junto a un gran cartel.

DIAMOND WAY - LA URBANIZACIÓN MÁS HERMOSA DE LOS ALREDEDORES DE VANCOUVER FASE FINAL A PUNTO DE COMENZAR

«Dios mío...»

-¿Señorita?

Laura se pasó una mano por la frente y luego, se inclinó para tomar la mochila del suelo.

-Sí -dijo con voz ronca-, voy a seguir caminando.

Laura abrió la puerta y salió del coche. La brisa de mayo le llevó el salado aroma del océano desde la ensenada. Se agarró, confusa ante el aluvión de recuerdos, a la puerta del taxi antes de cerrarla y dar la vuelta para acercarse a la ventanilla del conductor.

-¿Y dice que hace trece años que no viene por aquí? -dijo el taxista, sacando la cabeza por la ventanilla-. No me extraña que no lo haya reconocido. La mayoría de las casas antiguas ya han sido demolidas...

para construir en su lugar mansiones para los ricos. Es una vergüenza que hayan talado todos esos árboles. Muchos tenían cientos de años, y son irremplazables. Esto es obra de Nick Diamond. Por lo que me han contado, es tan duro como su nombre. Ha perdido el alma persiguiendo al todopoderoso dinero. Y, a juzgar por ese cartel, aún no ha terminado.

Nick Diamond. Tan duro como su nombre.

Laura sintió que se le encogía el corazón como queriendo protegerse de las aristas de aquella dura gema. Despreciaba a aquel hombre aún sin conocerlo, aunque no había oído hablar de él hasta hacía unos segundos. Conocía muy bien a los de su raza: sólo les importaban el poder y el dinero.

Al fin y al cabo, había estado casada con uno de ellos durante tres años.

Se esforzó por alejar de su mente las imágenes que empezaban a acudir a ella. Sacó el monedero y le dio un par de billetes al taxista.

-Quédese con el cambio. Gracias.

El coche se alejó entre una nube de polvo y Laura, con la pesada mochila a la espalda y un torbellino de ideas en la mente, comenzó a caminar despacio.

Observó con ojos desolados los colores pastel de las casas a ambos lados de la calle. Eran edificios palaciegos, con garajes enormes, y que dominaban el terreno en el que estaban construidos. Había poca vegetación y los jardines consistían en praderas del tamaño de un sello casi completamente cubiertas por las fuentes, piscinas y caminos adoquinados. Una plétora de Mercedes, Jaguar y otros coches de lujo completaban la escena.

No se veía un alma. No había niños jugando en los jardines, ni parejas paseando al perro, ni madres jóvenes tendiendo la ropa. De hecho, no había cuerdas donde tender la ropa. Probablemente, las habían prohibido, dedujo con un sarcástico gesto. La avenida estaba desierta.

Parecía la calle de una ciudad fantasma.

Y apenas un árbol aquí y allá.

Nunca se podía confiar del todo en los recuerdos de la infancia, y Laura sólo había pasado un verano con su tía Charity, pero aquellas vacaciones le habían dejado un hermoso recuerdo de casitas de cuento de hadas entre una frondosa vegetación.

Al menos, sabía que la casa de su tía seguiría igual. El abogado se lo había asegurado cuando hablaron por teléfono de la herencia.

-Sweet Briar no se ha reformado nunca y, como la señorita Brown pasó los últimos meses en el hospital, encontrará usted la-casa muy

descuidada.

Cuando le había comunicado la muerte del único familiar que le quedaba, Laura había sentido un profundo pesar.

-No me enteré de que estaba en el hospital -le dijo despacio- porque habíamos perdido el contacto. Mi padre y ella se pelearon hace muchos años y me prohibieron que la escribiese. Después de casarme, mi marido...

Se detuvo de repente.

Le hubiera gustado contarle a aquel desconocido cuál había sido la situación entre Jason y ella, le hubiera gustado que él o cualquier otra persona hubiera escuchado sus tristes secretos.

Tras hacer una pausa, el abogado había continuado.

-La mejor opción, económicamente hablando, es poner la casa en venta, señorita Grant. El que esté en mal estado no importa: es el terreno y no la casa lo que tiene valor. Quienquiera que lo compre la demolerá para construir en el solar. La situación es excelente.

Puede que fuese así, pensó Laura, pero no iba a venderla. Lo que no sabía el abogado era que el legado de la tía Charity había sido oportunísimo. Laura no sólo quería la casa, la necesitaba.

Aquel camión surgió de la nada, o mejor dicho, de la vuelta de la esquina. La calle estaba vacía y súbitamente apareció ante ella el enorme vehículo, avanzando amenazador.

Laura se quedó helada un segundo y, entonces, al oír el chirrido de los frenos, dio un salto y se echó hacia la derecha. Perdió el equilibrio al caer y, tras tropezar con el bordillo, se quedó tendida en el suelo al tiempo que la mochila le golpeaba la cabeza.

Le llevó unos segundos recuperarse y el camión ya se había detenido cuando ella consiguió sentarse en el suelo. Oyó que se abría y se cerraba de un portazo la puerta del conductor, oyó unos pasos decididos que se acercaban... Y entonces, una furiosa voz de varón la increpó.

-¿Qué diablos estaba haciendo en medio de la calle? ¿Es que quiere que la maten?

Laura sabía que el error había sido suyo y estaba dispuesta a disculparse. Pero la rabia que sonaba en la voz de aquel hombre le trajo recuerdos de otros reproches y reprimió la disculpa sin ninguna reserva.

Aguantándose el dolor de las rodillas, se puso en pie y se echó al hombro la mochila. Sin embargo, cuando se apartó el pelo de la cara y miró frente a frente al conductor sintió que algo en su interior la impulsaba a retroceder, a protegerse.

Aquel hombre era demasiado. Todo en él era excesivo. Era

demasiado moreno, demasiado alto y demasiado atractivo y, decididamente, demasiado sexy. Tenía un aspecto peligroso y estaba cubierto de polvo. Y de sudor. Y le hacía falta un afeitado. Mucha falta.

Laura respiró hondo, lo cual debía serenarla, pero no la serenó nada. Aquel desconocido irradiaba fuerza y ella supo enseguida por su arrogante actitud, con las piernas separadas y los brazos en jarras, que esas caderas al andar podían enviar unas señales sexuales de lo más irresistibles y sutiles.

Llevaba exactamente la ropa que un hombre así llevaría: una camisa caqui de tela fuerte, gastada y con manchas de sudor y unos vaqueros raídos sujetos por un cinturón con una gran hebilla plateada...

Laura tragó saliva y miró hacia arriba para apartar sus ojos de tal zona.

Tenía el pelo negro y rizado y la piel curtida y morena. Sus facciones eran algo duras: una nariz afilada, pómulos marcados y una mandíbula que indicaba tanta determinación como sus cuadrados hombros. Las gotas de sudor le caían por la frente y también hacían brillar el contorno de su boca, una boca de labios gruesos como hechos para besar. Aunque a Laura no le cabía duda de que besar era lo último en lo que aquel hombre pensaba en ese momento.

Su detallado examen de él terminó con un irritante detalle. Llevaba unas gafas de cristal de espejo y no hacía ningún ademán de quitárselas. ¿Es que no sabía que era de mala educación llevarlas cuando se hablaba con alguien?

-¿No le parece -dijo ella viendo su propia y menuda figura reflejada en las gafas- que quizás iba usted demasiado deprisa?

Hasta ese momento no se había dado cuenta del calor hacía aquella tarde. Entonces, mientras miraba a aquel desconocido, sintió una gota deslizarse por su espalda bajo la camiseta blanca y bajarle hasta la cintura.

Se sintió algo incómoda. Pero no fue solo debido a la transpiración, sino a aquel hombre. Su sexualidad impregnaba el ambiente y las terminaciones nerviosas de Laura reaccionaron ante el mensaje recibido. Ella suprimió aquellas reacciones. ¿Y qué si era devastadoramente atractivo? También lo había sido Jason y, ¿dónde la había llevado aquello?

-Señora -la exasperada voz del camionero penetró entre sus pensamientos-, la calzada es para los vehículos y la acera para los peatones. Si yo hubiera ido con el camión por la acera podría comprender su ridícula actitud...

Cada vez le costaba más concentrarse en lo que le decía. Se había acercado más mientras hablaba y el aire se había llenado de su excitante olor, del olor de horas de trabajo bajo el sol. Un olor que tenía un algo indefinible, un algo erótico y terrenal que era más fuerte que un puñetazo en el estómago.

Laura casi dejó escapar una exclamación cuando lo percibió y sólo con un gran esfuerzo consiguió controlarse. Llegó a la conclusión de que su reacción sólo se debía a que fuese tan distinto a los hombres con los que habitualmente trataba, más tosco, más sexy. Eso era todo...

Se puso en pie todo lo bajita que era.

-Hubiera sido más sencillo -le dijo con una mirada de desprecio- que se hubiera usted parado y simplemente se hubiera disculpado -levantando mucho la cabeza pasó por su lado y se dirigió dignamente al camión-. Pero, tal y como han sido las cosas, tengo intención de quejarme al dueño de su empresa quienquiera que...

Se detuvo súbitamente al leer el nombre de la empresa Diamond en la cabina del camión.

-¡Vaya por dios! -dijo sin ningún intento por disimular su repugnancia.

Normalmente, no acusaba los efectos del cambio horario pero ahora, de repente, empezó a notar los efectos de las cinco horas de vuelo desde Toronto. Empezaron a temblarle las piernas y tenía la boca seca. Había viajado tantos kilómetros buscando un poco de paz y un lugar donde curar sus heridas, y, por fin, ya estaba a pocos metros de Sweet Briar. Lo único que se interponía era aquel malhumorado y maleducado...

-¡Olvídelo! -se volvió y miró al ceñudo hombre-. A una persona como Nicholas Diamond no le va a preocupar en absoluto que uno de sus hombres vaya conduciendo como un loco.

Notó que la expresión del conductor pasaba a ser de sorpresa y que abría la boca para contestar, pero no le dio la oportunidad de hacerlo.

-De hecho -prosiguió en un tono sombrío-, por lo que se de él seguro que le premia si descubre que iba tan rápido para acabar un trabajo -y entonces, antes de irse, quiso asegurarse de decir la última palabra-. Voy a estar pendiente de usted y, si lo veo volver a conducir así, llamaré a la policía. Adiós, señor...

Lanzó a media voz una maldición. Había sido un discurso estupendo, pero le había fallado el final. No -sabía cuál era su nombre.

-Diamond -completó él con un suspiro. Y a continuación, vio cómo en su curtida cara aparecía una sonrisa que le heló la sangre-. Nicholas Diamond -dijo mientras se quitaba las gafas y descubría sus ojos grises

y fríos como el acero-. Mis amigos, que son muchos, me llaman Nick.

Laura lo miró con la boca abierta mientras se alejaba y volvía al camión con la tensión impregnando cada poro de su cuerpo. La camisa caqui casi estallaba sobre los músculos de sus hombros y los vaqueros se le ceñían al trasero y las largas piernas. Lo oyó poner en marcha el camión e, incluso desde aquella distancia, escuchó la sonora y sentida maldición que lanzó.

Se quedó allí parada. El olor a gasolina le llenó las fosas nasales y anuló aquel otro que tanto la había alterado momentos antes. Y allí seguía, sin moverse, con el corazón latiéndole fuerte y despacio, largo rato después de que el ruido del camión se hubiese perdido entre el murmullo de la tarde.

Sweet Briar era exactamente como Laura lo recordaba.

Bueno, el jardín tenía malas hierbas, la puerta y los marcos de las ventanas pedían a gritos una mano de pintura y la puerta de la valla del jardín rechinaba.

Pero, al avanzar por el sendero empedrado, casi podía oír la voz de su tía abuela Charity llamándola como lo había hecho en aquel cálido verano, hace tanto tiempo.

-Vamos, nena, he hecho helado y se va a deshacer enseguida. Deja de saltar a la comba y ve a lavarte las manos. Yo te espero ahí atrás, debajo del manzano.

Charity Brown nunca había estado casada, pero fue profesora durante cuarenta y cinco años y entendía bien a los niños. Le gustaban los niños y a ellos les gustaba ella.

Laura la había querido mucho.

En aquel instante, mientras contemplaba la casita con su maltrecho tejado, tuvo una profunda sensación de regreso al hogar. Y al pararse a aspirar el aroma de los arbustos, Laura sintió que la tensión que la había acompañado durante tanto tiempo empezaba a ceder. Sin embargo, el encuentro con Nicholas Diamond, ad

mitió a su pesar, la había afectado bastante. Especialmente el tiro de gracia.

Cuando le había dicho quién era con aquella arrogancia, aquel desprecio y aquel descaro, había deseado con todas sus fuerzas encontrar algo que decir que le hubiese bajado los humos. Había sido una desgracia encontrárselo precisamente aquel día pero, con un poco de suerte, quizá no volviese a verlo nunca más. Y, aunque hubiera echado a perder Juniper Ridge, aún seguía en su sitio Sweet Briar.

Sólo que…

Se detuvo con un gesto serio. La valla de madera aún separaba el jardín delantero del de la casa de al lado. Sin embargo, en el lugar del seto que había divido los jardines de atrás, había ahora un enorme muro del mismo color crema que la mansión que se asomaba al otro lado. Laura levantó la vista y sintió que el desánimo hacía mella en ella: el segundo piso de la desproporcionada mansión tenía unas enormes ventanas que daban a su jardín posterior.

Miró después hacia el este y vio, con alivio, que el bosque que recordaba aún estaba intacto, sin ningún edificio cuyas ventanas invadiesen su intimidad. Allí se guían creciendo, al aire del Pacífico, la picea y la cicuta y los abetos.

Gracias a dios. Aunque la nueva urbanización ocupaba casi toda la ladera alrededor de su casa por aquel lado, al menos, quedaba el bosque. Treinta acres, si mal no recordaba. Y podría dar paseos por aquel verde santuario como tantas veces había deseado...

Visitar Sweet Briar era lo único que había mantenido viva su ilusión desde que murió Jason. Había esperado aquel día con un ansia cercana a la desesperación. Un día para empezar de nuevo. Pero las cosas habían cambiado mucho y, si el bosque también hubiera desaparecido...

No había sido así y aún podía disfrutar de él. De él y de la casa. E intentaría no prestar atención a todo lo demás, a todo lo nuevo.

Igual que se había negado a prestar atención a las muchas ofertas de compra que le había querido presentar el abogado desde que murió su tía abuela.

-No me interesa venderla -le había explicado Laura una y otra vez-. Ni ahora ni nunca.

-Se ha puesto en contacto conmigo un cliente que está dispuesto a pagar diez veces lo que vale esa propiedad -le había dicho el abogado en un tono que hacía entender que pensaba que estaba loca-. ¡Si se aviene a vender, podrá comprarse una casa impresionante en el mejor barrio de la ciudad!

«Ya tengo una casa impresionante en el mejor barrio de Toronto», estuvo a punto de decirle. Pero no lo dijo. Le repitió, simplemente, que la decisión ya estaba tomada.

En aquel instante, al tiempo que metía la llave en la cerradura, abría la puerta y entraba, sintió que la ilusión le aceleraba el corazón.

Lo primero que advirtió fue que el interior era tan luminoso como lo recordaba. Luminoso y acogedor porque, al fondo, más allá del vestíbulo, estaba la sala de estar con el ventanal que daba al jardín.

La segunda cosa en que reparó fue el olor. No era el olor a humedad que había esperado sino un olor seco, a madera de cedro y

piñas de abeto y a lavanda. Un olor que le hizo sentir nostalgia… y ganas de estornudar.

Tenía que abrir las ventanas antes que nada, pensó mientras paseaba por el vestíbulo.

Pero, al asomarse al salón, los recuerdos la asaltaron con tal fuerza que temió que le fallaran las piernas. Se acercó al sofá y se hundió en él con lágrimas en los ojos. Era tan perfecto, tan hermoso como lo había recordado.

El sol estaba bajo sus rayos penetraban a través de los persianas, dibujando rayas doradas en las blancas paredes. El polvo flotaba en el aire y lo cubría casi todo, aunque Laura apenas lo advertía. Ni eso ni las hojas secas de una planta muerta sobre la alfombra. Lo que veía era el sofá y los sillones tapizados, las lámparas antiguas, las fotografías con el marco de plata, las estanterías de nogal llenas de libros…

Y más allá, el jardín.

Poniéndose en pie de nuevo, se acercó a la puerta ventana y, tras forcejear con el cerrojo, consiguió abrirla. Dejó la mochila en el suelo y salió al soleado patio. Alzó la cara al sol y respiró hondo varias veces el salado aire que llegaba del mar.

Había vuelto allí por todo aquello: por aquella paz, aquel aislamiento, por la unión con la naturaleza. Si había algún lugar en la tierra que pudiera curar sus heridas, era aquel.

Con los ojos aún nublados, miró a su alrededor y vio el seto de espino blanco que le daba nombre a la casa, y tras él el revoltoso riachuelo y el ondulante campo cubierto de flores. Las azaleas empezaban a florecer y la clemátide trepaba por la vieja espaldera del patio…

Y había malas hierbas por todas partes, advirtió Laura. Empezaría a arrancarlas al día siguiente, si el buen tiempo seguía. Los días de lluvia trabajaría dentro y los de sol en el jardín. Se abrazó a sí misma en un gesto de alegría y se dio cuenta, sin sorprenderse mucho, de lo delgada que se había quedado.

Se prometió, así pues, que se cuidaría más. Seguro que recuperaba el apetito y empezaría a comer como era debido, y a hacer ejercicio.

La sola idea ya la llenaba de energía. Recorrió la casa sintiéndose tan ligera que casi iba bailando. Y mientras iba mirando un objeto conocido tras otro, sonreía a través de las lágrimas. Se sentía tan bien allí…

Unos minutos más tarde, al tumbarse en el sofá, notó que el torrente de energía se había agotado y había quedado exhausta. Se quitó las sandalias, se acurrucó y se arropó con la tela que cubría el

respaldo del sofá.

Sabía que no iba a dormir, estaba demasiado nerviosa, pero descansaría un rato y luego, se levantaría para cenar algo.

Mientras tanto…

Capítulo 2

¿NICK...?

-Sí... -dijo Nicholas Diamond, levantando la vista del escritorio.

Su hermana acababa de entrar en el estudio cerrándose la bata premamá.

-Dios mío, Sally -dijo mirando el reloj-, son más de las doce. Creía que te habías acostado hacía mucho, cariño. ¿No deberías...?

-Es que me había acostado. Me he levantado hace un rato para ir al servicio...

Sally Peterson se detuvo y se mordió el labio con nerviosismo. Nick alzó las cejas.

-No estás preocupada porque James no esté, ¿verdad? dad? Ya se lo asustadiza que eres y por eso te dije que te quedaras aquí mientras él estaba fuera.

-Creo que alguien ha entrado en la casa de al lado.

-¿En Sweet Briar? -dijo él, extrañado-. ¿Quién iba a querer entrar ahí? Seguro que no hay nada en esa casucha que merezca la pena robar.

-Sí, pero cuando he pasado junto a la ventana hubiera jurado que he visto la puerta de atrás abierta. Completamente abierta.

-Probablemente habrá sido un efecto visual -Nick miró los documentos que tenía sobre el escritorio. Tenía que terminar aquello antes de la reunión del día siguiente con el abogado-. ¿No crees que deberías volver a acostarte y...?

-Nicholas, si, como tú dices, no hay nada que merezca la pena ahí dentro, ¿no se le podría ocurrir al ladrón intentarlo en alguna otra casa? -le dijo ella con una mirada cargada de significado.

Nicholas se puso en pie con un suspiro.

-Muy bien. James te ha dejado a mi cargo, o sea, que iré a patrullar -le lanzó una mirada burlona-. Si no he vuelto en media hora, llama a la policía.

-Gracias, Nicky.

-Y ahora, vete a la cama. ¿Están dormidos los niños?

-Del todo. Tienen suerte, son demasiado pequeños para preocuparse de ladrones, asaltos y asesinatos y...

Nicholas la hizo callar poniéndole un dedo sobre los labios.

-Ya está bien -le dijo con suavidad-. Sabes perfectamente que esta casa tiene un estupendo sistema de alarmas. Sólo voy a ir a mirar para que te quedes tranquila -entonces le puso las manos en los hombros y la dirigió hacia su habitación-. Vamos, ve a la cama y deja de preocuparte. Todo está bajo control.

«Dios mío», pensó Nick unos minutos más tarde, «Sally tiene razón».

Cruzó sigilosamente el patio de atrás de Sweet Briar y se acercó a la puerta ventana que, efectivamente, estaba abierta de par en par. Justo al entrar, una nube ocultó la luna y lo sumió todo en la oscuridad. Él protestó para sí y se movió con cautela, haciendo un esfuerzo porr oír cualquier sonido. Pero los únicos ruidos que oía venían de fuera: el rumor del viento, el murmullo que llegaba desde la carretera, el ladrido de un perro...

Estaba tan concentrado en la escucha que no puso cuidado al andar y acabó tropezando con un objeto grande que yacía en el suelo. Cayó con una exclamación sobre un mueble tapizado. Un sofá, pensó él.

En aquel momento, la luna quedó de nuevo al descubierto y al incorporarse pudo ver, en el sofá y escondida bajo una tela, la figura de un joven. El ladrón del que Sally habló. Nick llegó a la conclusión de que se había ocultado al oírle acercarse y que el bulto con el que había tropezado era la bolsa del botín.

¡Ladronzuelo descarado!

-¡Levanta! -la orden de Nick resonó contra las paredes y, al mismo tiempo, la figura hizo un movimiento sobresaltado y su blanca cara asomó por encima de la manta.

Laura, al oír aquella brusca voz, había pensado que estaba soñando. Pero, al abrir los ojos y retroceder ante la enorme silueta que proyectaba su sombra sobre ella, se dio cuenta del olor a madera y lavanda y supo que no estaba soñando.

Estaba en Sweet Briar. Se había tumbado en el sofá y había quedado profundamente dormida durante horas. Veía la luz de la luna que entraba por las ventanas y delineaba la enorme silueta del hombre que se inclinaba sobre ella.

-¡Levanta! -le gritó este de nuevo-. Y sal de aquí, escoria, o te las verás con mis puños...

Laura se encogió al ver que le levantaba la mano aunque, al tiempo, se daba cuenta de que no iba a pegarla. Lo que tenía intención de hacer era tirar de la tela que la cubría, cosa que hizo antes de tirarla sobre el suelo. Al volverse de lado para hacerlo, su perfil se dibujó en contraste con la luz de la luna por un segundo.

Y durante aquel segundo, su cara y su ronca voz hicieron reaccionar la mente de Laura y todo encajó. Aquel hombre no era un

desconocido.

Poco a poco estiró las piernas. No estaba segura de qué hacía allí Nicholas Diamond, pero parecía muy enfadado. Pensaba que era ella la intrusa y no él. Y no estaba de humor para escuchar explicaciones.

Cuanto antes se apartase de su camino, mejor.

En aquel instante, las nubes volvieron a ocultar la luna y la habitación volvió a quedar oscura como boca de lobo. Se deslizó de sofá y se movió furtivamente, casi sin respirar, hacia la puerta del jardín. Si conseguía salir podría esconderse en el jardín hasta que...

Una tosca mano la tomó del brazo y la hizo dar un gritito.

-¿Intentabas escaparte, eh? -dijo en tono de burla-. ¡Si hubieras comido más zanahorias de niño verías mejor en la oscuridad!

Laura ni siquiera intentó zafarse de él. Sabía que sería inútil.

-Mire usted -le dijo casi sin aliento, pero con un tono frío-, no se quién cree usted que soy, o qué cree que hago aquí, pero mi nombre es Laura Grant y esta casa me pertenece. Y ahora, si no es mucho pedir, ¿le importaría soltarme? -advirtió con satisfacción que la presión de su mano se había debilitado y, finalmente, se soltó de él-. ¡Y salga de mi casa!

Durante un instante que pareció no acabar nunca, el silencio reinó en la habitación, roto solamente por la agitada respiración de Laura. Cuando ya parecía que él no iba a responder nunca se oyó su voz, ronca y con un deje de desaprobación hacia si mismo.

-Acepte mis disculpas, por favor, señorita Grant. Creía que...

-No me interesan nada sus disculpas -le espetó ella y mucho menos lo que creyese. Lo único que quiero es que se vaya y se mantenga fuera de mi camino para que no tenga que volver a verlo. ¿Cree usted -añadió con sarcasmo- que lo conseguirá?

-Si es usted realmente la nueva dueña de Sweet Briar me temo que no, no lo voy a conseguir.

-¿Y eso por qué? -le preguntó ella en un tono helado.

-Porque vivo en la casa de al lado. Y en el futuro, nos veremos con mucha frecuencia, le guste o no.

Lo oyó dirigirse hacia la puerta que daba al jardín y después, se escuchó que arrastraban algo. Estaba volviendo a meter la mochila en la habitación. Un segundo después oyó cerrarse la puerta ventana y después, a la luz de la luna lo vio pasar junto a la ventana con las manos en los bolsillos.

También observó, con furia, que en sus labios había una sonrisa.

Sorprendentemente, se había vuelto a dormir después.

Creía que no podría. Aquel encuentro la había dejado temblando de rabia y se había tumbado en el sofá pensando en levantarse y tomarse un café cuando dejase de temblar. Sin embargo, cuando volvió a abrir los ojos, el sol ya brillaba, invitándola a levantarse. Miró el reloj y vio que eran las nueve de la mañana.

Se desperezó y bostezó y el estómago le hizo unos ruidos de protesta. Se levantó, recogió la mochila y se dirigió al cuarto de baño. Se lavó un poco y pensó en ducharse mas tarde, después de limpiar un poco todo aquello.

Se recogió el pelo en una coleta y, justo cuando se iba a volver, se detuvo a examinar su aspecto en el espejo del lavabo.

Qué criatura tan insulsa y poco atractiva era. Su largo cabello castaño no tenía fuerza ni brillo. Su piel, aunque sin defecto alguno, estaba muy pálida y marcaba demasiado su hermosa y recta nariz y sus pómulos. Incluso tenía los labios pálidos. Meneó la cabeza. Los ojos, azules como el mar del Norte, de donde venía su familia materna, estaban apagados y sin vida. Como el alma que reflejaban.

Suspiró con tristeza mientras se metía la camisa beige por dentro de los vaqueros. ¿Qué había sido de aquella alegre adolescente que se había casado, como en un cuento de hadas, con uno de los solteros mas codiciados de Toronto? ¿Estaría aún ahí, en alguna parte?

Una extraña idea le llegó entonces a la cabeza y se quedó parada, pensando, con la mano sobre el pomo de la puerta. Después de la muerte de Jason, había decidido volver a usar su nombre de soltera, Laura Grant. ¿Por qué, entonces, había estado a punto de decirle la noche antes a Nicholas Diamond que su nombre era señora Thorne? ¿Era porque había sentido que necesitaba protegerse de él? ¿Acaso había pensado que estaría más segura si la creyese casada? ¿Más segura de qué?

¡Era demasiado temprano para complicarse la vida con aquellos problemas tan abstractos! Abrió la puerta del baño y se encaminó a la cocina.

Era una habitación pequeña, con las paredes blancas, el suelo de linóleo verde y las estanterías de madera de haya. La ventana daba al este, al bosque, y Laura miró el sol elevarse sobre las copas de los árboles. No había una nube y el cielo estaba de un color entre azul y gris. Más tarde iría a dar un paseo por el bosque. El primero de muchos, muchos paseos, esperaba.

Sobre una mesa había una cafetera. Laura la aclaró y, acto seguido, abrió un paquete de café que había llevado. En unos minutos, el ambiente estaba impregnado del aroma del oscuro líquido.

Mientras el café iba goteando en la jarra, Laura sacó el pan de la

mochila y enseguida el olor a pan tostado se unió al anterior. Limpió, canturreando, la mesa y una de las sillas. Para cuando terminó, el desayuno estaba listo. Pero acababa de sentarse y darle el primer sorbo al café cuando oyó sonar el timbre.

Parpadeó, sorprendida. ¿Quién podía ser? Excepto Nicholas Diamond y Marvin Twigg, su abogado, nadie sabía que estaba allí.

Dejó la taza en la mesa, se puso en pie y cruzó el vestíbulo. La puerta delantera era de roble y tenía una mirilla a la altura de los ojos. Una mirilla cubierta por un paño de encaje.

A través del encaje vio que fuera esperaba una atractiva chica morena de facciones marcadas y con el pelo largo y rizado.

Laura descorrió el cerrojo y abrió un poco la puerta. De inmediato, se dio cuenta de que la desconocida estaba embarazada. Muy embarazada. Su vestido premamá parecía una tienda de campaña.

-¿Sí? -dijo Laura en un tono cauteloso.

Los ojos grises de aquella mujer eran cálidos, y su sonrisa agradable, aunque algo triste.

-Hola -le dijo-. Soy Sally Peterson, de la casa de al lado. He venido para... disculparme por lo de anoche.

Laura esperó a que continuase.

-Mire -le explicó Sally-, lo que ocurrió fue culpa mía. Me levanté para ir al cuarto de baño y, cuando vi la puerta del patio abierta, pensé que alguien había entrado a robar. Entonces, le pedí a Nick que viniese a echar una ojeada -sonrió como disculpándose-. Lo demás ya lo sabe.

¿Aquella agradable y amistosa mujer vivía con Ni

cholas Diamond? Tenían distinto apellido, o sea, que no estaban casados. 0 puede que sí. Ya no era tan raro que una mujer mantuviese su apellido de soltera. Y estaba esperando un hijo. Un hijo de él, claro. No se imaginaba a Nick Diamond aceptando ninguna otra posibilidad. Pero aquella mujer era tan agradable... ¿Cómo habría llegado a mezclarse con un tirano como...?

-Es mi hermano. Mi gemelo, de hecho. Hablo de Nicky.

Era su hermana, no su esposa. A Laura le chocó la manera en que se le aceleró el corazón al oírlo. ¿Qué le importaba a ella si Nicholas Diamond estaba casado o no? Además, el que aquella chica no fuese su mujer no quería decir que no tuviese mujer...

¡La mente se le había disparado como si aquel hombre tuviese algún interés para ella! Quizá fuese aún el cansancio del viaje. Era la única explicación posible.

De improviso se dio cuenta de que la mujer la estaba mirando como esperando. ¿Esperando qué? ¿Es que había dicho algo?

-Si se acaba de mudar tendrá mucho que limpiar esta mañana pero, ¿no le gustaría venir a casa esta tarde? Nick tiene una piscina y podemos bañamos o, si no, tomar un café y hablar un rato.

Laura había pensado que le resultaría fácil adaptarse a su nuevo hogar, y estar sola y mantenerse alejada de los vecinos. No había contado con alguien tan amistoso como esta Sally Peterson.

-Gracias, pero... tengo que salir esta tarde.

-Entonces en otro momento -le dijo con una gran sonrisa-. Llámeme cuando esté libre, el número está en la guía. El número de Nick, claro. Ahora estoy saliendo muy poco, me faltan sólo tres semanas, y agradecería mucho un poco de compañía. Espero que me llame -se volvió para irse pero se detuvo en seco-. Casi se me olvidaba... -dijo acercándole una bolsa de papel- esto es para usted. Son bollos de arándano: acabo de sacarlos del horno.

Tras dudarlo un segundo Laura tomó la bolsa.

-Gracias -le dijo sonriendo al fin-, muchas gracias.

Y tras esto, volvió al interior y cerró la puerta.

Cuando Laura voló hacia Vancouver dejó atrás, en el garaje de su mansión de Toronto, su Volvo color crema, el Ferrari rojo de Jason y el Rolls plateado que usaban en las ocasiones especiales. Podría haber hecho que le llevaran uno de aquellos vehículos a Sweet Briar, pero quería volver a lo básico. Quería una casa sencilla y un tipo de vida sencillo. Y eso incluía, al menos de momento, un modo de transporte sencillo.

Laura miró al jardín desde el asiento de la ventana, donde se encontraba sentada poco antes del mediodía. Se había pasado la mañana limpiando a fondo la cocina, hasta que todo estuvo reluciente. En aquel momento, mientras terminaba con el último bollo de Sally, pensó en todo lo que tendría que comprar cuando fuese de tiendas.

Lo primero de la lista era una bicicleta.

Con la libreta en el regazo y el bolígrafo golpeteándole los dientes, recordó que al llegar había visto, desde el taxi, un pueblo al pie de la colina. A lo mejor, allí encontraba una tienda de bicicletas. Empezó a hacer la lista, comenzando por la bicicleta y añadiendo después suficiente comida para sobrevivir varios días. Cuando acabó se desperezó y sonrió. Antes de ir de compras, incluso antes de ducharse y cambiarse, había algo que quería hacer. Había un sitio donde quería ir. Algo que se había prometido a sí misma como premio por todo lo que había trabajado aquella mañana.

Se puso en pie y se metió la lista en el bolsillo antes de llevar el

plato vacío a la cocina.

Y entonces, con la ilusión burbujeándole por dentro como si fuese champán, se dirigió a la puerta delantera.

NO PASAR SE AVISARA A LA POLICÍA

Laura miró sin poder creerlo al cartel que había clavado a la puerta de la valla que daba paso al bosque. ¿Quién lo habría puesto? ¿Desde cuándo estaba allí? Desde luego, cuando ella pasó aquel verano en Sweet Briar no estaba. En aquella época, cualquiera podía disfrutar del bosque.

Sintió que la decepción la invadía como una bilis amarga. Todo, pensó con tristeza, había cambiado. Primero, las casitas demolidas; después, en el jardín de atrás ya no tenía ninguna intimidad; y ahora, le prohibían pasear por el bosque. Se apoyó en un poste de la valla intentando contener las lágrimas.

Al menos la casa de su tía abuela seguía igual. Y daba gracias por eso. Pero ahora, en vez de estar enclavada en un lugar privilegiado, parecía ser la última superviviente en un mundo nuevo y desconocido.

-¡Disculpe!

No había oído acercarse a nadie por el sendero del bosque. Entonces, al tiempo que daba un respingo, advirtió la presencia de aquel hombre que esperaba a que se apartase para pasar. Aquel hombre, por un segundo no lo había reconocido, pero luego su corazón se lanzó al galope al verlo, era Nicholas Diamond.

Llevaba una camisa gris claro con las mangas subidas, dejando al descubierto sus musculosos antebrazos, y unos pantalones azul oscuro. La corbata era gris claro y azul y llevaba los zapatos relucientes. Lo único que le daba un toque de desenfado a su atuendo era que llevaba la chaqueta sobre el hombro, colgada del pulgar. De no ser por ese detalle, se hubiera dicho que acababa de salir de una de esas revistas para ejecutivos.

Se dio cuenta de que la expresión de indiferencia había dado paso a un gesto serio.

-¿No es usted la joven que iba por medio de la calle ayer? -le preguntó con tono de censura.

Abrió la portezuela de madera y la cerró tras él sin apartar su mirada de ella.

-¿Y no es usted el gamberro que casi me atropelló ayer? -le respondió ella con sarcasmo.

La había reconocido por su primer encuentro pero, obviamente, no la relacionaba con la mujer con la que había forcejeado la noche

antes.

-¿Qué hace usted por aquí? -le dijo bruscamente señalando el cartel-. No se permite el paso ahí -intentó continuar, pero Laura lo interrumpió con un gesto de desprecio.

-¡Ya lo veo! Y quienquiera que haya puesto ese cartel debería ir a que lo viese un psiquiatra. El bosque le pertenece a todo el mundo y, mientras lo respete, deberían permitirle a la gente que paseara por él a su antojo -lo miró fijamente-. Aunque es evidente que esas cosas a usted no lo detienen. ¿Es acaso una de esas personas que rompe las reglas por diversión?

La brisa le llevó el aroma de su cuerpo sin que ella pudiese evitarlo. No era en este caso el mismo olor natural, cargado de feromonas, que había percibido el día anterior. Era el aroma de una colonia limpia y fresca. Un olor que la atrajo de un modo distinto, pero que la aturdía y fascinaba igualmente.

Sintió que la boca se le secaba mientras esperaba la respuesta de él.

Cuando, por fin, habló, el tono fue el mismo que había usado el día anterior y tenía la misma expresión fría en los ojos.

-El bosque -le dijo- me pertenece.

Laura se quedó sin habla y se olvidó incluso de la boca seca. Pero solo un segundo. Cuando él pasó junto a ella, rozándola con la chaqueta, ella se apartó un poco y le espetó:

-¿Y se lo guarda todo para usted solo? ¿No cree que eso es ser un poco... egoísta?

Él se volvió y clavó los ojos en ella.

-¿Egoísta? No -le dijo abiertamente-, no creo. Dígame, ¿tiene usted un empleo?

No, no lo tenía. Buscarlo iba a ser una prioridad en cuanto estuviese instalada en Sweet Briar, pero no tenía intención de contarle todos sus planes a aquel hombre. Levantó entonces la cabeza con mucha dignidad y le dijo:

-Sinceramente, no creo que eso sea asunto suyo.

-¿0 sea que cree que soy egoísta? -rió con amargura-. Señora, egoísmo es lo de gente como usted que se cree que el mundo les tiene que mantener. Si tuviera un trabajo, en vez dedicarse a pasear por ahí, puede que algún día consiguiese comprar usted también una parcela de terreno. Y cuando ese día llegue, podrá usted decidir qué hace con ella y a quién deja pasear por ella. Mientras tanto, no se aproveche de nosotros, los que nos hemos ganado lo que tenemos.

Para su espanto, Laura notó que las lágrimas luchaban por salir otra vez. Era absurdo el modo en que aquel hombre y ella se

enfrentaban. Si era verdad que el terreno del bosque era suyo, tenía todo el derecho a disfrutarlo él solo. Y, aunque en sus planes no estaba relacionarse con los vecinos, lo último que había esperado era entrar en guerra con uno de ellos. Podía ser una situación muy desagradable, dado que vivían puerta con puerta.

Abrió la boca para explicarle quién era e intentar suavizar las cosas entre ellos y, en aquel momento, la distrajo ruido de un coche que se acercaba tocando el claxon. Cuando se volvió, vio parar un Jaguar azul claro a unos veinte metros de donde estaban

Una mujer de piernas largas y cabello largo y rubio salió de él con un vestido del mismo azul claro que le ceñía la hermosa figura. Apenas miró a Laura e hizo sonar sus pulseras de plata al alzar el brazo para saludar a Nicholas.

-¿Estás listo, Nick?

Tenía la voz dulce, con esa sensualidad que atraería a un hombre de cualquier edad. Una voz a la que sería difícil resistirse, pensó Laura.

Nicholas Diamond no mostró ningún signo de intentar resistirse.

-Ahora mismo voy, Melody -le dijo con desenfado.

Antes de alejarse le lanzó una breve mirada a los ojos a Laura.

-Recuerde lo que le he dicho -le advirtió-: el bosque es propiedad privada.

Dicho lo cual, se dirigió con paso firme hacia el Jaguar como si ya hubiese olvidado la existencia de Laura.

Capítulo 3

TRAS EL altercado con Nick Diamond, Laura se duchó y cambió y bajó al pueblo, donde se compró una sólida bicicleta de segunda mano. Antes de volver a casa, fue al supermercado y compró provisiones para una semana.

Fue una suerte que lo hiciese, ya que al día siguiente amaneció muy lluvioso y sin ningún aspecto de cambiar en breve.

Aunque el mal tiempo fuese algo deprimente, también tenía sus ventajas. Como no podía salir, Laura se dedicó a limpiar a fondo la casa y a revisar la ropa y otros objetos de Charity para decidir qué guardaba y qué no. En el proceso, derramó más de una lágrima.

Le llevó seis días completar la tarea y, durante todo ese tiempo, llovió insistentemente. Pero el séptimo día al levantarse, comprobó que la lluvia había parado durante la noche.

Cruzó bostezando el salón para salir, aún con el albornoz, al jardín.

El canto de los pájaros le dio la bienvenida. Las gotas de agua brillaban como joyas sobre las verdes hojas. Alzó el rostro hacia el cielo, con los ojos cerrados, y estiró los brazos tanto como pudo. El cinturón del albornoz se le desató y los rayos del sol le bañaron las piernas y el escote. Se sentía libre y se sentía bien, a pesar de que le dolían los músculos. Era un dolor agradable, fruto del trabajo bien hecho.

Estaba a punto de cerrarse el albornoz y volver dentro cuando notó que alguien la miraba. Levantó la cabeza para mirar hacia la casa de al lado y se quedó helada.

Nick Diamond estaba junto a la ventana. Al menos veía la parte superior de su cuerpo. Podía estar semidesnudo... o desnudo del todo, pensó sonrojándose. La parte de su cuerpo que se veía era turbadoramente masculina: unos hombros anchos y bronceados y unos brazos fuertes, tanto como el amplio pecho cubierto de vello negro.

Ella ahogó una exclamación cuando sus miradas se cruzaron y sintió que le temblaba el pulso: durante un breve instante, había visto algo sexual en su gris mirada. Su expresión, sin embargo, cambió inmediatamente. De repente, adoptó un gesto como si alguien le hubiese golpeado en la cabeza desde atrás.

Laura comprendió que él acababa de llegar a la conclusión de que la mujer a la que casi atropelló, aquella a la que había prohibido el paso al bosque y la mujer con la que había forcejeado aquella noche en la casita eran una misma persona.

Pero, antes de que ella reaccionase, antes de que pudiera levantar la cabeza y volver dentro de la casa, él levantó una mano y la saludó con una expresión burlona y desapareció.

Sintió que el resentimiento surgía en su interior mientras reparaba en lo desagradable de la situación. No había nada que pudiera hacer para evitar que Nick Diamond la observase cuando quisiera desde la ventana.

Recordó cómo, durante el verano que pasó allí a los diez años, Charity a menudo se había quitado la blusa después de limpiar el jardín y se había quedado descansando en una tumbona sólo con unos pantalones cortos y el sujetador mientras ella jugueteaba en bañador.

¿Cómo habría reaccionado la anciana al ver que construían una casa tan alta que le robaba toda la intimidad al jardín de atrás? ¿Habría continuado, debido a su edad, tomando el sol con el...?

En aquel momento, oyó un ruido que interrumpió sus pensamientos. El inconfundible sonido de un cuerpo lanzándose al agua. Un cuerpo de hombre, supuso ella con irritación, un bronceado y glorioso cuerpo que estaría nadando en una lujosa piscina.

El sol brillaba cada vez más pero, para Laura, era como si estuviera nublado. Aquella mañana estaba ya arruinada, como lo estarían todas si tenía que pasarlas tan cerca de Nicholas Diamond.

Fue más tarde, tras ducharse y vestirse, cuando decidió que sólo había una cosa que podía hacer si quería disfrutar de la vida en Sweet Briar. Intentar no pensar en su vecino. Tenía que borrar a aquel hombre de su mente. Si no, cada minuto allí sería insoportable. Se estaría preguntando constantemente si la estaría observando o no mientras cuidaba el jardín, tendía la ropa o leía a la sombra del manzano.

Y estaba dispuesta a eliminarlo de sus pensamientos.

Había planeado trabajar en el jardín aquella mañana y pensaba hacerlo. Si Nick Diamond no tenía nada mejor que hacer que mirarla, peor para él.

Se sentó a desayunar y tomó uno de los libros de jardinería de Charity. Lo apoyó en el paquete de cereales y se sumergió en la lectura del capítulo La poda de los rosales.

Media hora más tarde, se encaminó a la caseta en busca de una par de tijeras de podar. Las encontró enseguida y en muy buenas condiciones.

Se aproximó con cierta excitación al primer rosal y, con una sonrisa en los labios, podó con cautela la primera ramita.

Progresó rápido y adquirió confianza. Después de comer, volvió a

salir para podar el último macizo de rosales, que estaba junto al muro que separaba Sweet Briar de la otra casa.

Durante la mañana, había estado oyendo los ruidos que llegaban del otro lado: la voz de Sally y las de los niños. No había tardado mucho en llegar a la conclusión de que eran dos chicos, Matthew y Michael, y que eran bastante pequeños.

Después de comer, debían de estar durmiendo la siesta porque no se oyó ningún ruido por la tarde hasta que le llegaron las voces de Sally y su hermano.

Laura estaba podando el penúltimo rosal y ellos hablaban de alguien llamado James, que resultó ser el marido de Sally y que estaba en viaje de negocios. Laura intentó no escuchar lo que decían. Incluso pensó en toser, o algo así, para hacerles saber que estaba allí. Finalmente, decidió que entonces tendría que hacerlo cada vez que ellos estuvieran en su jardín y ella en el suyo, y eso sería ridículo.

En vez de eso, procuró podar más aprisa y casi había terminado cuando oyó que Sally contestaba a un apagado comentario de Nick:

-Sí, es curioso como han pasado las cosas, ¿verdad? Antes de casarme, Melody y yo pasábamos tanto tiempo juntas y... ¡ahora la ves tú más que yo! Y te hace bien, Nick. Os complementáis perfectamente. Te calma cuando el trabajo te agobia demasiado, lo cual sucede a menudo.

Laura trató de hacer oídos sordos a su conversación pero, entonces, la voz de Nick llegó, alta y clara, hasta ella.

-...ideas poco realistas sobre el matrimonio. Tienes que reconocer que lo de James y tú es un caso poco común, la excepción que confirma la regla. Yo no espero tanto del matrimonio, yo procuraré que sea algo más parecido a un acuerdo de negocios.

-¿Cómo que un acuerdo de negocios?

-Bueno, dejándolo todo claro antes, para que no haya ninguna sorpresa desagradable. Quiero que nos pongamos de acuerdo en cuanto a las condiciones y reflejar éstas después en un contrato que los dos firmaremos. Cuando lleguen los niños, tendremos que redactar un segundo contrato, claro...

-¿Cuántos niños?

-Dos. Un niño y una niña.

Sally rió.

-¿Pero es que de verdad lo tienes todo planeado? Nick, la vida no es tan simple -dijo algo más que Laura no consiguió oír y los dos rieron-. Este calor me está matando. Me voy para adentro.

Laura oyó sus pasos cruzando el patio y después, débilmente, la voz de Nick.

-Yo voy a salir en diez minutos. Tengo que ir al centro: quiero saber si se ha hecho algún progreso en lo de...

Los pasos y las voces se perdieron.

Laura soltó aire y fue entonces cuando se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Se irguió e hizo un gesto de desagrado mientras se secaba la frente con la mano. Había estado espiándoles, ésa era la verdad.

A pesar del sentimiento de culpa, no pudo evitar alegrarse. Haber oído todo aquello confirmaba la opinión negativa que ya tenía de Nick Diamond. Aquel hombre no era un ser humano, era casi una máquina. Alguien debería advertírselo a la futura novia, quienquiera que fuese. ¿Acaso la rubia Melody, que contaba con la aprobación de Sally?

Laura alejó a Nick Diamond de su mente mientras terminaba con los rosales. Lo que hiciese o con quién se casase no era, por suerte, asunto suyo.

Estaba en la habitación preparándose para bajar al pueblo a comprar comida cuando oyó el ruido del Porsche de Nick maniobrando en el sendero del jardín y saliendo a la calle.

Con un gran esfuerzo, reprimió el deseo de correr a la ventana para asegurarse de que se había ido y continuó peinándose y observando los largos mechones de color castaño. Debería cortárselo y rizárselo, pensó. Estaba mucho más guapa cuando lo llevaba así, de adolescente. Cuando conoció a Jason.

La mirada se le ensombreció al pensar en él. Después de casarse, le había dicho que no le gustaba nada su pelo e insistió en que se lo dejase de su color natural. Suspiró. La verdad es que la había dominado y ella no había hecho nada por evitarlo. A las pocas semanas de su boda, ya la había transformado: había cambiado su aspecto, su apariencia.

Jason había arrinconado sus pantalones de diseño y sus blusas de seda, la ropa ajustada y corta de verano, sus anillos y pulseras favoritos... Y la había hecho cambiar todo aquello por prendas que detestaba, de colores insulsos y sin ningún estilo, y que habían hecho entristecerse su cara y ocultado su atractiva figura. También le había prohibido que llevase mas joyas que el anillo de prometida y el de casada. Laura se había sentido como una mariposa a la que hubieran obligado a volver a ser un gusano.

Al principio, pensó que Jason actuaba así porque era doce años mayor que ella y encontraba sus gustos algo inmaduros. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que sus motivos eran más profundos y

oscuros: era celoso y posesivo.

Dejó entonces el cepillo y miró su reflejo en el espejo. Aún llevaba ropa que Jason le había comprado: unos pantalones cortos color beige poco favorecedores y una blusa del mismo color.

Algún día, se prometió, iba a ir de compras. Y a la peluquería. Pero había estado encerrada tanto tiempo que le costaría salir de nuevo a la luz. Claro que ya llegarla el día en que se sintiese con fuerzas para olvidar a Jason, para olvidar su frialdad y su desprecio.

Y ese día, pensó con ilusión, podía llegar muy pronto.

Estaba saliendo de casa con la bicicleta cuando vio a Sally salir corriendo de su jardín.

Cuando Laura la saludó, ésta se volvió a mirarla con un gesto triste.

-¡Se me ha escapado Nick! Vaya... He llamado a la tienda de vídeos del pueblo para que me reservasen una película, y me han dicho que sólo hasta las tres y media. Quería que Nick la recogiese de camino. Bueno, tendré que llamar y decir que anulen el pedido.

-Yo voy al pueblo ahora. Si quieres, la puedo recoger por ti.

-¿De verdad? -dijo Sally-. No sabes cómo te lo agradezco. Espera un momento, voy a por el monedero...

-No, no, ya me lo darás después.

-Ven luego por la puerta de atrás, si no te importa. El timbre de la principal hace muchísimo ruido y despierta a los niños.

-Muy bien -dijo Laura, al tiempo que empezaba a pedalear.

Sally era tan amable, reflexionó mientras bajaba la colina. ¿Cómo era posible que alguien tan agradable tuviese los mismos padres que un ser tan odioso como Nicholas Diamond?

¡Era un misterio incomprensible!

Cuando volvió, entró en su casa a dejar la comida que había comprado antes de acercarse a darle la cinta de video a Sally.

La otra mujer debió de haber oído abrirse la verja porque, cuando Laura llegó a la parte de atrás de su casa, ésta ya estaba saliendo a recibirla. Llevaba una bandeja con vasos y una jarra de limonada.

-¡Ya estás aquí, qué bien! -dijo mientras se dirigía a una mesita-. Ven a tomarte un vaso de limonada.

Laura le mostró la cinta de video.

-Gracias -le dijo Sally aceptándola con una sonrisa tal que Laura sonrió también.

El agua de la piscina brillaba como un espejo.

-Algo frío me vendrá muy bien, gracias.

-Estás en tu casa -dijo señalando hacia una tumbona-. Ah, ahí en la bandeja está el dinero -añadió antes de volver al interior de la casa.

Laura estaba guardándoselo en el bolsillo cuando Sally salió otra vez.

-Yo no me voy a sentar en una tumbona: me da miedo no poder volver a levantarme nunca más -y riendo se sentó en una silla de cocina.

-¡Qué piscina tan bonita! -murmuró Laura.

Y realmente era muy hermosa, pero Laura no pudo evitar comparar la formalidad de aquel jardín con el encanto del jardín de estilo inglés de Charity.

Sin pensarlo se apartó el pelo de la sudorosa nuca. Incluso a la sombra hacía mucho calor.

-Ya veo que tienes tanto calor como yo. ¿Por qué no vas a ponerte el bañador y nos damos un chapuzón?

-No tengo bañador -dijo ella sin pensar.

Se mordió el labio. No tendría que haber dicho eso.

-¿Que no tienes bañador? -dijo Sally en tono de sorpresa.

Con tanta naturalidad como pudo, Laura le contestó:

-El que tenía se me estropeó y aún no me he comprado uno nuevo.

-Bueno, pues la próxima vez que vayas de tiendas cómprate un bikini para que nos podamos bañar juntas.

Laura intentó encontrar algo que decir para zanjar la cuestión. Ya nunca se ponía bañador, ni volvería a hacerlo jamás. Aunque las cicatrices de la espalda ya estaban bien cerradas seguían allí, y allí iban a seguir siempre. Sintió un escalofrío al pensar en ellas.

-Gracias, Sally, pero la verdad es que no me gusta mucho nadar -mintió al fin.

-¡Qué pena! -contestó Sally-. Bueno, si cambias de opinión...

-¡Hola!

Laura sintió que todo el cuerpo se le ponía rígido al oír el saludo de Nick tras ella. No lo había oído llegar. Hizo acopio de valor y se volvió un poco para mirarlo.

-Nick -le dijo Sally-, llegas muy pronto.

-Tuvieron que cancelar la reunión a última hora -dijo caminando hacia Sally, pero mirando a Laura.

-Pues es una lástima que tuvieras que ir hasta allí con el calor que hace -Sally entonces señaló a Laura-. Ya os conocéis, ¿verdad?

-Sí -dijo él con los grises ojos fijos en Laura-, ya nos conocemos.

No había derecho a que un hombre fuese tan atractivo. Era tan

masculino, con aquella camisa blanca y el nudo de la corbata a medio deshacer, con aquellas largas piernas y aquel estómago como una tabla... Laura sintió que la sangre le hervía y tuvo tentaciones de llevarse el helado vaso a las mejillas.

¿Qué estaría pensando él mientras la miraba tan fijamente? ¿En lo insípida y poco atractiva que era? No había manera de saberlo: sus ojos no dejaban adivinar sus pensamientos. Lo vio apoyar los dedos en el hombro de Sally.

-Sally, cariño, he oído a los niños andando por la casa.

-¿Ya se han despertado? Gracias, Nick -dijo poniéndose en pie-. Ahora mismo vuelvo. En cuanto les ponga el bañador a Matt y Mike, porque seguro que quieren bañarse. Es una pena -dijo alejándose ya- que a Laura no le guste el agua. ¡Podíamos haber tenido una fiesta en la piscina!

En el momento que la puerta, se cerró tras de Sally, Laura sintió que se ponía aún más nerviosa. ¿Por qué no se movía aquel hombre? ¿Por qué no se iba, o se sentaba? No soportaba que se quedase de pie ante ella, le resultaba amenazador. Y no soportaba el silencio.

-0 sea que -dijo él en un tono neutral- usted es la sobrina nieta de Charity Brown.

-Eso es -contestó ella, intentando parecer tranquila y dándole un sorbo a la limonada-. Era la tía de mi padre.

Él tenía las manos en los bolsillos e hizo sonar las llaves del coche.

-Estuvo aquí de pequeña, tengo entendido.

-¿Cómo que tiene usted entendido? -dijo ella, levantando las cejas.

-Digámoslo de otro modo. Sé que estuvo usted aquí. Charity Brown me contó que pasó aquí un verano.

-Sí, con diez años.

-¿Y no se mantuvo en contacto con ella después?

Laura sintió cierta alarma: había notado su tono de desaprobación, incluso de crítica.

-No me lo permitieron. Cuando mi padre vino a buscarme al final del verano, mi tía y él discutieron. Mi padre era bastante rencoroso y, desde entonces, devolvió todas las cartas de mi tia y me prohibió que yo la escribiese.

-Era el batería de un grupo famoso, ¿no?

¿Cuánto le había contado Charity a aquel tipo? A Laura le irritó que supiese tanto de ella.

-Un grupo muy famoso -le dijo con orgullo-. Viajó por toda Norteamérica y, tras morir mi madre, cuando yo tenía seis años, me llevó con él.

-Me imagino que vivir en la carretera no sería muy bueno para su

educación.

Ahí estaba otra vez aquel tono de crítica.

-Mi padre era un hombre muy inteligente -dijo dejando el vaso en la mesa-, y me enseñó él mismo con la ayuda de los cursos por correspondencia.

-0 sea, que es usted una mujer preparada, señorita

Grant -dijo con una voz suave-, y muy capaz de tomar

sus propias decisiones. Por curiosidad, ¿,aún está bajo la influencia de su padre y le obedece ciegamente?

-Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años -le dijo Laura con una mirada de rabia-. ¿Dónde quiere ir a parar?

-¿Y cuántos años tiene ahora?

-Veintitrés pero...

-A donde quiero llegar, señorita Grant, es a esto: puedo entender que una niña, incluso una adolescente, obedezca a su padre en todo. ¿Pero no ha desarrollado un criterio propio en todos estos años? Me encantaría saber por qué no intentó ponerse en contacto con Charity Brown cuando se hizo adulta. Ella me dio a entender que la relación entre ustedes dos había sido profunda y que significaba mucho para ella.

-Para mí también significaba mucho -dijo ella desafiante, pero con la voz temblorosa-, pero eso no es asunto...

-¿Significaba tanto que no encontró un minuto para venir a visitarla? Nunca llamó, ni la escribió ni vino a verla. Ni siquiera cuando estaba en él hospital a punto de morir. Sin embargo, cuando fallece y le deja su casa, usted se las arregla para hacer un hueco en su ocupada vida y venir aquí... cuando ya es demasiado tarde.

Las últimas palabras las pronunció con dureza, marcando cada sílaba.

Laura sintió que se le cerraba la garganta y empezó a levantarse. No tenía por qué aguantar aquello. Pero, al tiempo que se erguía, vio la mano de él cayendo hacia su rostro y con una exclamación volvió a caer en el tumbona.

Entonces, aún temblando, lo oyó decir algo y lo miró. Tenía una expresión de no poder creer lo que veía.

-¡Era un moscardón! -exclamó él-. Iba directo a su ojo. ¿Es que no lo ha visto? Por dios, no habrá pensado que iba a pegarla, ¿no?

Ella trató de dejar de temblar, pero sin éxito. Durante su matrimonio, tras los gritos de los ataques de celos de Jason, había temblado muchas veces durante horas.

-Claro que no.

Aquellas palabrass sonaron, milagrosamente, convincentes. Lo

miró a los ojos y, de alguna parte, sacó las fuerzas suficientes para relajarse y decir:

-Ahora, si me disculpa -dijo poniéndose en pie de nuevo-, tengo que irme. Sólo he venido a traerle a Sally una película. Por favor, déle las gracias de mi parte por la limonada.

Y, sin esperar respuesta, se volvió y se alejó de él. Las rodillas le temblaban y amenazaban con ceder bajo su peso, pero ella puso toda la fuerza de voluntad que poseía en no dejar que eso ocurriese.

Al abrir la verja le pareció oírle decir algo, pero el ruido de esta al cerrarse apagó las palabras que este pudiera haber dicho.

Cuando llegó a su propia casa, ya tenía lágrimas en los ojos. Pero no estaba dispuesta a llorar. No pensaba dejarse dominar por los horribles recuerdos.

Cerró la puerta y se quedó apoyada en ella. Aquel pobre hombre, pensó con una triste sonrisa, ¡qué sorprendido se había quedado al ver su reacción! ¿Estaría aún preguntándose por qué ella había actuado así, o se habría olvidado ya de ella?

Se apartó de la puerta y se dirigió al salón, donde los rayos de sol bañaban los muebles tapizados y la vieja madera. Se quedó parada junto a la puerta del jardín. Deseaba pasear por él, serenarse con su tranquila belleza. Pero no podía.

Nick Diamond podía subir al segundo piso y verla desde una ventana. Antes, había decidido olvidar que existía. Ahora, sabía que aquello era imposible.

Capítulo 4

AL DÍA SIGUIENTE volvió a hacer mal tiempo y Laura se dedicó a catalogar la vasta colección de libros de Charity. No se detuvo para comer, sólo tomó algo de queso para aguantar, y, hacia las cinco, decidió hacer una pausa y preparar la cena.

Iba de camino a la cocina cuando oyó el timbre y cambió de dirección. Al abrir vio allí, para su sorpresa, a un niño con un impermeable amarillo. Tenía cara de pánico y estaba a punto de llorar.

Laura se agachó para estar a su altura.

-¿Qué ocurre? -le preguntó-. ¿Quién...?

-Yo soy Matt -dijo él de repente-. Y es que mi madre... Se ha caído en la cocina y me ha dicho que viniese a buscarte, si estabas en casa.

Laura metió al niño dentro.

-¿Sally?

El asintió con los labios apretados y sin poder hablar.

Laura trató de controlar su propio pánico. Tomó al niño de la mano y corrió con él hasta la hermosa puerta de la casa vecina.

-No está cerrada -murmuró Matt.

Entraron en el amplio vestíbulo y el viento cerró la puerta de un portazo.

Matt tiró de la manga de Laura.

-Es por aquí...

-¿Eres tú, Matt? ¿Vienes con Laura? -se oyó la voz de Sally desde el fondo de la casa-. ¿Estaba en casa o...? ¡Ah, Laura, gracias a dios!

Laura lanzó un gritito al ver la voluminosa figura de la otra mujer tendida en el suelo. A su lado, abrazado a ella y llorando, estaba el hermano de Matt.

-¿Has llamado a la ambulancia? -le dijo Laura, arrodillándose a su lado.

-No, primero quería saber si estabas en casa. No podía dejar a los niños aquí solos si me llevaban al hospital. He intentado levantarme, pero luego he pensado que sería mejor esperar a que llegasen los... -la cara de Sally se contrajo y no terminó la frase.

-¿Estás de parto? -dijo Laura en un susurro.

Sally tardó unos veinte segundos en responder y luego dejó escapar un suspiro tembloroso.

-He tenido las primeras contracciones justo después de salir Nick, hace un par de horas. Podría haber llamado para decir que volviese a casa, pero sabía que esa reunión era muy importante. Tendría que haber estado de vuelta a las cuatro y media. Iba a llamarlo cuando me he mareado y me he caído. Laura, ¿podrías quedarte tú con los niños

hasta que vuelva él? Ya sé que es un incordio pero...

-Por supuesto que me quedaré.

-No sabes cuánto te lo agradezco -contestó Sally con un tono de alivio que lo decía todo.

Laura se irguió y se volvió para ver que Matt ya había descolgado el teléfono por ella.

-El número de la ambulancia está ahí, escrito en un papel -dijo Sally, acabando la frase con un quejido.

A Laura sólo le llevó un momento recibir la respuesta de que una ambulancia estaría allí enseguida.

-Niños -dijo Sally con la voz débil-, me tienen que llevar al hospital. Es dos semanas antes de lo que pensábamos y por eso no está aquí papá para cuidaron. Laura se va a quedar con vosotros hasta que vuelva el tío Nick: portaos bien con ella y haced que se sienta como en casa. ¿Me lo prometéis?

-Sí, mamá -dijeron los dos a coro.

-Muy bien, pues, ahora, dadme un abrazo los dos.

La ambulancia llegó en cuestión de minutos. Laura y los dos niños se quedaron mirando mientras los enfermeros tendían a Sally en una camilla y la sacaban de la casa.

-¿Vendrás a verme al hospital? -gritó Sally, cuando estaban a punto de meterla en la ambulancia-. Ah, Laura, tienes que llamar a Nick y explicárselo. El teléfono de la oficina está en su estudio. Dile que todo va bien, pero que se ponga en contacto con James...

Las puertas del vehículo se cerraron y, unos segundos más tarde, el aullido de la sirena se había perdido entre el ruido de la tormenta.

Laura volvió al interior de la casa con los niños y cerró la puerta. Al volverse, se encontró con las caras llorosas de Matt y Mike contemplándola. Los miró un instante con la mente en blanco. No tenía ninguna experiencia con niños y no sabía qué hacer.

Entonces, se dio cuenta de que el aspecto que ellos tenían era el que ella debió tener cuando la dejaron con su tía abuela Charity, hace tantos años. Ella también había llorado al irse él. También había tenido miedo.

¿Y qué había hecho entonces Charity? Laura empezó a recordarlo todo de golpe y, con una gran sonrisa, les tendió la mano a los niños.

-¿Sabéis -preguntó en tono alegre- cómo convertir una cama en una tienda de campaña?

Mike frunció el ceño y Matt preguntó, dubitativo:

-Una tienda de campaña... Pero, ¿cómo?

-¡0 sea que no lo sabéis, eh! Pues yo os lo voy a enseñar. Pero antes tengo que llamar a vuestro tío. ¿Sabe alguien dónde está el estudio?

-¡Yo, yo! -gritaron los dos a un tiempo.

Los dos tiraron de ella hasta conducirla a una amplia habitación con una alfombra persa decorada en cuero y madera.

-Y ahora, tengo que encontrar el número... -dijo mientras miraba en la agenda que había sobre el escritorio.

-¡Vámonos arriba, Mike! -y entonces, Matt se volvió y añadió-: Laura, te esperamos arriba.

Ella los miró brevemente.

-¡Ni se os ocurra esconderos de mí, niños! -dijo intentando reprimir una sonrisa.

Ellos se miraron entre sí y rieron antes de correr hacia la puerta. Un momento después, sus piececitos estaban subiendo los escalones.

Laura encontró el número de Nick y lo marcó. Casi inmediatamente escuchó su impaciente voz.

-Nick Diamond.

-Soy Laura -dijo ella-, Laura Grant.

Hubo un tenso silencio. Ella se imaginó su serio gesto.

-Sí.

Ella percibió su hostilidad.

-Llamo desde su casa -dijo agarrando con más fuerza el auricular-. Su hermana se ha caído...

-¡Sally! -la hostilidad dio paso a la preocupación-. ¿Está bien?

-Acaba de llevarla al hospital una ambulancia. Está de parto. Me pidió que me quedase con los niños...

-¿Puede usted quedarse hasta que llegue? -le dijo bruscamente-. Quiero ir directamente al hospital desde aquí.

-Sí, me quedaré tanto tiempo como sea necesario.

-Puede que llegue tarde. ¿Sabe James lo que ha pasado?

-No.

-Me pondré en contacto con él ahora mismo.

Hubo otra pausa, una corta, y entonces, se escuchó de nuevo su voz.

-Gracias -dijo con más suavidad-. Le debo una.

-Dígale a Sally que le deseo suerte -murmuró-. Espero que todo vaya bien.

-Seguro que sí.

Tras colgar, Laura se quedó abrazada al teléfono un momento. Qué tranquilidad debía de inspirar el saber que se podía contar con él en una emergencia. Era alguien en quien se podía uno apoyar. Qué suerte tenía Sally: Nick estaba dispuesto a dejarlo todo para ayudarla.

¡Qué diferencia respecto a la forma en que Jason la había tratado a ella! Él siempre había sido lo más importante para sí mismo.

Apartó aquellas ideas de su mente y dejó el teléfono sobre la mesa. Al cruzar la habitación para salir, reparó por primera vez en el cuadro que había sobre la chimenea.

Era una preciosa escena de jardín. El pintor había captado con tal maestría los rayos de sol y el colorido de las flores que Laura casi podía sentir el calor del sol y aspirar el aroma de las flores...

Un ruido que llegó desde arriba interrumpió sus pensamientos y continuó su camino, no sin antes preguntarse quién sería aquel artista con tanto talento.

Corrió escaleras arriba y, al llegar al descansillo, escuchó unas risitas que venían de una habitación a su derecha y se dirigió a ella. Al acercarse, vio un par de camitas y unos pies que salían por debajo de una de las dos. Entonces oyó un murmullo y los pies desaparecieron.

Se aclaró la garganta para anunciar su presencia y, entonces, desde el centro de la habitación y con los brazos en jarras, dijo en un tono de exagerada sorpresa:

-Bueno, ¿dónde se habrán escondido ahora estos dos canallas?

Nick no llegó hasta pasada la medianoche.

Laura sintió que el corazón le daba un vuelco al escuchar sus pasos en el vestíbulo.

-¡Laura, ya estoy aquí! Ah, está usted aquí -entró quitándose la oscura chaqueta-. ¿Cómo están los chicos? ¿Todo va bien?

Parecía cansado, pero eso le daba un aspecto aún más masculino.

-Sí, ningún problema -dijo ella, mordiéndose entonces el labio-. ¿Está Sally...?

El sonrió y eso borró de su cara la fatiga y le quitó diez años de encima.

-Está muy bien. James llegó justo a tiempo para ver cómo nacía la niña que tanto quería Sally. Ambos están encantados. Todos lo estamos.

-Me alegro tanto... Entonces, ¿la caída no le provocó ningún daño?

Nick arrojó la chaqueta sobre una silla.

-No, tuvo suerte.

Se acercó a Laura y a ésta le costó trabajo no dar un paso atrás y apartarse. El magnetismo que despedía era tan potente que sintió que le aturdía los sentidos.

-Me pidió que le diese las gracias.

Tenía el botón del cuello de la camisa desabrochado y el nudo de la corbata deshecho. Laura se lo imaginó paseando con impaciencia por la sala de espera del hospital, preocupado por Sally.

-Bien -dijo ella torpemente-, ahora tengo que irme. Me alegro de que todo haya ido bien.

A1 pasar por su lado, él la tomó del brazo. Ella lo miró atónita.

-James va a pasar la noche en el hospital -dijo él-. A mí me apetece brindar por mi nueva sobrina, pero nunca me ha gustado beber solo. ¿Por qué no toma algo conmigo?

Aunque sus dedos la sujetaban con suavidad, su tacto hacía que a Laura le subiese por el brazo una extraña y peligrosa corriente. Su instinto le aconsejó que rechazase aquella invitación, pero comprendió que sería de mala educación.

-Gracias -dijo consiguiendo sonreír y soltándose de él con naturalidad-, me parece una buena idea.

-Vamos al salón.

Entraron y él se encaminó hacia la barra del fondo mientras ella se sentaba al borde de uno de los sillones de cuero negro.

La habitación era magnífica. Desde la ventanas se veía una impresionante vista del mar y las luces de la ciudad al otro lado de la ensenada. Laura se sorprendió pensando en que Jason hubiera estado allí como en casa. Se lo imaginó apoyado en la repisa de la chimenea con uno de sus trajes perfectamente cortados y su pelo perfectamente peinado...

Pero, al igual que la casa que habían compartido en Toronto, aquello no era un hogar. Laura lo había deducido a partir de lo poco que había visto y le había horrorizado. Aparte del desorden en la habitación de los niños, algunas cosas de Sally en la cocina y aquella pintura tan sentimental del estudio, todo lo demás que había visto tenía un aire de fría perfección.

El ruido de una botella al descorcharse le hizo volver a la realidad y al mirar vio a Nick sirviendo dos copas de champán. Se acercó y le ofreció una.

-Por la niña -murmuró.

-Por la niña -tras dar un sorbo Laura añadió-. ¿Cómo la van a llamar?

-Como yo voy a ser el padrino, se va a llamar Nicola.

-Es un nombre muy bonito.

Había un cierto nerviosismo en el ambiente que hizo sentirse a Laura como si estuviese en una primera cita. ¡Qué ocurrencia tan ridícula! Lo único que Nick Diamond quería era unos minutos de su tiempo para no celebrar el nacimiento solo.

Aquella idea debería haberla tranquilizado, pero no fue así. Y él no parecía hacer ningún esfuerzo por aliviar la tensión, si es que la notaba, claro. Sin embargo, ella se sintió en la obligación de hacerlo.

Carraspeó, lo miró deseando que se sentase, y dijo en un tono alegre:

-¿Ya ha sido padrino alguna vez?

«¡Muy bien, Laura, muy ocurrente!», pensó.

-No, va a ser mi primera experiencia.

-Pero, ¿le gustan los niños?

-Me encanta estar con los chicos, con Matt y Mike. Nunca te aburres cuando están cerca. Me gustaría tener más tiempo para pasarlo con ellos.

Laura alzó las cejas.

-Siempre se puede encontrar tiempo para hacer las cosas que de verdad queremos hacer.

En aquel instante, se dio cuenta de que la frase había sonado como la de una profesora regañando a un párvulo por no haber hecho los deberes.

-El trabajo va antes del placer, señorita Grant -le dijo Nick suavemente.

Laura dedujo por el brillo de sus ojos que estaba pensando en que ella no tenía trabajo.

-Cuando alguien tiene su propio negocio, le queda muy poco tiempo para lo demás.

-Pero en la vida de una persona tiene que haber cierto equilibrio -contestó ella-. Es muy importante...

-Equilibrio -dijo Nick terminando su copa de champán-. 0 sea, que usted, Laura Grant, piensa que soy insulso.

Se estaba riendo de ella. Estaba allí de pie, con la cabeza alzada y una chispa de burla en los grises ojos riéndose de ella. Laura notó que se sonrojaba, pero aceptó el reto.

-No lo conozco lo suficiente para decirlo, señor Diamond -le dijo encogiéndose de hombros-. La verdad es que no parece usted insulso, aunque estoy segura de que eso lo notará usted cada vez que se mire al espejo. Pero creo que, si su vida es tan limitada, la gente puede que encuentre algo aburrido estar con usted durante cierto tiempo.

-La gente con la que trabajo comparte mis intereses y siempre estamos demasiado ocupados como para aburrirnos. Ahora dígame, señorita Grant, ¿hay equilibrio en su vida?

-No -contestó ella-. No lo hay.

-Entonces, está viendo la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

-La diferencia es -le contestó Laura con un aire retador- que yo tengo intención de hacer algo respecto a ese desequilibrio. Y ya que estamos con frases geniales, tal vez debería reflexionar sobre ésta: la vida no es un ensayo general. Para cuando descubra usted que le ha

dedicado demasiado tiempo a trabajar y amasar una fortuna y que ha dejado pasar otras cosas, cosas más importantes, puede que sea demasiado tarde.

-Uno hace lo que tiene que hacer.

Aunque dijo aquellas palabras en un tono desenfadado, Laura notó que el brillo de sus ojos se había apagado. Ya no se estaba riendo de ella, ya no estaba retándola. Su expresión se había vuelto ausente y su mirada sombría como si estuviera muy lejos, en un lugar desolado, a juzgar por su expresión.

Ella era quien había llevado la conversación en aquella dirección y a ella le correspondía cambiar de tema.

-¿Qué hace James? -le preguntó.

El parpadeó y su atención volvió a fijarse en ella.

-¿El marido de Sally? Es representante de una compañía internacional que fabrica chimeneas a gas. Está en el puesto más alto de todo Canadá. Le va bien.

-Debe de estar muy orgulloso de su familia. ¡Qué suerte tienen de tener a los dos niños y a la niña ahora! -Laura se alegró de estar de nuevo en terreno seguroNicola... ¿Le van a poner algún otro nombre?

-Jane -dijo él en un tono extrañamente brusco.

-¿Por alguien en particular o sólo porque a Sally le gusta el nombre?

-Nuestra madre se llamaba Jane.

-Lo siento... ¿Murió?

-Eso es -y una oscura emoción apareció por un segundo en sus ojos. A Laura no le dio tiempo a analizarla, pero le resultó muy familiar-. Nuestra madre está muerta.

La crudeza de su respuesta le hizo sentir que había tocado un punto delicado. En pocos segundos, la tensión había aumentado tanto que casi la podía oír vibrar. El tono de Nick le había dejado claro que no quería seguir hablando del tema y ella no tenía ninguna intención de empeorar la situación. Maldito hombre... La había puesto en una posición que ella ni siquiera había buscado: estar allí tomando una copa con él.

Se terminó el champán y depositó con cuidado la copa en la mesa. Entonces se puso en pie y dijo suavemente:

-Creo que me voy a ir ya.

Él no intentó persuadirla de que se quedase un rato más ni le ofreció otra copa de champán. Inclinó la cabeza como aceptando su decisión y la acompañó hasta el vestíbulo, donde ella tomó su chaqueta del perchero.

Una vez fuera, vieron que la lluvia había cesado aunque el viento

era aún fortísimo. A pesar de sus protestas, Nick la acompañó hasta Sweet Briar y la llevó del brazo mientras avanzaban contra el viento. Se quedó parado de espaldas al viento mientras ella abría la puerta de casa y justo antes de volverse le dijo secamente:

-Buenas noches y gracias por cuidar de los niños.

-De nada -contestó ella, aunque dudó de que la oyese porque ya se estaba alejando.

Una vez dentro, Laura se sentó en la cama y se quitó las sandalias. Qué hombre tan extraño, pensó. ¿Por qué se habría puesto tan serio al hablar de su madre?

Entonces se dio cuenta, como por ensalmo, de dónde había visto antes aquella expresión de angustia de su mirada: en sus propios ojos, durante su matrimonio con Jason. Estaba intentando olvidar todo aquello y mirar hacia el futuro, aunque no le iba a resultar nada fácil.

En el caso de Nick Diamond, se imaginaba que le iba a costar deshacerse de los recuerdos que le atormentasen, cualesquiera que fueran. Su madre estaba muerta. Quizás había sucedido algo entre ellos antes de que muriese y luego, él no tuvo ocasión de reconciliarse con ella. No era el tipo de hombre que estuviese dispuesto a aceptar la ayuda de un profesional para resolver sus problemas emocionales, reflexionó Laura. Lo consideraría un signo de debilidad y preferiría llevar su angustia dentro hasta la tumba.

Suspiró al ponerse en pie para empezar a desvestirse. No había nada que pudiera hacer para ayudarlo, suponiendo que él se lo permitiera. Además, ella ya tenía bastantes problemas.

Había llegado muy lejos, pero aún le quedaba mucho camino por recorrer.

A la mañana siguiente, hacia las diez, llamaron a la puerta Matt y Mike con un hombre alto y rubio que resultó ser James Peterson, el marido de Sally. Matt llevaba un paquete que le tendió con una tímida sonrisa.

-Bombones belgas -le aclaró James con una sonrisa-. Fue idea de Sally. A mí se me había ocurrido traerle flores, pero ella me dijo que ya tenía muchas en el jardín. Además no quiere solamente darle las gracias: ¡también quiere que engorde usted un poco!

Laura rió mientras él añadía:

-Va a estar otros cuatro días en el hospital y me ha comentado que le encantaría que fuese a visitarla si tiene tiempo. Yo me he tomado un par de semanas de vacaciones, pero no podré ir por las tardes al hospital debido a los niños. A Sally le gustaría mucho que usted fuese

entonces a visitarla.

Laura contestó algo que no la comprometiese mucho y le ofreció una taza de café.

-Gracias -respondió James-, pero acabo de tomarme uno con Nick. Ahora voy a llevar a los chicos al hospital para que conozcan a su nueva hermana.

Matt y Mike se mostraban impacientes y Laura dijo entonces:

-En ese caso, no quiero entretenerlo más. Salude a Sally de mi parte y déle las gracias por estos bombones tan buenos.

Poco después, vio salir el coche de James seguido del Porsche de Nick. Decidió pasar la mañana trabajando en el jardín, dado que sabía que Nick no la estaría espiando desde alguna ventana.

Al principio no tenía intención de visitar a SalIy: no quería relacionarse aún más con Nick Diamond o su familia. Pero no podía dejar de pensar en ella. Y no podía dejar de pensar en lo agradable que sería ver a la recién nacida y acunarla aunque fuese un momento.

Al final, la tarde antes de que le dieran el alta a Sally, Laura bajó al pueblo y compró un mono rosa y blanco para el bebé. Tomó dos autobuses y llegó al hospital a las siete.

Sally estaba en una habitación individual, con la niña en una cunita a los pies de la cama. Pero, en vez de estar en la cama, como Laura se había imaginado, la vio junto a la ventana al entrar. Cuando la oyó, se volvió rápidamente, haciendo revolotear su bata roja.

-¡Laura! -le dijo, dándole un cálido abrazo-. ¡Me alegro tanto de verte!

Aunque estaba algo pálida los ojos le resplandecían.

-He traído un regalito para Nicola Jane -le dijo Laura-. He comprado la talla uno, me imagino que ya tendrás mucha ropa para recién nacido.

-Sí, tienes razón -dijo abriendo con deleite el paquete-. No tenías que haber traído nada... Pero, ya que lo has hecho, me encanta. Es práctico y bonito. ¡Ven a ver a la niña!

Laura sintió que los ojos le ardían al ver al bebé. Te,nía el pelo rubio y fino, la piel clara, las facciones perfectas... Pero fue la fragilidad de su diminuto cuerpo lo que la conmovió.

-Es tan bonita -dijo con la voz ronca-, y tan pequeña. Nunca hubiera pensado que pudiera haber unos dedos tan pequeños. Es la primera vez que veo un recién nacido. ¿No te da miedo hasta tomarla en brazos?

-Con Matt sí me pasó, pero ya tengo experiencia -rió Sally-. Mira.

Con una delicadeza que contradecía sus palabras, tomó el bulto envuelto en una manta rosa y le acercó la niña a Laura.

A ésta se le encogió el corazón al tomarla en brazos y mirarla.

-Es adorable. Tienes una familia maravillosa.

La tristeza en la voz de Laura resonó en la silenciosa habitación y entonces, ella tuvo la sensación de que alguien la observaba. Alzó la cabeza y vio allí a Nick. ¿Cuánto tiempo llevaría allí?

Sally se volvió y le sonrió.

-¡Nick! Creía que no ibas a venir esta tarde.

Y tras acomodar al bebé en la cuna, se acercó a Nick y se abrazaron.

-He pensado que a lo mejor te venía bien un poco de compañía y, claro, ¡quería asegurarme de que mi ahijada estaba bien cuidada! Hola -le dijo a continuación a Laura-, no la había visto desde la noche que cuidó a los niños.

-Qué suerte tuvimos de que estuvieses en casa -intervino Sally-. No sé qué hubiera hecho si no...

-Me alegro de haber podido ayudar. Ah, y gracias por los bombones, Sally. Me encantaron.

Nick se había acercado a la cuna y estaba contemplando a su sobrina.

-Parece que está en el mundo de los sueños -dijo acariciándole la mejilla con la yema del dedo.

Laura, al ver la ternura de su expresión, sintió que algo surgía en su interior. No sabía muy bien qué era. ¿Cómo era posible que se tratase del mismo hombre que a ella la trataba con tal brusquedad?

Sally emitió un bostezo.

-El mundo de los sueños: ahí es donde yo quisiera estar -dijo con pesar.

Nick miró a su pálida hermana con gesto preocupado.

-¿Cuándo tiene Nicola la próxima toma?

-Acabo de darle una.

-En ese caso -le dijo él con firmeza-, métete en la cama y nosotros nos vamos a tomar un café. Si en quince minutos volvemos y no te has dormido, nos quedaremos un rato más -añadió ante las protestas de Sally-. Si estás dormida, llevaré a Laura a casa.

-Eres la persona más dominante que conozco -dijo Sally, al tiempo que se desabrochaba la bata-. Lo siento, Laura. Me hubiera encantado hablar un rato contigo. Mira, si estoy dormida cuando volváis, ya sé lo que puedo hacer: pasar a tu casa a verte la semana que viene, cuando me sienta con mas fuerzas.

-Eso espero -contestó Laura, sabiendo que se dormiría enseguida y

no hablarían aquella tarde.

-Vamos -dijo Nick, tomándola del brazo-, la invito a un café.

Una vez fuera de la habitación, Laura se apartó de él.

-No hay necesidad de que me invite usted a ese café -le dijo secamente-. Ya he tomado algo antes de venir.

-Es una cuestión social -le dijo él con calma-, no una cuestión de si lo necesita o no. Además, quiero hablar con usted.

-Si quiere hablar conmigo -repuso ella- e insiste en llevarme a casa, no tenemos que bajar a la cafetería. Podemos hablar en Sweet Briar. A menos que quiera volver a ver a Sally.

-No, la conozco y ya estará profundamente dormida. Tomaremos esa taza de café en su casa.

Acto seguido la guió hacia el ascensor poniéndole la mano en espalda.

-Tengo el coche en el aparcamiento -añadió.

El ascensor llegó justo en aquel instante, de lo cual Laura se alegró. No podía evitar que el contacto de su mano la turbase, aunque sabía que era una mera formalidad por su parte.

«Concéntrate en otra cosa», se dijo a sí misma. Algo que no fuese la excitación que experimentaba cada vez que aquel hombre la rozaba. ¿Y qué mejor que en la conversación que iban a mantener? Le había dicho que quería charlar con ella. Pero, ¿de qué?

Capítulo 5

¿QUIERE USTED comprar Sweet Briar?

Laura dejó la taza sobre la mesa del jardín y se tomó un momento para ordenar sus ideas. Cuando Marvin Twigg le habló de las ofertas de compra de la casa, ella no se interesó por la identidad de los compradores, ya que jamás consideró la idea de vender. Nunca se le había ocurrido que Nick Diamond fuese uno de los interesados y, sin embargo, no era tan sorprendente.

La simple visión de la anticuada casita debía de ser un reto para él. Seguramente, estaba deseando demolerla para construir allí otro monumento dedicado a su propio éxito. Se esforzó por mantener la calma y lo miró fijamente.

-Cuando mi tía abuela vivía -le dijo-, ¿le hizo usted alguna oferta de compra?

-Sí -contestó él, desde la silla de cedro de enfrente-. Hace un par de años.

-¿Y qué dijo? -preguntó Laura, alzando las cejas.

-Que no.

-Ya...

-Entonces, ¿está usted interesada en venderla?

Laura decidió aplazar la respuesta.

-¿Demolería Sweet Briar para construir una de esas monstruosas casas en su lugar?

-No.

-¿No derribaría la casa? -dijo ella sin poder ocultar la sorpresa-. ¿La reformaría entonces?

-Yo no he dicho eso.

-Pues ¿qué es lo que haría?

El se puso en pie y dio unos pasos antes de volverse a mirarla.

-En un par de meses, la urbanización Diamond Way estará acabada y entonces, empezaré con la fase final del proyecto. Me arriesgué al comprar el terreno sobre el que voy a construir. Había rumores de que el ayuntamiento iba a hacer una carretera de acceso a la zona por el este y ahora, han tomado la decisión de no hacerla.

-Y, ¿qué tiene eso que ver con mi casa?

-Debido a la situación de ese terreno, con el acceso cerrado por los acantilados, casas a un lado y tierras estatales al otro, la única vía de acceso que queda es a través de su propiedad.

Laura bajó la cabeza y cerró los ojos. Empezó a dolerle la cabeza inmediatamente. No podía ser verdad. Estaba malinterpretando lo que él decía...

Pero cuando al fin volvió a mirarlo no le quedó duda de sus

intenciones.

-No me estará diciendo... -murmuró.

-Sí -dijo él en tono de hombre de negocios-. La fase dos es construir en el bosque. Dejaré algunos árboles, pero edificaré unas treinta viviendas de lujo en esos acres. Por eso necesito su propiedad. Será una pena tener que derribar Sweet Briar pero, admitámoslo: los tiempos cambian y el progreso debe continuar. Esa casa es un anacronismo y ocupa un espacio muy valioso. Nuestros abogados pueden ocuparse de ultimar detalles pero, como ya sabe, mis ofertas han sido muy generosas. Le he ofrecido mucho más de lo que este lugar vale. Sería usted muy tonta si...

-¡Pues llámeme tonta entonces, señor Diamond! -exclamó ella con rabia, poniéndose en pie de un salto-. Y llámeme también un anacronismo. Sabe, hay cosas que el dinero no puede comprar y Sweet Briar es una de ellas. Como ha dicho, se arriesgó cuando compró el terreno del bosque y esta vez ha perdido. Ahora, no tengo más que decirle aparte de que salga de mi casa, por favor.

Se volvió y, conteniendo la emoción, se encaminó hacia el interior. Entonces, cerró de un portazo y echó las cortinas para no verlo siquiera.

Pero, antes de eso, captó brevemente su imagen: tenía la cara contraída y los puños apretados. Le vinieron a la mente recuerdos de otro hombre, de otra rabia y de otro tiempo.

Y aún así, lo que sintió fue orgullo. Estaba orgullosa de sí misma. Había dado un paso más para conseguir llegar al punto en que nadie pudiese asustarla u obligarla a hacer algo que no deseaba.

Sin embargo, la batalla no había terminado, reflexionó sintiendo cierto pánico. Nick Diamond era un hombre que no se daba por vencido con facilidad. Aun así, era una batalla que sabía que tenía muchas posibilidades de ganar ella.

Dos días después, Marvin Twigg, el abogado de Cha= rity, la telefoneó para decirle que Diamond Ace, una compañía que ya le había hecho ofertas muy generosas, le había presentado esta vez una con cifras astronómicas. Laura no intentó ocultar su enfado con el abogado, y no solo con Nick Diamond.

Durante la conversación que siguió, Laura trató de hacerle entender al abogado que no le interesaba ninguna oferta de compra, en ninguna circunstancia. Ante la justificación del abogado de que sólo quería lo mejor para ella, Laura le dejó muy claro que sabía qué era lo mejor para ella: Sweet Briar, sin mencionar la vista de las

montañas y el cielo azul, el canto de los pájaros, el aroma de las lilas...

El caballero accedió finalmente a transmitir su mensaje a Nick Diamond y su abogado.

Tras colgar, Laura se quedó pensando con el teléfono en los brazos y recordó las palabras del taxista la tarde que regresó a Juniper Ridge: «Ha perdido el alma persiguiendo al todopoderoso dinero».

¿Sería verdad? ¿Realmente había perdido el alma Nick Diamond?

Era difícil de creer al ver el cariño con que trataba a su hermana y la ternura que había mostrado ante su nueva sobrina. Pero no podía pasar por alto su frustración y su enojo cuando le confirmó que no vendería Sweet Briar.

Se estremeció. Por un segundo, la casa se le había presentado como una trampa. A un lado el bosque, que era propiedad de Nick Diamond y cuyo acceso le estaba prohibido, y al otro, la enorme casa, también propiedad de aquel mismo hombre que le enviaría, pensó, malas vibraciones ahora y siempre.

Laura suspiró y se apartó de la ventana. Cuando pensó en mudarse a aquella casa, lo hizo en busca de paz y tranquilidad. De un lugar donde pudiese reconciliarse consigo misma y sus recuerdos y recuperar las fuerzas suficientes para empezar una nueva vida.

El ama de llaves de su casa de Toronto, una viuda de mediana edad que la había comprendido y consolado tras la muerte de Jason, la había animado a irse de allí una temporada.

-Lo que usted necesita es un cambio radical, señora Thorne -le había dicho Debbie Johnson, un día que la sorprendió llorando-. Hágame caso y compre ese billete de avión a Vancouver hoy mismo.

¿Qué le hubiera aconsejado Debbie ahora?, se preguntó una desolada Laura. ¿Cómo hubiera esperado que llevase aquella situación?

-La verdadera felicidad viene de dentro -le había recordado a Laura la pragmática ama de llaves la última vez que se vieron-. Cuando esté en Sweet Briar, podrá volver a sentirse usted misma. Debo admitir que la envidio: cada vez que habla de ese bosque se le iluminan los ojos.

-Es un lugar especial -le había dicho Laura con una sonrisa-. Cuandoo era niña, me parecía mágico. Charity Brown me enseñó maravillas que yo nunca había sospechado que existiesen.

Maravillas que ahora le prohibía Nick Diamond. El vacío en su interior era tan inmenso que casi le dolía y las lágrimas asomaron a sus ojos. Si pudiera pasear por el bosque, aunque sólo fuera una vez más, y comprobar si esa magia aún existía...

Recordó que Marvin Twigg le había comentado que Nick estaba con su abogado esperando la respuesta. Entonces, en un impulso de

decisión y excitación, decidió ir al bosque.

Claro que, si Nicholas Diamond se enteraba, podía...

Se irguió y se negó a considerar esa posibilidad, o las consecuencias. Tenía que hacer lo que iba a hacer. Sintió que la empujaba una necesidad tan absoluta que no podía hacer nada contra ella.

Tenía que pasear por aquel bosque una vez más. Aunque sabía que estaba prohibido.

Los rayos del sol se entrelazaban con las ramas de los inmensos árboles y caían sobre los hombros de Laura mientras ésta paseaba por el sendero que llevaba al centro del bosque. Se oía el ruido de sus pies al avanzar sobre el seco suelo cubierto de agujas de pino.

Todo era tal y como ella lo recordaba: el penetrante olor a tierra, el profundo silencio, la sensación de haber dejado el mundo, y todos sus problemas, atrás. Hacía fresco a pesar del sol que se filtraba entre las hojas y aceleró el paso.

Casi podía ver a su tía abuela Charity caminando a su lado, sentir su delgada y fuerte mano tomando la suya, oírla hablar del pequeño valle donde las hadas vivían...

Y ahí estaba aquella hondonada.

Laura suspiró, dejando escapar la respiración que había tenido contenida.

Era un espacio de una extensión similar a la de Sweet Briar y estaba bordeado por exuberantes helechos, dedaleras y flores silvestres de tallo largo en tonos rosas, azules y malva que se mecían en el viento.

Laura avanzó un poco más y el sol la cegó tras la oscuridad del bosque y le dio calor. El musgo bajo sus pies era fuerte y seco y el aire limpio y cristalino. Una mariposa blanca revoloteó y desapareció.

La magia aún seguía allí.

Laura cerró los ojos y aspiró la esencia de aquel lugar, recuperando numerosos recuerdos que habían vagado por los confines de su mente. Recuerdos que iban y venían, recuerdos de Charity y de sí misma caminando, hablando, descubriendo...

Recuerdos que apreciaba en lo que valían. De no ser por ellos, quizás aún estaría en el este, luchando por liberarse de la fealdad de su vida con...

-Se está bien aquí, ¿verdad?

Las cáusticas palabras se oyeron a su espalda y, con el corazón en un puño, se volvió. Pero, antes de verlo, ya sabía quién las había

pronunciado.

Lo que no había esperado era que Nick Diamond llevase una ropa tan informal. En vez de un traje y corbata llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta blanca. Y, de nuevo, las gafas de sol que ocultaban sus atractivos ojos grises.

-¡Señor Diamond! -dijo casi gritando. Se aclaró la garganta y siguió con más calma-. Creía que estaba usted con su abogado.

Sus palabras tenían sonaron algo a la defensiva y se maldijo a sí misma. «Nunca te disculpes ni te justifiques», recordó. Su tono había sugerido que intentaba justificarse y aquello la dejaba en mal lugar.

-Ah -contestó él con una irónica sonrisa-, cuando el gato no está...

Jamás había conocido un hombre con la capacidad de irritarla tanto.

-No estoy haciendo nada malo -contraatacó ella-, sólo dando un paseo. ¿Cómo sabía que estaba aquí? ¿Cómo ha llegado tan rápido desde el centro? -dijo por fin sin querer.

Él se aproximó más sin hacer apenas ruido al pisar la alfombra de seco musgo.

-¿Qué le hace pensar que estaba en el centro? -le preguntó, alzando una sardónica ceja.

Ella hizo un gesto de desinterés.

-Marvin Twigg me ha dicho que estabaa usted con su abogado, esperando a que lo llamase para...

-Estaba con mi abogado -dijo-, y estábamos esperando. Pero no estaba en el centro, en su bufete, sino en mi oficina de casa.

-Y me ha visto salir.

-Después de irse mi abogado, la he visto por casualidad y he decidido seguirla.

-¿Piensa denunciarme? -le dijo ella, levantando la barbilla-. ¿Ya viene hacia aquí la policía? ¿Cuál va a ser mi castigo por pasear por un lugar que debería ser público? Arrésteme si quiere -le dijo tendiendo las manos con las muñecas juntas.

-¡No me tiente! -le dijo con una expresión distinta a la anterior-. No, no he venido a arrestarla. Aunque se está comportando de un modo tan infantil, que quizá fuese buena idea... Sólo he venido a preguntarle por qué no ha aceptado mi oferta de compra.

Laura dejó caer los brazos.

-Porque Sweet Briar vale mucho, muchísimo más, de lo que usted me ha ofrecido hoy.

-Ah -contestó él, metiéndose las manos en los bolsillos y mirándola con arrogancia-, ya hemos llegado al meollo de la cuestión. Muy bien, dígame usted la cifra. ¿Hasta qué cantidad tendré que llegar?

Laura vio su propia cara de incredulidad reflejada en sus gafas.

-¿A qué se refiere?

El abandonó el aire de desenfado que había adoptado antes.

-Hablemos claro -le dijo con brusquedad-, no tengo tiempo para juegos: a usted no le importa la casa nada, igual que no le importó nada Charity Brown.

-Por supuesto que me importaba. La quería mucho.

-¿Que la quería? -dijo con desprecio-. Pues tiene usted una forma muy peculiar de demostrar su amor, señorita Grant. Compadezco al hombre que se case con usted, si es que llega a casarse. Es usted una criatura codiciosa y avara que no le prestó atención a su tía...

-No entiende usted nada -protestó ella-. Me fue imposible venir...

-¿Imposible? ¿En, cuánto era, trece años? -su sarcasmo la hería como un cuchillo-. ¿Qué se le pasó por la cabeza el día que supo que le había dejado la casa? ¿Tuvo usted un sólo pensamiento para aquella mujer a quien tantos amigos visitaron en el hospital, pero que siempre siguió esperando a alguien que nunca llegó?

Al oír todo aquello, Laura sintió que la angustia le encogía el corazón. Nick Diamond no podía estar más equivocado. Los ojos se le llenaron de lágrimas y contuvo un sollozo. Intentó alejarse de él, pero al pasar por su lado este la sujetó del brazo y la mantuvo pegada a su cuerpo.

-No tan rápido -le dijo-. Y guárdese esas lágrimas de cocodrilo para quien se las crea. Déjeme resumir la situación: es usted una mujer joven sin dinero, posesiones ni trabajo y, entonces, como salida de la nada, se encuentra usted con un propiedad en un lugar estratégico. Y quiere sacarla todo el jugo posible. Eso no me importa, de hecho, lo comprendo bien. Tenemos cosas en común, aunque tomemos una actitud distinta hacia las cosas. Yo voy directo al grano y usted, por el contrario, prefiere jugar. Sé que, en este caso, usted tiene todos los ases pero, señorita Grant, el tiempo se acaba. 0 sea, que dígame el precio y yo ya veré si puedo pagarlo.

Capítulo 6

SUÉLTEME!

Laura se liberó de él y corrió hacia el sendero con un sollozo ahogado en la garganta.

Había recorrido unos metros cuando notó, con horror, que la agarraban por los hombros desde atrás.

-No tan rápido -gruñó Nick Diamond.

La obligó a volverse y ella se quedó sin saber qué hacer, observando sus labios apretados y sus revueltos rizos oscuros.

Entonces, la adrenalina que corría por sus venas le dio fuerzas para darle un fuerte empujón. Para alivio de Laura, él perdió el equilibrio y dio un par de pasos atrás. Pero su alivio no duró mucho: él tendió un brazo y la agarró por la muñeca. Cayeron juntos, ella sobre él.

Su cuerpo era sólido y su respiración agitada y las gafas habían caído dejando al descubierto aquellos burlones ojos. Ella advirtió que su sonrisa era igualmente burlona.

-Supongo -dijo entrecortadamente- que ésta es tu postura favorita. La mía -añadió haciéndola rodar y quedando sobre ella- es la del misionero.

Laura trató de contener el gemido que le subía por la garganta, pero no pudo. La dejó sin habla. No había tenido nunca ninguna experiencia que la ayudase a tratar con este tipo de hombre. Nicholas Diamond, con su arrogante y descarada sexualidad, la hacía sentirse tan insegura como una niña de doce años. Se sentía humillada y volvió la cabeza hacia un lado. El sabor salado de una lágrima le llegó a la comisura del labio.

-Váyase -dijo con desolación-. Váyase y déjeme sola.

Él siguió sin moverse y ella aún sentía la presión de su cuerpo. Aquel contacto tan íntimo enviaba a su interior espirales de una sensación que no deseaba. Se revolvió para apartarse de él, pero sólo consiguió notar aún más aquella presión que la atrapaba. Cerró los ojos y rogó que se levantase y se fuera.

Finalmente la liberó de su peso con una exclamación, pero no se puso en pie. Ella sintió que estaba tumbado junto a ella. El corazón le bombeaba sangre con tal fuerza que creyó que le iba a estallar. «Vete», rogó en silencio, «vete de aquí».

Al cabo de un eterno instante, notó que él se había puesto en pie. Qué estúpida debía de parecer en aquel momento, pensó, tirada en el suelo con la cara llena de lágrimas. Trató de respirar con normalidad y abrió los ojos. Sin mirar a Nick se incorporó y se quedó sentada.

-Venga...

Por el rabillo del ojo vio que éste le tendía una mano. Apartándose

de ella como si le diera miedo, se levantó como pudo.

-Laura -dijo él con la voz grave y cargada de remordimiento-, estás llorando. Lo siento...

-Déjame -le contestó ella con frialdad.

Una vez más se encaminó al sendero y una vez más él la detuvo. En esta ocasión no la agarró: simplemente se plantó ante ella.

-No habrás pensado que iba a... violarte, ¿verdad? -le preguntó con un gesto de preocupación en el rostro.

-No me hubiera sorprendido.

-No tienes muy buena opinión de mí, ¿no?

-No eres sólo tú -le contestó aún con la voz temblorosa-. No creas que te considero tan especial. Estoy segura de que eres como la mayoría de los hombres, que toma lo que quiere. Por la fuerza si es necesario.

-Si quisiera tenerte -le contestó él con la voz súbitamente ronca- la fuerza bruta no sería necesaria, créeme.

De entre los árboles, llegó el canto de un pájaro que subrayó la tensión sexual que había surgido entre ellos. Laura sintió pánico. Trató de empujarlo de nuevo, pero él no se movió.

Alzó los ojos y lo miró. Aspiró su aroma a hombre, un aroma que le hacía sentir sensaciones placenteras y cálidas pero que no quería sentir.

-Déjame pasar, por favor.

Había querido darle tono de orden, pero sonó más bien como un ruego.

-¿Qué es lo que tienes que me fascina tanto? -la voz de Nick era sensual-. Se diría que tu prioridad eres tú misma y, en cuanto a tu carácter, bueno, es tan espinoso como el espino de tu jardín. Pero, cuando te miro, tengo la rara sensación de que necesitas alguien que te cuide. No sé si será porque eres tan pequeña... 0 quizá sea por esa mirada de tristeza y esa boca triste que hacen pensar que la vida te ha decepcionado.

Ella dio un paso al frente rezando para que él apartase el brazo con que le impedía el paso. Pero él, en vez de eso, curvó el brazo alrededor de ella y la atrajo hacia sí. De improviso, ella se sintió como si la hubieran drogado.

-Por favor...

Pero su protesta se convirtió en un gemido cuando él acercó el rostro poco a poco y ahogó sus palabras en un beso. El beso más seductor y excitante de su vida. Y peligroso. Peligroso porque le afectó a su yo más sensible y la hizo sentirse desfallecer de deseo. Si no se iba de allí...

Lo empujó, trató de resistirse.

-Tranquila -susurró él.

Con la otra mano, le acarició el cabello y le tomó la cabeza, inclinándosela a un lado para hacer el beso más profundo. Ya no era una excitante provocación, sino una apasionada petición que envió señales a cada terminación nerviosa de su cuerpo.

Sintió que las rodillas se le doblaban y, sin darse cuenta, se abrazó a él para sujetarse. Sus uñas le arañaron el musculoso pecho y sintió que él se estremecía de la cabeza a los pies.

Él lanzó una exclamación y la hizo retroceder hasta que la colocó contra el tronco del árbol. Ella notaba la áspera corteza en la espalda, y el sol en la cara... Sentía una mezcla de miedo y excitación mientras Nick buscaba y desabrochaba los botones de su blusa. Sabía que debía resistirse, y tenía intención de hacerlo. Pero la orden que el cerebro enviaba a sus manos parecía haber sido interceptada en el camino porque éstas no la obedecían.

Entre la confusión, advirtió que la respiración de él era tan agitada como la suya propia mientras le desabrochaba el sujetador y le descubría los pechos en un instante inundado de sol.

Los pájaros cantaban, la brisa murmuraba entre los arbustos. Laura cerró los ojos y se perdió en un mundo de deseo y gimió solicitando las caricias de Nick. Y él no estaba dispuesto a negárselas. Su pulgar jugó con sus pezones una y otra vez hasta que estos se endurecieron y brillaron como dos guijarros.

Y entonces, cuando ella creía que no soportaría más, su boca buscó la sedosa piel de su cuello.

Una cadena de sensaciones se desató dentro de ella. Dios mío, ¿qué le estaba haciendo?

¿Y qué estaba dejando ella que le hiciese?

Pero, al tiempo que se lo preguntaba, al tiempo que intentaba centrar su mente, oscurecida por el deseo, Nick volvió a tomar su boca.

Nunca hubiera pensado que hacer el amor pudiera ser tan excitante, tan hermoso, tan puro...

Pero no era puro. No podía ser puro... con un hombre al que casi no conocía.

El desánimo cundió dentro de ella y la fría cordura triunfó sobre la pasión. Se apartó de sus brazos y, dándole la espalda, se encogió y apretó los ojos para no llorar.

-¿Laura? -el tono de Nick era de incredulidad, con un rastro de frustración.

Ella no le respondió y, al notar su mano en el hombro, se apartó

como si no pudiera soportar que la tocase.

Se hizo el silencio y, a cada segundo, Laura se sentía más y más avergonzada de haber llegado hasta ese punto con aquel hombre. Ella no era de esa clase de mujer, ni lo sería nunca. Y él... Seguro que ella tampoco era su tipo, tan tímida y poco atractiva. Entonces, ¿por qué?

La respuesta le llegó como cae un rayo del cielo y se sintió como si una nube negra hubiera ocultado el sol. ¿Cómo no podía haberse dado cuenta de lo despreciable que era? Había intentado utilizarla mientras que ella, tan necesitada de cariño, había creído que era sincero.

Aturdida y con los dedos temblorosos se abrochó la blusa.

-¿Qué ocurre, Laura? -el tono de Nick era tenso-. ¿Estás bien?

Ella tomó aliento y se volvió a observarlo. Él la miró al fondo de los ojos azules como si quisiera contemplar su alma. Pero, cuando intentó acercarse, ella lo detuvo con la mano.

-No -dijo secamente-. No va a funcionar.

-¿De qué me estás hablando? -le dijo él con una expresión de genuina sorpresa-. ¿Qué es lo que no va a funcionar?

-Esta escena de seducción. Ha sido una buena táctica, pero no me has engañado. Es una pena que hayas perdido el tiempo siguiéndome: no tienes más posibilidades de conseguir Sweet Briar ahora de las que tenías antes.

-¿De verdad crees que es eso lo que he hecho? -le preguntó Nick sin poder creerlo.

Qué buen actor era y qué convincente su tono. A ella le costó un gran esfuerzo mirarlo a la cara y mantenerle la mirada.

-No creo que yo sea tu tipo de mujer -dijo con una risa amarga- y tampoco creo que tengas que seguir a una mujer casi desconocida por el bosque para satisfacer tus necesidades sexuales. 0 sea que sí, eso es lo que pienso que estaba ocurriendo.

-¿Y tú? ¿Tienes por costumbre sucumbir a los besos de un desconocido para satisfacer tus propias necesidades?

Laura no pensaba dejarle ver lo vulnerable que era ante él. Prefería que creyese que olvidaría fácilmente aquel encuentro.

-A nadie le amarga un dulce, ¿no? -dijo entonces, alzando la barbilla con una mirada de burla.

-Dios, sí que eres fría -contestó él con un gesto de desprecio-. Sabes, es gracioso: a pesar de la forma en que trataste a Charity me pareció ver algo de dulzura e inocencia en ti. Y eso me atrajo. ¡Qué estúpido he sido! Eres tan dulce e inocente como una piraña -tomó aliento y prosiguió-. Y en cuanto a si te voy denunciar, esta vez no. Pero no quiero volver a verte por aquí: recuerda que mi abogado es uno de los mejores de la ciudad.

Recogió las gafas del suelo y se alejó a grandes pasos.

Laura se quedó escuchando el ruido que hacía al avanzar entre la maleza. No se tranquilizó hasta que calculó que ya habría salido del bosque por la portezuela de la valla.

¿Por qué habría tenido que ir allí sabiendo que no debía?

De una cosa estaba segura: no hacía falta que Nick Diamond se lo prohibiese, no tenía intención de volver al bosque nunca más. Ya no lo habitaban las hadas de las que le habló Charity, sino los demonios. Los demonios del recuerdo y el deseo. El recuerdo de los besos de Nick y el deseo que había recorrido sus venas al recibirlos.

Tenía que borrar de su memoria aquel encuentro. Para él no había significado nada, a pesar de sus esfuerzos por hacerle creer lo contrario.

Tras un largo instante, se impulsó con la espalda contra el tronco y empezó a caminar por el sendero con la tristeza por compañera. Había llegado a Sweet Briar con el corazón lleno de esperanza, de esperanza de que el futuro le proporcionase paz... Pero cada vez que creía estar dando un paso en la dirección correcta, allí estaba Nick Diamond para cerrarle el camino.

-¡Maldito seas! -dijo Laura, mirando con enfado al cortacéspedes que llevaba diez minutos negándose a arrancar.

Habían pasado seis días desde que vio a Nick por última vez. Seis días durante los cuáles había procurado no salir mucho para no cruzarse con él. Pero aquel día, al ver la descuidada hierba del jardín, se había dado cuenta de que no podía aplazar aquello ni un minuto más. Aunque no había contado con la obstinación del viejo cortacéspedes de Charity.

Laura intentó una vez más, y con todas sus fuerzas, hacer funcionar aquel trasto. Y, de nuevo, aquel trasto hizo un ruidito y luego se quedó callado y quieto.

Con los labios apretados, se juró que no se iba a dar por vencida. Seguiría intentándolo, pero después de tomarse algo frío.

Hizo una jarra de limonada y se bebió un vaso entero de un trago. Estaba a punto de servirse otro cuando, por la ventana de la cocina, le llegó el sonido de alguien arrancando un cortacéspedes. A la primera, sin ninguna dificultad. Dejó la jarra mientras escuchaba el regular rumor flotando en el calor de la tarde. El sonido parecía burlarse de ella.

Depositó el vaso en la mesa y se dirigió hacia la puerta de atrás. Estaba dispuesta a hacer funcionar la máquina, aunque le costase la

vida.

Tras cruzar el salón se quedó parada mirando hacia afuera y sin poder creer lo que sus ojos veían.

Nicholas Diamond, vestido sólo con unos vaqueros cortos y unas zapatillas, empujaba el cortacéspedes por la hierba como si fuese un juguecito.

Por suerte, estaba de espaldas a ella y no pudo ver su cara de asombro y el ruido tampoco le habría dejado oír su exclamación de indignación. ¡Qué se había creído, entrando en su jardín y poniéndose a trabajar como si nada!

Lo odiaba. Odiaba que intentase manipularla y controlarla. ¿De verdad creía que podía hacerla sentirse en deuda con él y así conseguir lo que quería?

Casi había llegado hasta el fondo del jardín...

Laura corrió al interior de la casa y se escondió en el cuarto de baño. ¿Qué iba a hacer? ¿Esconderse allí dentro hasta que se fuese? No, él sabía que ella estaba en casa. Debían de haber sido sus vanos intentos de hacer funcionar la máquina lo que llamó su atención.

Tendría entonces que volver al jardín. Pero no antes de que él terminase el trabajo. Y no antes de haberse arreglado. Dejar que la viese así, con el pelo sucio y la ropa arrugada, le haría sentirse superior a ella. Y a eso no estaba dispuesta.

Pasó media hora antes de que se apagase el ruido del cortacéspedes. Después lo oyó llevarlo de vuelta al cobertizo y entonces, tomó la bandeja y salió al jardín con un aspecto fresco como una rosa y llevando ropa recién planchada.

-Hola -dijo en un tono neutral-, he pensado que le apetecería un vaso de limonada.

Dejó la bandeja en la mesita del patio y le hizo un gesto indicándole que se sentara. Sirvió dos vasos y le ofreció uno a él.

-Muchas gracias -le dijo en tono amistoso- por cortar la hierba.

Lo miró esperando encontrarse con una encantadora sonrisa, una sonrisa falsa destinada a ganarse su favor. Pero, en vez de eso, se encontró con unos labios apretados y unos puños cerrados de rabia. Ni siquiera tomó el vaso que le ofrecía.

-¿Cuánto tiempo cree que podrá seguir viviendo en este lugar sin ayuda, ni dinero ni trabajo?

Laura se quedó tan helada como si le hubiera echado por encima la limonada. 0 sea, que no había cortado la hierba para ganársela. ¿Por qué entonces? Ocultó su desorientación tras una máscara de

indiferencia y le contestó:

-Me las puedo arreglar sola.

-¿Seguro? ¿Cuando ni siquiera sabe usar un cortacéspedes?

-Hubiera acabado consiguiéndolo.

Se dio cuenta de que aún tenía en la mano el vaso de limonada y, con un gesto de naturalidad, se lo llevó a los labios.

-Pero eso no es problema suyo, señor Diamond -añadió tras dar un sorbo-. ¿Acaso no tiene bastante con sus propios asuntos como para venir a ocuparse de los ajenos?

-Sus problemas se convierten en mis problemas si acaban por afectarme, señorita Grant.

-¿Y cómo es eso posible? -le preguntó ella con tanta brusquedad como pudo.

-Cuanto más descuidada esté esta propiedad más bajará el valor de la mía -le espetó él-. Y eso sí es asunto mío.

-Sólo llevo aquí tres semanas -le dijo ella-. No espere milagros, porque no los va a haber. Lo que sí habrá es una propiedad en buen estado, pero eso lo voy a conseguir con mi propio esfuerzo porque así lo he decidido.

-¿Y va a poner usted un tejado nuevo? Porque, créame, lo va a necesitar el invierno que viene. ¿Y va a cambiar la instalación eléctrica antes de que la casa se incendie? Porque...

-¿Ve usted a través de las paredes? -empezó a decir ella con sarcasmo para detenerse al ver que él continuaba.

-Porque todavía tiene la instalación original. ¿Tiene idea de lo rápido que se incendia este tipo de casa? ¿Y de lo fácilmente que se extiende el fuego con un tiempo tan seco como el que está haciendo?

-Ya veo -dijo ella sin tener que fingir el tono de aburrimiento y cinismo-. No es que le preocupemos yo o la casa. Le preocupan usted y su mastodonte de casa. Pues le diré una cosa, señor Diamond: cambiaré el tejado cuando haya goteras y...

-Cambiará la instalación eléctrica después de que la casa se haya incendiado -dijo él en un tono aún más cansado que el de ella-. Ha quedado claro, señorita Grant. Ah, una cosa más.

-¿Sí? -le preguntó ella muy dignamente.

En la boca de él se formó una irónica sonrisa.

-La verdad es que yo no venía a cortar la hierba, eso se me ha ocurrido en el momento: la hierba estaba larga, el cortacéspedes a mano y ya había oído sus protestas...

-Entonces, ¿a qué ha venido?

-Para entregarle una invitación -dijo sacando un sobre del bolsillo de atrás-. Parece ser que les causó usted mucha impresión a Matt y

Mike. No dejan de hablar de usted y cada vez que Sally vuelve la espalda hacen una tienda de campaña en las camas -aunque había una sonrisa en su boca no sonreía con los ojos-. Matt en particular parece haber sucumbido a sus encantos. El domingo cumple cinco años y Sally ha organizado una fiesta en la piscina de su casa...

Hizo una pequeña pausa y Laura abrió la boca para darle alguna excusa. Pero, antes de que dijera nada, Nick continuó hablando.

-Su nombre estaba en la lista pero, claro, su aversión al agua constituye una buena excusa para declinar la invitación.

No quería que fuese. El mensaje era muy claro. Pero además tenía razón: ella nunca iba a la piscina debido a las cicatrices que tenía en la espalda. Cada vez que les habían invitado a alguna de esas fiestas, Jason se había disculpado en nombre de los dos y no habían ido. Era un tema que nunca hizo falta tratar abiertamene.

Comprendió que Nick estaba a punto de irse. Comprendió que no esperaría su respuesta porque ya había decidió por ella.

Igual que Jason.

Pero había una diferencia: no estaba casada con Nick Diamond y, además, ella había cambiado. Ya no estaba dispuesta a que nadie controlase su vida.

Los recuerdos hicieron que los dedos le temblasen al abrir el sobre. La invitación la firmaba, con una letra temblona, Matthew Peterson. Y debajo, Sally había añadido una nota diciendo que Nick la podía llevar en el coche.

Laura levantó la vista y vio que éste ya casi había llegado a la esquina de la casa. Por un momento, olvidó por completo la invitación y contempló la perfección de su cuerpo. Recordó cómo se había sentido entre sus brazos y la sangre le hirvió como si tuviese fiebre. La boca se le secó mientras lo miraba caminar con aquel andar tan sensual...

Pero fue precisamente aquella forma de andar la que le hizo volver a la realidad. Caminaba con cierto desenfado, cierta frescura. Como si ya se hubiese olvidado por completo de ella y de la invitación que, típico de su arrogancia, había decidido rechazar en su nombre.

Ella se enfadó consigo misma al percibir la adolescente reacción que contemplar su moreno cuerpo le había provocado.

-¡Espere!

El tono autoritario de la voz de Laura lo hizo volverse con un gesto serio.

-¿Sí?

-Gracias por traerme la invitación -le dijo en un tono muy suave-. Sin embargo, se equivoca al pensar que voy a decepcionar a Matt.

Sally dice que usted puede llevarme en el coche -notó con satisfacción que a él le cambiaba la cara-. ¿A qué hora el domingo?

-Pensaba salir hacia las dos -dijo con una voz rara.

-Muy bien. Estaré lista a esa hora.

Y, sin más, tomó la bandeja y entró en el salón.

Un momento más tarde, mientras oía alejarse sus pasos, se apoyó en la mesa de la cocina y reflexionó. Sólo por orgullo se había puesto en una posición muy difícil: tendría que estar sola con él todo el camino de ida y de vuelta y encima pasar la tarde en un lugar en que todos irían en bañador. Todos menos ella.

¿Qué había hecho?

Lo único que le quedaba era rezar para que el domingo hubiese una tormenta. Que los cielos se abriesen y cayese el agua a mares, y que el diluvio durase todo el día.

Capítulo 7

CUANDO Laura despertó el domingo por la. mañana y escuchó el ruido de la lluvia en el tejado, inició una oración para dar gracias... una oración que interrumpió a las once, cuando la lluvia cesó y apareció un sol esplendoroso que auguraba una tarde gloriosa.

Estaba en su habitación cuando Nick se aproximó hacia la casa a las dos y, al verlo, el corazón le dio un vuelco. Llevaba una camisa azul marino medio abierta que dejaba ver el negro vello de su pecho. Nunca lo había visto tan atractivo como aquel día, con su porte altivo, las manos en los bolsillos y una sonrisa de seguridad en sí mismo.

-Su coche le espera, madame -fue el saludo de Nick.

Ella forzó una sonrisa y murmuró unas palabras de agradecimiento se volvió a cerrar la puerta. Al hacerlo, sintió que los ojos de él la recorrían, puede que observando la blusa color crema y la falda marrón, y pensando el aspecto tan soso que tenía.

Al entrar en el Porsche, la fascinó su masculino aroma y se horrorizó al darse cuenta de que su sistema nervioso estaba entusiasmado con estar expuesto a su erotismo.

Se sentó, rígida, en el asiento del copiloto con el bolso y el regalo de Matt en el regazo.

-¿Por qué no deja eso en el suelo? -dijo tomando los dos objetos-. Estará más cómoda.

Ella se echó hacia atrás para dejarle depositarlos a sus pies. Durante un absurdo segundo, mientras miraba sus hombros, sintió una poderosa tentación de tocar aquellos músculos, de acariciarlos...

Tendría que tener cuidado con lo que hacía: aquel hombre poseía un magnetismo sexual prácticamente irresistible. La atraía casi de una forma física, como si tirase del cuerpo de ella para unirlo al suyo.

-Ese paquete, ¿es para Matt? -dijo al tiempo que arrancaba el coche.

-Sí.

-No debería malgastar el dinero en juguetes. Estoy seguro de que Sally no espera...

-Esa decisión me corresponde a mí -dijo ella con la vista fija en el horizonte, aunque sentía sus críticos ojos puestos en ella-. Disfruto haciéndole regalos a la gente.

-Mire... -dijo demostrando su frustración con la manera en que giró para entrar en la carretera principal-, sé que Charity no le dejó nada de dinero porque lo cedió al colegio de Juniper Ridge para que concedieran becas a los estudiantes más necesitados. Si malgasta usted el poco dinero que...

-Se extralimita usted, señor Diamond -le dijo ella, rechazando la

idea de que tal vez le daba aquel consejo porque se preocupaba sinceramente por ella-. Lo que haga con mi dinero es asunto exclusivamente mío. Hagamos un trato: yo no me meto en su vida y usted no se mete en la mía, ¿de acuerdo?

Se sintió muy satisfecha al advertir el brillo de rabia en los ojos de él. Bien, por una vez era ella quien lo había irritado a él y no al revés. Ya iba siendo hora de que los papeles cambiasen.

-¡Me parece una idea estupenda! -respondió él, pisando el freno con más fuerza de la necesaria.

Una vez detenidos tomó sin mirar y metió una cinta cualquiera en el casette y lo encendió.

Unos segundos después se oyó la voz de un prestigioso actor británico leyendo las primeras líneas de un clásico de Dickens:

-Fueron los mejores tiempos, y fueron los peores tiempos...

-¡Bien es verdad! -exclamó Laura, antes de darse cuenta de qué hacía.

Pero, una vez dicho, sintió ganas de reír. Se mordió el labio y al mirar a Nick se dio cuenta de que, sorprendentemente, las comisuras de su boca se curvaban. Antes de arrancar, le lanzó una breve mirada a Laura. Los ojos le brillaban.

-Creo que debería advertirle, señorita Grant -dijo en un tono jovial-, de que me encandilan las mujeres con sentido del humor.

Y después, volvió a concentrarse en el tráfico.

Laura se hundió en su asiento. La poca compostura que había logrado mantener estaba ya hecha pedazos. ¿Qué tenía aquel hombre que primero lo odiaba y un minuto después, sólo por una mirada burlona de sus ojos, el corazón saltaba de alegría?

En su vida había estado tan desorientada.

-¡Es fantástico que hayas podido venir! -le dijo Sally a Laura como saludo al llegar a la hermosa casa estilo Tudor-. Tenía intención de ir a visitarte, pero no había contado con Nicola Jane. Me da mucho más trabajo de lo que pensaba.

-Siempre pasa eso con los bebés, dicen -murmuró ella, sonriendo. Miró alrededor, mientras Sally besaba a Nick-. Está todo muy tranquilo, ¿somos los primeros?

-Así es -contestó Sally, llevándola de la cintura hacia la cocina -, pero los demás estarán a punto de llegar.

-¿Dónde está James, Sally? -preguntó Nick a su espalda.

Sally se volvió a responderle.

-En el sótano, buscando una mesa más para la barbacoa. Te agradecerá que le ayudes -añadió.

-Entonces, dejaré a la señorita Grant en tus muy capaces manos.

-¿Señorita Grant? ¡Qué formalidad! -comentó Sally con una mirada de curiosidad en los grises ojos.

Laura sintió que se sonrojaba y lanzó una risita.

-Me temo que... no nos llevamos demasiado bien -murmuró.

-¿De verdad? -dijo una pensativa Sally-. Qué raro. En mi vida he conocido a una mujer que no se llevase bien con Nick.

-Pues acabas de conocer a una. Cada vez que estamos juntos saltan chispas -Laura sintió pánico al ver que Sally la miraba fijamente a los ojos, como estudiándola, y buscó otro tema de conversación-. Tienes una cocina preciosa. Es tan acogedora... No como la de...

-¿Como la de Nick? -dijo Sally con una sombra de tristeza-. Pobrecillo, aún no se ha dado cuenta de que una casa y un hogar no son lo mismo. Desde que murió mamá está obsesionado con...

-¡Mamá! -gritó Matt, irrumpiendo en la cocina con un sobre en la mano-, el tío Nick me ha regalado un vale para un libro. Dice que puedo elegir el que quiera... -se detuvo al ver a Laura y le dedicó una tímida sonrisa-. ¡Hola, Laura!

-Hola, Matt. Feliz cumpleaños -dijo ella, tendiéndole su regalo-. Esto es para ti.

-¡Gracias! -dijo con los ojos llenos de ilusión-. ¿Qué es?

-¡Ábrelo y lo sabrás, cariño! -dijo Sally, mientras le lanzaba a Laura una mirada de censura-. No tenías que traer nada.

-¡Mira, mamá! Es un coche de bomberos. ¡Laura me ha traído un coche de bomberos! Voy a enseñárselo a papá...

-¡No, espera!

Laura se asombró al oír el tono arisco de Sally.

-¿Qué pasa, mami? -dijo Matt, mirándola muy serio.

Sally se agachó y le apartó los negros rizos de la frente.

-No le enseñes el regalo ahora mismo a papá. ¿Me haces un favor especial? Sube el coche de bomberos a tu habitación y guárdalo. ¿Te acuerdas de lo que te conté de la abuela Diamond? Creo que al tío Nick le puede disgustar ver tu regalo.

Los ojos de Matt adquirieron de pronto una expresión grave.

-Lo voy a guardar y se lo enseñaré a papá cuando todos se hayan ido. Será un secreto y no se lo voy a decir ni siquiera a Mike -miró entonces a Laura-. Gracias, Laura, es justo lo que quería.

El niño salió y cerró la puerta de la cocina. Sally se irguió con un desolado suspiro.

-Debes de estar preguntándote por qué reacciono así ante un regalo tan bonito.

-No importa... -empezó a decir Laura.

Pero Sally le señaló la mesa y dijo:

-No, vamos a tomar un café y te lo explico todo.

Unos minutos más tarde, ya con una taza de café entre las manos, Sally miró a Laura y comenzó:

-Hace dieciséis años nuestra madre murió en un incendio.

-¡Lo siento! -dijo Laura, muy impresionada.

-Nuestro padre nos abandonó cuando Nick y yo teníamos cuatro años. Ella se dedicó a limpiar casas y nos crió sola. No debió de ser fácil, pero se las arregló. Cuando murió, teníamos diecisiete años. Yo no estaba en casa aquella noche, me había quedado a dormir con una amiga. Nick había ido al cine y volvió a casa hacia medianoche. Cuando llegó, se encontró la casa en llamas. Le dijeron que había sido una explosión y no se había podido hacer nada por salvarla. Fue mucho peor para Nick que para mí, porque él estaba allí. Se culpó a sí mismo por no haber estado en casa con ella, por no haberla salvado. Ahora, nunca hablamos de esto. ¿Sabes?, de joven era un poco rebelde. Pero después del incendio pareció madurar de inmediato.

-¿Se descubrió qué fue lo que causó el fuego? -le preguntó Laura con cautela.

-El horno. No funcionaba bien, el casero se negaba a pagar el mantenimiento de la casa y nosotros no teníamos suficiente dinero -suspiró-. Desde entonces, Nick ha estado obsesionado con construir casas, casas modernas y seguras, y con ganar dinero. Construir y ganar dinero.

Cerró los ojos como para perder de vista la horrible escena y, cuando los abrió, había lágrimas en ellos.

-Creo que le da miedo pararse y pensar. Si se toma tiempo para mirar a su alrededor, tendrá que enfrentarse consigo mismo y con el pasado, y con el hecho de que es simplemente humano. Hasta ahora, no ha sido capaz de hacerlo. Si alguna vez lo consigue, será su salvación.

La puerta se abrió y Sally pareció muy aliviada al ver que era James. ¿Habría pensado que podía ser Nick?

-Hola -le dijo éste a Laura-. Me alegro de verte.

-Y yo a ti, James.

-Sal, preciosa, sólo vengo a decirte que los Whitney entran ahora mismo en el jardín. ¿Podrías salir tú a recibirlos? Yo aún tengo que ocuparme de un par de cosas.

-Claro.

James salió y Sally se puso en pie.

-Vuelvo en un momento -dijo acariciándole el hombro a Laura al pasar.

-Me siento muy mal por haber traído ese coche de bomberos.

-No te preocupes. A veces creo que tenemos demasiado cuidado con Nick y que así le permitimos que siga en el pasado y no entierre su dolor. Pero no consigo ser más dura con él. Ha sacrificado tanto por mí...

Y, con un amarga sonrisa, se dirigió hacia la puerta y dejó a Laura sola con sus pensamientos. Unos pensamientos turbulentos y confusos.

Desear haber comprado otro regalo era inútil: lo hecho, hecho estaba. Y no había ninguna posibilidad de que supiese lo que podía significar para aquella familia que, a primera vista, parecía no tener absolutamente ningún problema. Ahora sabía que no era así, y lo que Sally le acababa de contar arrojaba una nueva luz sobre Nick. Debajo de la fachada de arrogancia, se escondía un hombre distinto, que se comportaba como lo hacía debido a su sentimiento de culpa y sus amargos recuerdos de una madre a la que tanto quiso.

Terminó su taza de café y, tras fregarla, se quedó ante la ventana con la mirada perdida.

Cuando la puerta se abrió supo, antes de que hablase, que quien había entrado era Nick.

-Siento que te hayan dejado sola -dijo en un tono desenfadado-. Sally me ha enviado para hacerte compañía.

Laura tomó aliento para serenarse. A él no le agradaría saber que Sally le había contado secretos de familia y tenía que tener mucho cuidado de no revelar de ningún modo que ahora sabía más sobre él y su pasado.

Esperando que la compasión no se reflejase en su rostro, se volvió hacia él. Pero, al encontrarse con él cara a cara, notó que lo miraba como reinterpretando cada rasgo, cada línea de la cara.

Qué equivocada había estado...

-¿Qué diablos pasa? -dijo Nick con tono de impaciencia-. Me estás mirando como si nunca me hubieras visto antes.

-Lo siento -dijo ella, preocupada al ver que él se aproximaba demasiado a la verdad-, estaba pensando en otra cosa.

-¿En qué? -le preguntó él, manteniendo la puerta abierta mientras ella se encaminaba hacia allí buscando al tiempo una respuesta adecuada.

-Estaba pensando que sería una pena pasarnos la tarde siendo tan fríos el uno con el otro... Lo digo por Matt, claro.

-Es curioso -dijo él, fijando los ojos en la boca de ella-, yo estaba pensando exactamente lo mismo. Y se me ha ocurrido algo que puede romper el hielo. Ven -dijo tomándola de la mano-, ya les he advertido a Matt y Michael que les vamos a ganar en la carrera.

-¿Qué carrera?

-La de las piernas atadas -le dijo él con suavidad-. Y no te atrevas a fallarme, porque tengo muy mal perder.

No ganaron la carrera ellos dos, sino unos amiguitos de Matt, pero estuvieron a punto.

-Hubiéramos ganado si no te hubieras caído a un metro de la meta -gruñó Nick más tarde, sentados ya sobre la hierba.

Laura trató de sonreír con naturalidad. Le resultaba casi imposible dejar de pensar en los minutos que habían pasado con una pierna atada el uno al otro. Con su brazo sobre sus hombros y su cadera pegada a la suya.

La voz de Nick la hizo volver a la realidad.

-Lo siento -murmuró-. Estaba pensando.

-¿En?

¿Por qué aquel hombre se empeñaba en saber constantemente en qué pensaba? Iba a tener que mentirle.

-En Sally... Me cae muy bien.

-Es una mujer estupenda. Y tiene mucho talento.

Laura lo miró con curiosidad.

-Cuando estuviste en mi estudio la noche que nació Nicola, ¿no te fijaste en un cuadro que había en la pared?

-Sí, una escena de jardín con muchas flores. Precioso. Me pregunté quién... -los ojos se le abrieron como platos al ver la sonrisa de Nick-. ¡Sally!

-La misma. Me lo regaló cuando me mudé a esa casa.

-No sé qué decir, ¡qué talento!

-¿Te gustaría ver más cuadros suyos?

Me encantaría, pero...

-Termínate eso.

Laura apuró su bebida y él tomó el vaso vacío y se puso en pie para dejarlo junto con el suyo en una de las mesas. La ayudó a levantarse y la guió hacia la puerta que daba al comedor.

-Te voy a enseñar su estudio -le dijo.

-¿No le molestará a Sally?

-¿Qué es lo que me puede molestar? -Sally estaba tras ellos con un gesto de diversión en el rostro.

-Voy a enseñarle a Laura algunos de tus cuadros.

-No hay nada ahí arriba, Nicky. La galería Aitchinson, de Robson, se ha llevado los cuadros para exponer los -dijo con una expresión de pesar-. No te había dicho nada porque quería que fuese una sorpresa.

-Eso es fantástico, Sal. ¿Cuándo es la inauguración?

-El viernes que viene. La invitación te llegará en el correo de mañana, seguramente. ¡Estoy tan nerviosa! ¿Qué ocurrirá si a los críticos no les gusta? ¿0 si no vendo nada?

-Venderás -dijo Nick, muy confiado-. Ya tienes ante ti un comprador.

-Nick, ¿qué he hecho yo para merecerme un hermano tan bueno?

-Bueno no: inteligente. El valor de tus obras subirá con el tiempo.

-Le haces mucho bien a mi vanidad. ¿Podrás venir a la inauguración?

-Sí, claro -y volviéndose a Laura añadió-. Supongo que entonces, si quieres ver el resto de los cuadros de Sally, tendrás que...

Un timbrazo lo interrumpió y Sally dijo: -Nick, ésa debe de ser...

-Sí -asintió él-. Ya voy. Disculpa -le dijo a Laura antes de desaparecer.

-Claro.

-Ven conmigo -intervino Sally, tomándola por el brazo-. Han llegado Greg y Norma, nuestros vecinos, y tienen ganas de conocerte desde que les conté cómo viniste al rescate cuando nació Nicola.

Laura no volvió a ver a Nick hasta casi las cinco.

Para entonces, las carreras habían terminado y la fiesta se había desplazado a la piscina, donde niños y adultos jugaban con una pelota gigante. James estaba haciendo hamburguesas a la barbacoa junto a la puerta trasera y a Laura se le hacía la boca agua al llegarle el apetitoso aroma.

Estaba sentada bajo una sombrilla hablando con Norma y Greg Brown cuando, en una pausa de la conversación, descubrió a Nick saliendo de la casa. Advirtió que se había puesto un breve bañador negro y aquella imagen tan masculina la aturdió tanto como si le hubieran dado un puñetazo.

Él se volvió como si esperase a alguien y, un segundo después, apareció ese alguien. Laura se olvidó por completo de Norma y Greg, todo se volvió borroso a su alrededor. La persona a la que Nick esperaba era una mujer. Y tan mujer como se podía ser...

Era Melody. La rubia del vestido azul. Sólo que hoy iba de rosa.

¿Había sido ella quien llamaba cuando Nick corrió a la puerta? Si era así, ¿qué habrían estado haciendo todo aquel tiempo? La familiaridad entre ambos era evidente y Laura comenzó a hacerse todo tipo de preguntas. ¿Dónde estaba él mientras la rubia se ponía aquel minúsculo bikini rosa?

Laura puso un severo freno a su imaginación. No era asunto suyo si

se habían pasado más de una hora en una de las habitaciones de arriba haciendo dios sabría qué.

Entrelazó las manos y puso sobre su regazo al ver que los dos se acercaban hacia ella.

La piel de Melody era tan blanca como la de Nick morena y su pelo tan rubio como el de él oscuro. En su vida había visto una pareja tan impresionante. La rubia tenía una figura de página central de Playboy, llevaba las uñas de los pies pintadas de rosa, del mismo rosa que el bikini, los labios y las uñas de las manos.

-Mira, Greg -comentó Norma, incorporándose un poco-, ha venido Melody. Ya te había dicho que la había visto llegar hace más de una hora. ¡Nick, Melody, venid a sentaros con nosotros!

Ambos se acercaron y saludaron afectuosamente a los Brown y la joven se sentó.

-Hola, Laura, yo soy Melody... -el ruido de los niños jugando le impidió oír el apellido. Era algo así como Ritchie-. Me alegro de conocerte al fin, Sally y Nick me han hablado mucho de su nueva vecina. ¿Te gusta Vancouver?

Los ojos de Melody eran de color esmeralda y su dentadura como de porcelana. Y la amabilidad en su voz parecía sincera. Laura se preguntó por qué le sorprendía. ¿Acaso pensaba que la frialdad de Nick era contagiosa?

Ella alzó los ojos y vio que éste aún seguía en pie y que tenía la vista fija en ella con tal intensidad que le hizo sentirse incómoda. Sin prestar atención a los acelerados latidos de su corazón, centró de nuevo la atención en Melody.

-Me encanta.

-¿Dónde vivías antes?

-En Toronto.

-También es un buen sitio para vivir, dicen -Melody rebuscó en su bolsa rosa-. Nick, encanto, ¿te importaría darme crema en la espalda? -le preguntó con una sonrisa deslumbrante.

-Será un placer.

«Prefiero no contemplar esto», se dijo Laura. Y justo entonces llegó James.

-Laura «emergencias» -sonrió-. Sally te necesita sólo un momento en la cocina. ¿Puedes ir?

-Por supuesto -dijo poniéndose en pie.

Nick estaba extendiéndole la crema por toda la perfecta espalda y su bronceada mano contrastaba con la blancura de ella-. Está en la cocina, ¿no?

-Eso es.

Nick seguía acariciando la espalda de Melody y Laura notó, con horror, que los pezones se le endurecían al recordar cómo esos mismos dedos la habían acariciado en el bosque.

Se dirigió aprisa a la cocina, donde Sally la esperaba impaciente.

-¡Eres muy amable al venir a ayudarme! Creía que lo tenía todo bien organizado, pero se me ha olvidado hacer la ensalada, ¿lo puedes creer? La lechuga está ahí. ¿Podrías picarla y seguir luego con los tomates?

Laura se alegró de que la escena de la que acababa de huir no se viese desde la ventana. Lo último que le apetecía contemplar era cómo Nick acariciaba el lujurioso cuerpo de Melody. Se alegró de tener algo que hacer y se concentró en la labor que Sally le había encomendado.

-¿Ya te han presentado a Melody? -le preguntó Sally en un tono muy normal.

-Sí, parece muy agradable.

-Sí, lo es. Yo fui quien se la presentó a Nick. Hice todo lo que pude por que se conocieran y nunca me imaginé que las cosas iban a funcionar tan bien. ¡Ahora ve a Melody más que yo! Claro, desde que le propuso que fuese su...

Sally se detuvo al oír el agudo llanto de un bebé en la habitación y Laura la miró con asombro. Sally rió al ver su cara.

-Mira ahí -dijo señalando un monitor que había junto al fregadero-. No sé qué haría sin ese aparato -hizo una pausa para escuchar otra vez, pero no se oyó nada más-. Ya se ha vuelto a dormir, no ha sido nada.

Le acercó una ensaladera a Laura mientras decía distraídamente:

-¿De qué estábamos hablando?

Laura lo recordaba muy bien. Estaba contándole que Nick le había pedido a Melody que fuese su... Obviamente su mujer.

¿Por qué aquello le hacía sentirse tan mal? Era ridículo. En cualquier caso, prefería no hablar del desarrollo de su relación.

-No sé... -murmuró vagamente-. ¿Fuiste entonces a la academia de pintura, Sally?

-Sí, Nick me hizo seguir con mi educación. Insistió mucho. Verás, después de morir mamá, me dieron una beca, pero yo sabía que no sería suficiente para pagar los estudios de pintura. Pensaba rechazarla y ponerme a trabajar, pero mi profesora de arte se enteró y se puso de acuerdo con Nick a mis espaldas -relató Sally, un tanto emocionada. Él contradijo todas mis objeciones y me dijo que ya encontraría el dinero de alguna manera. Al día siguiente dejó de estudiar y se buscó un trabajo en la construcción. Me rompió el corazón, Laura. Es muy inteligente y, además, soñaba con ir a la universidad. Y lo hubiera

hecho, de no ser por mí. Nunca podré recompensarle.

A Laura se le había puesto la carne de gallina al oír el relato de Sally. Era muy desconcertante descubrir que la personalidad de Nick tenía tantas facetas como la piedra que le daba el apellido. Le había impresionado tanto su aspecto que no había sido capaz de ver el generoso corazón que había detrás.

Melody tenía suerte.

Laura se alegró de que Sally volviese a hablar y la sacase de sus pensamientos.

-Ayúdame a llevar todo esto ahí fuera -dijo mirando por la ventana-. Ah, bien: James ya ha sacado a los niños de la piscina y están todos sentados a la mesa como un banco de pirañas. Luego van a ver una película que ha alquilado Matt, El más temible dinosaurio, o algo así -añadió riendo a carcajadas.

Laura deseó poder alegrarse con tanta facilidad, pero, cuando vio a Melody y Nick junto a la piscina, su gesto se ensombreció aún más.

Sally le pasó una cesta con bollos a James.

-Tienes que estar deseando bañarte, Laura. Vamos a ponernos el bikini y darnos un baño antes de comer.

-Creo que ya te comenté que no me gusta el agua. Prefiero mirar.

-¿Estás segura? No quiero obligarte, pero...

-No, de verdad, gracias. Ve tú si quieres. Yo...

-¿Por qué no os bañáis vosotras dos? -dijo Nick, apareciendo de repente junto a Sally recién salido del agua.

-Yo me voy a cambiar ahora -contestó su hermana-, pero Laura dice que ella prefiere no bañarse hoy.

-¿Estás segura?

Lo había dicho igual que Sally: curioso, pero sin querer insistir.

-Sí, claro.

-Bueno, pues si vas a quedarte mirando, ven mejor aquí -le dijo, tomándola de la muñeca y conduciéndola a un extremo de la piscina-. Quítate las sandalias y mete los pies en el agua. Te refrescarás un poco.

Llevarle la contraria hubiera sido llamar la atención. Laura hizo lo dicho y dejó escapar una suspiro de alegría.

-Se está bien, ¿verdad?

Para su sorpresa, Nick no saltó al agua ni volvió con los demás. Se quedó sentado a su lado con los pies en el agua.

-Te he estado observando antes -murmuró Nick al cabo de unos instantes- mientras te ocupabas de los niños pequeños. Parece que se te dan bien.

-La verdad es que nunca he tratado mucho con ellos -contestó ella

con desenfado-. Desde los seis años he pasado la mayor parte del tiempo entre adultos.

-Por el trabajo de tu padre, claro. Me parece que te has perdido muchas cosas, Laura.

-No te compadezcas de mí -lo interrumpió Laura-. Mi padre y yo nos llevábamos muy bien y los demás miembros del grupo siempre me trataron con mucho cariño.

-Pero una niña necesita tener amigos de su edad -la contradijo Nick con calma-. Y esos amigos del colegio se convierten a menudo en amigos para toda la vida y forman un grupo de apoyo de mucho valor en años posteriores.

-Yo no necesito ningún grupo de apoyo -dijo en un tono frío que esperaba pusiera fin a aquella conversación-. Soy perfectamente capaz de vivir mi vida sin llorar en el hombro de nadie, gracias.

-¡Qué fácil es ofenderte! Dime, Laura, cuando te cases y tengas hijos, ¿te gustaría ver que tu hija crece sin tener amigos de su edad? Niñas con las que jugar a disfrazarse, reírse...

-Como no tengo intención de casarme -continuó ella en el mismo tono inexpresivo-, ésa cuestión no surgirá nunca.

-¿Qué es lo que tienes contra el matrimonio?

Una mala experiencia, podría haberle dicho.

-Nada, si es para los demás. Pero no es para mí.

-¿Y por qué no? ¿Es que no te gustan los hombres?

Ella reaccionó ante su tono de burla.

-¿Crees que me voy a casar con un hombre sólo por que me guste? Tiene que haber mucho más que eso para que un matrimonio vaya bien. Tiene que haber respeto, consideración, amor... y confianza, por supuesto.

-¿No se te olvida algo? -dijo él, suavizando la voz-. Uno de los ingredientes más importantes.

Laura sintió que se le encogía el estómago. Sabía muy bien cuál era ese otro ingrediente. Estaba echando chispas entre Nick y ella en aquel mismo instante. ¿Por qué se había tenido que sentar tan cerca de ella?

-Ah, la atracción física -dijo ella, como quitándole importancia-. Bueno, dos personas pueden atraerse mucho sin que por eso quieran casarse, ¿no?

-¿Estamos hablando de tener una aventura?

Lo dijo con una voz sugerente que la hizo estremecerse. Todo se pareció desaparecer a su alrededor y tuvo la sensación de que estaban solos a pesar de todo el ruido y la agitación que les rodeaba, a pesar de Melody, que quizás los estaría observando.

Había hablado de tener una aventura y la idea era tan fascinante

como aterradora. Pero, antes de encontrar una respuesta ingeniosa que darle, él acercó un pie y empezó a juguetear con el de ella. Atormentándola, provocándola. ¿Invitándola?

Ninguna mujer en su sano juicio rechazaría tal invitación. Aquel hombre encarnaba los sueños de toda mujer, pensó. Pero ya había soñado antes y sus sueños se habían convertido en una pesadilla.

-Creo -dijo apartando el pie- que esta conversación está yendo demasiado lejos. ¿Por qué no saltas al agua y te refrescas un poco?

Le lanzó una breve mirada y vio un asomo de risa en sus ojos.

-Sólo si me acompañas tú -le dijo sin importarle que hubiera rechazado su sutil proposición.

-Ya te lo he dicho antes: prefiero mirar.

-¿Hay alguna razón en particular por la que no te guste bañarte? ¿Te diste algún susto de pequeña?

-No, nada de eso. Simplemente no me gusta mucho el agua.

-Qué raro -dijo pensativamente-. Laura, puede que no sepas que tu tía y yo fuimos vecinos mucho tiempo. Yo no la veía muy a menudo, pero algunas veces charlábamos en el jardín. Le gustaba hablar de sus recuerdos, como a mucha gente mayor.

La tensión sexual se había disipado cuando mencionó a su Charity, pero ahora Laura sentía otro tipo de ansiedad mientras esperaba a .oír lo que él tuviese que decir.

-Charity Brown me habló de ti, de vuestro verano juntas en Sweet Briar. Aunque luego perdió el contacto contigo y nunca supo qué había sucedido, los recuerdos permanecieron vivos en su mente. Y recuerdo que mencionó que te encantaba el agua y que te llevaba a la playa casi todos los días.

Hubo un silencio.

-La gente cambia -dijo mirando al fondo de la piscina-. No siempre nos siguen gustando las mismas cosas que cuando éramos niños.

-¿Por qué tendré la sensación de que eso es una evasiva? -dijo con una voz repentinamente profunda-. ¿Laura?

-Vamos a cambiar de conversación, por favor.

-Ahora has hecho que sienta más curiosidad. ¿Hay algún secreto en tu pasado?

Secretos. Sí, secretos oscuros de los que nunca se enteraría. Las imágenes de Jason acudieron a su mente. Imágenes de Jason con un ataque de celos... Y sintió un escalofrío.

-¡Dios, te has quedado pálida como un fantasma! ¿Estás...?

Ella lo interrumpió con un arisco:

-¡Déjalo ya! Déjame en paz y deja de presionarme. No puedo...

-Mira, sea lo que sea...

Ella se puso en pie súbitamente y resbaló. Cayó dando un grito en la piscina, sin tener dónde agarrarse. Nick intentó ayudarla, pero no la alcanzó a tiempo. Al caer sintió un tremendo golpe en la cabeza, un impacto que pareció partirle el cráneo en dos.

Oyó el salpicar del agua al hundirse y trató desesperadamente de no hundirse…

Entonces se hizo la oscuridad y el dolor y todo lo demás dejó de existir.

Capítulo 8

CUANDO volvió en sí estaba en una cama desconocida y tapada con un ligero edredón en una habitación tenuemente iluminada por la poca luz del sol que se filtraba a través de la persiana. Una figura alta y delgada se movía entre las sombras.

-¿Sally? -dijo Laura con una débil voz.

-No, soy Melody -dijo ésta inclinándose sobre la cama-. Sally ha ido a ver al bebé y me ha pedido que te vigilase yo. ¿Cómo te sientes?

Laura intentó incorporarse, pero volvió a caer sobre la almohada con una exclamación de dolor.

-Debo de haberme dado un golpe enorme -susurró.

-Me temo que el marco de la red de protección para los niños es muy duro -confirmó Melody, sentándose en la cama-. ¿Te has hecho un chichón?

Laura se palpó la cabeza con cuidado y comprobó que tenía un bulto en la parte derecha.

-Sí, aquí.

-Déjame ver si te has hecho sangre.

-Me parece que no. Melody investigó eficientemente.

-No, no tienes nada.

-¿Ha vuelto en sí? -se oyó decir en bajo..a Nick desde la puerta. -Sí.

Melody se puso en pie y Laura observó que llevaba un blusón de gasa rosa sobre el bikini.

Nick se quedó parado a los pies de la cama y Laura, al ver su mirada escrutadora, se tapó hasta la barbilla con el edredón. Hasta que él entró en la habitación no había reparado en que le habían quitado todo menos la ropa interior: Con Nick mirándola, se sintió muy consciente de su casi total desnudez y tan vulnerable como si él pudiera ver a través del edredón.

-¿Cómo estás?

Su tono era arisco y a Laura le dieron ganas de llorar al percibir su enfado.

¿Por qué estaría enfadado?, se preguntó con tristeza. Pero las ideas flotaban dentro de su cabeza y se le escapaban si intentaba atraparlas.

-Bien -le dijo agarrando con más fuerza el borde del edredón-. Si Sally me deja algo que ponerme, podré levantarme y...

-Sally te ha traído esto -dijo Melody, señalando un montón de ropa sobre una silla-: ropa interior, unos pantalones cortos y una camisa. Te estarán grandes, pero servirán mientras aclaran y meten tu ropa en la secadora.

-No vamos a esperar a eso -dijo Nick bruscamente-. Voy a llevar a Laura a casa ahora mismo.

-Pero, ¿qué hora es? -dijo incorporándose un poco-. ¿Cuánto tiempo llevo...?

-Sólo unos minutos -intervino Nick.

-Entonces no te habrá dado tiempo a comer. No me importa esperar a que...

-En este momento -continuó él en el mismo tono arisco- en lo último que pienso es en comer.

-Vamos a salir para que te vistas -le dijo Melody en un tono suave que contrastaba con el de Nick-. ¿0 prefieres que me quede y te ayude?

-No, gracias. Creo que me las arreglaré -contestó Laura con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

-Te estoy esperando abajo -dijo Nick, guiando a Melody hacia la puerta con una mano en la cintura.

Lo que más deseaba Laura era hundir la cabeza en la almohada y ceder al profundo cansancio que la invadía. Pero se obligó a levantarse, sin prestarle atención al dolor que le atravesaba la cabeza. Trató de pensar, sabía que había algo importante en que tenía que pensar, pero le dolía tanto la cabeza que no podía concentrarse en nada.

Más tarde, cuando estuviera en casa, se le aclararían los pensamientos y todo tendría sentido de nuevo.

-¡No pienso dejarte sola! -le dijo Nick con determinación en el vestíbulo de Sweet Briar-. Te has negado a pasar por el hospital a que te hicieran una revisión y ahora tienes que aceptar las consecuencias. Te voy a meter en la cama y voy a quedarme aquí toda la noche. Y no me lleves la contraria -la interrumpió al ver que abría la boca-. Estoy decidido.

Laura lo miró. Observó la severidad de su mandíbula y la dureza de sus ojos y la protesta murió en sus labios. No podía enfrentarse a él sintiéndose como se sentía.

-Muy bien -dijo pasándose una temblorosa mano por el húmedo pelo-. Quédate si quieres, lo vas a hacer igual diga lo que diga... Pero no me vas a meter en la cama. No soy una niña.

-Pues métete en la cama sola. Pero te advierto que voy a entrar a ver cómo estás cada rato, o sea que asegúrate de estar bien.

-¡Vaya, señor Diamond, tiene usted unas muy agradables maneras de enfermero!

La respuesta de Laura hubiera tenido más impacto de no ser por el temblor de su voz. Las piernas también le temblaban. Gracias al cielo

él de eso no podía darse cuenta.

Se volvió y se dirigió a su dormitorio.

-Voy a meterme en la cama -dijo con los ojos llenos de lágrimas-. Gracias por traerme a casa.

Nick la despertó varias veces durante la noche pero, en cuanto confirmó que seguía consciente, la dejó seguir durmiendo.

Hacia las siete de la mañana, el canto de los pájaros la despertó y, cuando movió la cabeza para probar, se dio cuenta de que ya no la dolía, excepto cuando se tocaba el chichón.

Apartó la ropa de cama y se levantó, aliviada al notar que ya no estaba mareada. Al acercarse a la ventana, vio con disgusto su imagen reflejada en el cristal. Aún llevaba la enorme camisa de Sally y tenía el pelo sucio y revuelto. Se lo intentó desenredar con los dedos y olió el cloro de la piscina. Tenía que darse una ducha. Quizá eso le haría recuperar el buen color y tener mejor aspecto. Con un suspiro, descorrió las cortinas y miró hacia afuera.

El cielo tenía un color azul pálido con vetas blancas. Cerró los ojos para aspirar el aroma de la clemátide. En un momento se habría olvidado de lo ocurrido el día anterior pero...

-Ah, ya estás levantada.

La voz de Nick llegó desde la puerta y ella se volvió.

Debía de haberse ido a cambiar en algún momento porque llevaba un traje y estaba recién afeitado. Al acercarse a él, percibió el ya familiar aroma de su cuerpo y en su interior los músculos se tensaron en una reacción tan previsible como la de los perros de Pavlov.

-Ya estoy perfectamente -dijo apartándose el pelo de la cara-. Puedes irte a trabajar y...

-No voy a ninguna parte -le él con firmeza- hasta que hayamos hablado. Vamos a la cocina, he hecho café.

En la cocina brillaba el sol y flotaba el aroma a café. Laura se sentó y miró nerviosamente a Nick mientras éste llenaba dos tazas. Le dio una de las tazas a ella antes de apoyarse en el marco dee la ventana y quedarse observándola. Pasaron unos minutos en los que sólo se oyeron el canto de los pájaros y otros ruidos lejanos. Laura se iba poniendo más y más nerviosa al ver la expresión de hostilidad en el rostro de Nick.

Él clavó su mirada en los ojos de ella y le preguntó:

-¿Por qué tienes esas cicatrices en la espalda?

A ella se le abrieron los ojos como platos. Nunca se hubiera imaginado que había visto y quería hablar de las cicatrices. Intentó

serenarse. Había intentado no pensar en la posibilidad de que Sally las hubiera visto. Y no sólo las había visto: se lo había contado a él.

-¿Te lo ha dicho tu hermana? -dijo al tiempo que hacía un falso gesto para quitarle importancia al tema-. Me imagino que las vio cuando me quitó la blusa. Bueno, ya sabes por qué ya no me baño en público. Espero que no exagerase, no son más que unos arañazos. Casi todo el mundo piensa que soy demasiado vanidosa al intentar ocultarlas...

-¡Calla! -la voz de Nick resonó e hizo temblar el aire-. Sally no me ha dicho nada. Yo fui quien te llevó a la habitación y te quité la blusa mientras ella buscaba una toalla. Me aseguré de que nadie más las veía, en vista del trabajo que te tomabas en ocultarlas. Pero yo no las llamaría arañazos.

Tenía los puños apretados.

-Esas marcas no son arañazos. ¿Quién diablos te hizo eso? -le preguntó acercándose y con los ojos encendidos de furia.

-¿Qué te hace pensar que me las hizo alguien? -contestó ella, tragando saliva.

-Que si hubieran sido fruto de un accidente, nos lo hubieras contado. Hubieras dicho que tenías unas cicatrices en la espalda y que preferías no enseñarlas, sin darle más importancia. Eso le pasa a mucha gente y no lo mantiene en secreto. ¿Por qué iban a hacerlo?

Él dejó escapar un suspiro y aflojó los puños haciendo un claro esfuerzo.

-No voy a salir de aquí hasta que me lo cuentes -dijo en un tono de forzada calma que a Laura le afectó aún más.

Ella se puso en pie con los brazos cruzados.

-Me caí.

-Te caíste. Bien, lo admito. Pero no esperarás que me crea que eso es todo.

Laura sabía que no se conformaría hasta saber toda la verdad. Continuó monótonamente:

-Mi marido estaba enfadado y me caí al retroceder para apartarme de él y...

-¿Tu marido? -le preguntó Nick con una mirada de asombro a dedo anular-. ¿Estás casada? Pero en la piscina me dijiste que el matrimonio no era para ti...

-Debería haber dicho mi difunto esposo. Jason Thorne. Murió de un ataque al corazón hace siete meses -añadió ella con un deje de amargura en la voz-. Tenía un carácter muy inestable y, a veces, daba bastante miedo. Yo no estaba preparada para enfrentarme a algo así y a menudo me asustaba de él.

-¿Te pegaba?

-No -susurró ella-. Nunca. Pero la noche del incidente, yo me puse muy nerviosa porque estaba más alterado de lo habitual. Sentí pánico, retrocedí y me caí.

Movió la cabeza para indicarle a Nick que no la interrumpiese.

-Una cosa más. Ya que estamos hablando de esto me gustaría explicarte por qué nunca me puse en contacto con mi tía abuela.

-Laura, no tienes que hablar de eso ahora.

-Pero quiero hacerlo. Quiero dejártelo claro -Laura estaba obviamente decidida y no pensaba aceptar que le llevase la contraria-. Durante meses tras la muerte de mi padre, no fui capaz de tomar una sola decisión. Para cuando comprendí que ya era libre de tratar a Charity de nuevo era tan desgraciada en mi matrimonio que preferí no hacerlo. Esperaba que las cosas mejorasen y pensaba que entonces podría venir a verla...

Laura tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta.

-Pero las cosas empeoraron. Me avergonzaba tanto el que mi matrimonio fuese un fracaso que no quise que Charity lo supiera. La hubiera entristecido enterarse de que yo era tan desgraciada y yo hubiera sido incapaz de ocultárselo si nos hubiéramos encontrado cara a cara. Preferí que me recordase como la niña feliz que una vez fui.

Nick cerró los ojos como si intentase asimilar todo lo que había escuchado. Su gesto era inmensamente triste, desolado. Cuando los abrió, dio un par de pasos en dirección a Laura.

Ella alzó una mano para detenerlo.

-Ahora quiero que te vayas. Gracias por ocuparte de mí anoche y gracias por preocuparte por mí. Pero esa parte de mi vida ya ha pasado y quiero olvidarla -dijo irguiendo la espalda-. Y ahora, quiero quedarme sola.

Era evidente que él no daba la conversación por terminada. Que deseaba quedarse y hablar. Pero, ante la firmeza que el rostro de Laura mostraba, se sintió derrotado y dijo:

-Si eso es lo que quieres...

Ella se dirigió a la puerta delantera y lo esperó en el escalón.

Él la siguió y al llegar le levantó la barbilla y le hizo mirarlo.

-Ya me pondré en contacto contigo -dijo con una seria mirada-. Pero, mientras tanto, quiero que descanses. Y quiero que recuerdes, Laura, que no todos somos como Jason. Si necesitas algo, cualquier cosa, llámame.

Si necesitaba algo...

Lo que deseaba hacer en aquel instante era llamarlo y caer en sus brazos, y que le diese el consuelo que tanto necesitaba y que sabía que

él le daría de buena gana.

Pero, pensó al volver al interior de la casa, ése era un error que no estaba dispuesta a cometer.

No volvió a ver a Nick en todo el día, aunque la llamó por la tarde para preguntarle qué tal estaba.

-Mucho mejor -le contestó ella, aunque aún le dolía el chichón-. He dormido un rato esta tarde.

-Buena chica.

Tras colgar; Laura vagó por la casa y, casualmente, vio a Nick por la ventana dirigiéndose a su Porsche negro. Un momento después, se alejó sin mirar ni una vez hacia su casa.

-¿Iría a ver a Melody?, se preguntó Laura. ¿Irían a cenar fuera y después...?

Se negó a seguir pensando en aquello y se encaminó a la cocina. Antes de comer, había lavado la ropa que Sally le prestó y ya estaba seca. La plancharía y a la mañana siguiente se la llevaría a Nick para que se la devolviese a su hermana. Cuando lo viese, procuraría mantener las distancias y esperaba que él captase el mensaje y en el futuro se comportase como si la conversación que tuvieron en la cocina la mañana anterior nunca hubiera tenido lugar.

El día siguiente amaneció claro, aunque ventoso. La brisa desordenaba el largo pelo de Laura mientras ésta se acercaba a casa de Nick. Al entrar en el jardín, lo vio salir de la casa. Llevaba unos vaqueros y una camisa de la misma tela y se movía con impaciencia, exudando energía, como si no pudiera esperar a llegar al trabajo.

Ella lo esperó junto al coche y él alzó las cejas al verla.

-Hola -la saludó-. ¿Qué puedo hacer por ti?

Laura no observó nada en su expresión que pudiera hacer creer que estaba pensando en lo que ocurrió el día anterior, lo cual la alivió. Le tendió la bolsa con la ropa.

-¿Te importaría devolverle esto a Sally de mi parte?

-Claro -dijo echando la bolsa dentro del coche-. Y, ¿tú cómo estás? -le dijo con una penetrante mirada.

-Bien, gracias.

0 lo estaría si dejase de mirarla así. ¿Qué pensaría si le decía la verdad? Que cuando sus ojos se encontraban el resto del mundo desaparecía. Tenía unos ojos tan bonitos... Siempre había pensado que el gris era un color frío pero, al igual que las grises cenizas de una

hoguera, sus ojos conservaban cierto calor.

-¿Aún te duele el golpe de la cabeza?

-Un poco.

-Déjame ver.

Ella se quedó quieta mientras él le apartaba el pelo para ver el bulto. Pero en su interior todo era agitación y, cuando sus dedos le rozaron la nuca, su cuerpo reaccionó estremeciéndose.

-Es grande -dijo en un tono sensual, como si hubiera notado su reacción-. Casi tan grande como tú.

-Más grande no quiere decir mejor, señor Diamond -le contestó ella con impertinencia, al tiempo que le echaba una elocuente mirada a su casa.

-Estoy completamente de acuerdo: las cosas pequeñas pueden ser deliciosas -comentó él, lanzándole una mirada aún más elocuente a su cuerpo.

Un golpe de viento le llevó el pelo a la cara y ella se lo apartó con las dos manos y se lo sujetó al tiempo que respondía con un enojado:

-¡Bueno! ¿Debo suponer, entonces, que has aceptado finalmente que Sweet Briar es lo que es y que vas a dejar de insistir en que te la venda?

-Eres dura de pelar, ¿eh? -dijo él en un tono de diversión, pero sin brillo en los ojos-. Pero ya encontraré la manera de conseguir lo que quiero, señorita Grant. Sea como sea.

-Y lo que quieres es destruir el bosque -Laura se preguntó cómo podía haberse deshecho de deseo unos minutos antes por aquel... bárbaro-. Pues esta vez, gracias a dios, no vas a salirte con la tuya.

-Mi objetivo no es destruir el bosque, sino edificar casas. En este caso, da la casualidad de que los árboles están en el terreno que pienso utilizar.

-No lo entiendes, ¿verdad? -dijo ella, meneando la cabeza-. Y tampoco te importa. ¿Es que no ves que lo que vas a destruir es irremplazable? Cuando paseas por allí pensando en hacer casas y dinero, ¿se te ocurre alguna vez dónde van a jugar tus hijos? ¿Y los hijos de tus hijos? ¿En el asfalto? ¿Van a...?

-Laura -dijo él con un deje de preocupación-, tranquilízate. Tienes que tomarte las cosas con calma después de lo que pasó el domingo.

Laura deseó decirle muchas cosas más, pero sabía que tenía razón. Estaba débil y le dolía la cabeza. Y temía que, si seguía hablando, iba a empezar a llorar y no quería mostrarle aquel signo de debilidad.

Ella se volvió para irse, pero él la retuvo.

-Iba a pasar a verte más tarde. Sally me ha pedido que te lleve a su exposición el viernes. Te vendré a buscar a las siete, ¿te parece bien?

No, no le parecía bien, pero sabía que, si se quedaba y discutía, él acabaría por notar lo débil y mal que se encontraba. Y no quería tenerlo otra vez por enfermero. Así es que asintió en silencio.

-También iba a recoger a Melody -continuó-, pero tiene una cita cerca de la galería .a las seis y nos encontraremos allí.

Entonces contempló a Laura con una penetrante mirada.

-Me había parecido que tenías mejor cara, pero no es así. Por favor, descansa, pasea y recupera el buen color antes del viernes. No quiero que te desmayes en la galería. Puede que la palidez y la languidez les atraigan a otros hombres. A mí no.

Y dicho esto se metió en el coche y salió disparado.

Laura se quedó observando el coche con resentimiento. Un resentimiento que la hizo olvidarse del dolor de cabeza. ¡Aquel hombre era insoportable! ¿Acaso ella era pálida y lánguida?

Se encaminó a su casa con paso decidido y cerró la puerta de un portazo que le reavivó el dolor de cabeza.

Al día siguiente, pensó, iría a comprarse un vestido nuevo. Algo atractivo y bonito. Y el viernes se arreglaría el pelo. No podía esperar a ver la cara de Nick Diamond cuando fuese a buscarla el viernes.

No volvió a verlo en el resto de la semana, aunque la llamó varias veces para ver cómo se encontraba.

Ella le contestó en todas las ocasiones amable, pero fríamente. La última vez que llamó fue el mismo viernes a mediodía. Ella estaba a punto de salir para ir a la peluquería y, como estaba nerviosa ante la velada que la esperaba, fue aún más cortante de lo habitual.

-Sí -le dijo-, estaré preparada. Nos vemos a las siete.

Y colgó.

Su vestido nuevo de seda estaba colgado en el armario. Lo miró con ilusión. Era azul campanilla y hacía que los ojos le resaltasen tanto que le había sorprendido a ella misma cuando se lo probó en la boutique de Brianna. Nunca se había considerado guapa, pero aquel vestido no sólo le sentaba bien a la cara, además le marcaba las pocas curvas que tenía.

-Acaba de llegar -le dijo Brianna mientras la miraba probarse el vestido- y te queda perfecto. Pero...

Laura esperó a que terminase la frase.

-El pelo -le dijo Brianna con una sonrisa para suavizar la crítica-, ¿no has pensado en cortártelo? Si lo tuvieras más corto, las puntas se te rizarían. Y también podrías darte unas mechas más claras.

-Ya he pedido hora en la peluquería para el viernes -le contestó

Laura con cierto nerviosismo-, con un tal Henri.

-¡Ah, es un mago con las tijeras! Te costará un ojo de la cara, pero valdrá la pena.

Mientras envolvíaa el vestido junto con un conjunto de ropa interior de seda que también había comprado la dueña de la boutique le dijo en un tono cómplice:

-0 sea, que vas a algún sitio especial el viernes. ¿Y con alguien especial?

-Bueno... Sí voy a un sitio especial, a la inauguración de una exposición, pero -dijo encogiéndose de hombros- no con alguien especial. Un hombre al que conozco, eso es todo. De hecho -añadió impulsivamente-, cuando estamos juntos, no hacemos más que discutir.

-Ah -exclamó Brianna, con un brillo travieso en la mirada-, o sea, que te compras seda y encaje para un hombre con el que discutes todo el tiempo. ¿Y todavía dices, incluso puede que lo creas, que no es alguien especial? Qué criaturas tan contradictorias podemos ser las mujeres.

Laura se alejó del armario intentando no permitir que el pensar en Nick le arruinase la ilusión que le hacía aquella salida. Tenía muchas ganas de ir a la exposición y ver las obras de Sally, y a Sally también.

Miró el reloj y se dio cuenta de que era hora de irse. Pensaba caminar hasta la peluquería y tomar un taxi de vuelta para no correr el riesgo de cruzarse con Nick y estropear la sorpresa.

Mientras caminaba por Juniper Avenue, trató de no mirar a las desproporcionadas casas que se alineaban a ambos lados. No podía hacer nada al respecto. Lo único que podía hacer era evitar que Nick echase a perder el bosque y la hondonada de las hadas. Tenía que aceptar lo que no podía cambiar.

Sorprendentemente Nick no fue puntual.

Pasaron las siete, las siete y cinco, las siete y diez...

Laura se paseaba por el salón preguntándose qué le habría ocurrido y retocándose el pelo de cuando en cuando. Henri había hecho un trabajo estupendo: los rizos formaban un glorioso halo que rodeaba su rostro. Tanto que casi no se reconoció al verse en el espejo de la peluquería. Y, al verse con el vestido azul, supo que nunca había estado tan atractiva y femenina. Al acariciar el sensual tejido, sintió que era tan suave como...

El ruido del timbre la sobresaltó. «Cálmate», se dijo a sí misma al tiempo que agarraba el bolso e iba hacia la puerta. «Éste es el

momento que llevas esperando toda la semana.»

Pero la esperaba una sorpresa ya que, al abrir, en vez de ver a Nick vio a Melody. Estaba impresionante con su vestido ceñido de lino blanco, el pelo recogido en un moño y el maquillaje impecable. Se le abrieron los ojos de asombro al ver a Laura.

-¡Me encanta tu nueva imagen, Laura! Ese peinado te queda estupendo. Oye, siento llegar tarde, pero el tráfico en el puente era horrible. ¿Por qué te sorprende tanto verme? ¿Es que no te había dicho Nick que él no puede ir porque ha surgido una emergencia en una de las obras?

-No -le contestó Laura, intentando ocultar su decepción-. No, no me ha dicho nada. Le hubiera dicho que podía ir sola: tú has tenido que desviarte mucho para venir hasta aquí.

-No importa. ¿Nos vamos? Para entrar no habrá atasco, o sea, que llegaremos enseguida.

Y así fue. Llegaron a la galería justo cuando abrían las puertas y, quince minutos después, tras los discursos, Laura se encontró paseando y admirando los cuadros con una copa de vino en la mano. Hasta que Melody le dijo que Nick no iría no se había dado cuenta de que gran parte de la ilusión que le hacía la inauguración era porque volvería a verlo. Y entonces, a pesar del placer de volver a ver a Sally, la tarde había perdido gran parte de su encanto.

-¿Ya has elegido? -le dijo Greg Brown, acercándose a sus espaldas-. Norma ya se ha encaprichado de una de las marinas. Ahora mismo está firmando el cheque. Perdona, pero me llama -dijo con un falso gesto de horror-. Creo que se ha encaprichado de otro más.

Se alejó y Laura continuó paseando sola, escuchando los comentarios de la gente.

Entre ellos, escuchó el de alguien que hablaba de un retrato que había junto a la puerta del fondo. Era de su hermano de adolescente. Comentaba que no estaba a la venta y que mostraba un talento inigualable.

Un retrato de Nick. Un retrato de Nick hecho por Sally hacía muchos años. El corazón se le subió a la garganta mientras se preguntaba qué mostraría.

Deseaba correr hacia allí, pero se obligó a caminar despacio y despreocupadamente entre los críticos y visitantes que, en cualquier caso, estaban pendientes de las obras y no de ella.

Ahí estaba.

Nick, con unos dieciséis años. Apoyado en una valla de piedra con el cielo azul sobre su cabeza y la hierba bajo sus pies. Tenía el pelo negro y despeinado y llevaba una camiseta negra, unos vaqueros rotos

por la rodilla y unas zapatillas viejas.

Pero lo que le llegó al corazón fue su sonrisa, su encantadora y pícara sonrisa y el descaro adolescente que asomaba a sus ojos.

Sally lo había titulado Señor de todas las cosas y era el título perfecto. Aquel chico tenía aspecto de tener el mundo en sus manos.

Había más gente mirando aquel cuadro, pero Laura no se daba cuenta, ni oía las conversaciones a su alrededor. Toda su atención estaba centrada en el joven Nicholas y en la compasión que le inspiraba. La tragedia que lo esperaba aún no había sucedido. ¿Volvería a sonreír así algún día?

Le dio la espalda al cuadro sintiéndose inexplicablemente deprimida.

Hacia las nueve menos cinco estaban a punto de cerrar la sala y ella estaba hablando con Sally. Entonces, vio que la cara de la otra mujer se iluminaba.

-¡Nick, has podido venir!

Laura notó que cada uno de los músculos de su cuerpo se tensaba. Se sintió como si alguien hubiera reemplazado la sangre de sus venas por champán.

-Llevo aquí un cuarto de hora -le dijo a su hermana con una sonrisa- y, por lo que Melody me ha contado, ha sido todo un éxito. ¿Has visto a... Laura?

Sus ojos se habían posado en Laura justo al tiempo que decía su nombre y su tono había revelado su asombro. Ella notó que se sonrojaba cuando él la recorrió con la mirada. Se aclaró la garganta y, aunque la expresión de sus ojos había cambiado, no hizo ningún comentario sobre su nuevo aspecto.

-Ah, estás aquí -dijo con calma-. Disculpa por lo de esta tarde. Tenían que haberte llamado desde mi oficina para avisarte, pero algo falló. En cualquier caso, ya estoy aquí para llevarte a casa.

-No es necesario -le contestó, pensando en lo poco que le hubiera costado hacer algún comentario, aunque fuese de pasada-. Melody me ha dicho que...

-Melody acaba de irse. Ahora estás conmigo.

Era arrogante, arisco, odioso... Y atractivo y deseable.

Laura deseó poder no deshacerse cada vez que lo miraba. También deseó no tener que ir sola en el coche con él todo el camino. Era irresistible, maldita sea. Pero no tenía elección. Una vez más, él se negaba a considerar qué podía querer ella.

-No le lleves la contraria -intervino Sally, riendo-. Cuando se trata

de mi hermano, es más fácil rendirse.

Pero eso, pensó Laura mientras él la guiaba hacia la puerta, era algo que no pensaba hacer.

Jamás se rendiría a Nick Diamond.

Capítulo 9

EN VEZ de dejarla a la entrada de Sweet Briar como ella había esperado, Nick entró con el coche en su propio jardín. -Pasa un rato y nos tomamos la última.

Era una orden, no una invitación, y sin esperar a que le contestase, dio la vuelta para abrirle la puerta del coche.

-0 -continuó- pensaré que aún estás enfadada conmigo por haberte dejado plantada antes.

Qué listo era. Si rechazaba aquella copa, él pensaría que a ella le había molestado que fuese Melody y no él quien había ido a buscarla. Sería mejor aceptar que dejarle creer que ella le había dado alguna importancia aquel asunto.

-Gracias. Entraré con una condición.

Él cerró la puerta del coche.

-¿Quieres que te prometa -dijo en un tono burlónque no te enseñaré mis grabados?

-No -le respondió ella con soltura-. Quiero que me prometas que sí lo harás -él alzó las cejas mientras ella continuaba-. Me gustaría volver a ver el cuadro de Sally que hay en tu estudio.

-Ah -exclamó con un gesto de ironía en los labios-, por un momento había pensado...

¿Pensado qué? ¿Que le iba a ofrecer su cuerpo cuando estuviesen dentro? Ni en sueños, pensó ella.

Pero la reacción de su cuerpo cuando él la tomó del brazo le recordó que haría bien en mantener las distancias una vez dentro de la casa.

-Entonces, vamos a tomamos esa copa en el estudio -le dijo mientras cruzaban el vestíbulo-. A menos que prefieras tomar un café en la cocina, claro.

-No, gracias. Ya he tomado mucho café en la galería. Puede que algo con alcohol suavice el efecto y me ayude a dormir.

Él encendió una sola luz en el estudio: un foco que iluminaba directamente el cuadro de Sally.

-¿Qué quieres tomar? -le preguntó Nick al tiempo que se quitaba la chaqueta y la arrojaba sobre el respaldo de un sillón.

-Me gusta el... Drambuie -contestó ella ausentemente.

Aquel óleo la fascinaba, la atraía como un imán, y

dio unos pasos hacia él. Se sumergió tanto en él, viéndolo desde una nueva perspectiva después de lo que había visto y oído aquella tarde, que no advirtió que Nick estaba tras ella hasta que él murmuró su nombre.

Se volvió, sorprendida. Él estaba más cerca de lo que esperaba.

Golpeó con el codo la copa y ésta salió volando para aterrizar sobre el parquet, rompiéndose en mil pedazos. Consiguió que no se le cayese la copa de la otra mano, pero el Drambuie le salpicó la blanca camisa.

-¡Lo siento! -le dijo Laura, notando que se sonrojaba-. Mira lo que he hecho... Y era una copa preciosa.

Qué torpe era. El tipo de mujer con el que Nick trataba normalmente jamás cometería tal torpeza.

Él dejó la copa sobre una mesita.

-Vamos -le dijo tomándole la cara entre las manos-, relájate -añadió con un aire sensual-. Ha sido tan culpa mía como tuya, por asustarte.

-Prefiero irme a casa -murmuró ella-. No se por qué es, pero cada vez que estamos juntos todo sale mal.

-¿Te he dicho -continuó él, haciendo oídos sordos a lo que ella decía- que estás muy guapa esta noche? No se qué te has hecho en el pelo, pero el resultado es precioso.

Dentro de su cabeza sonaron timbres de alarma. ¿No debería apartarse de él? Estaba demasiado cerca. Entonces, ¿por qué no lo hacía? ¿Por qué se quedaba mirándolo a los ojos como un conejo hipnotizado?

-Sólo me lo he cortado y rizado un poco -dijo con un tono alegre y falso como el de un anuncio de televisión.

Él llevó las manos de sus mejillas a su pelo y lo acarició varias veces, como si no se cansara de su sedoso tacto.

-He deseado hacer esto desde el primer momento que te he visto esta noche. ¿Te has arreglado adrede para provocarme? ¿Para atormentarme? ¿Por eso has elegido ese vestido tan sexy?

-No es más que un sencillo vestidito.

-Un corte de pelo sencillo, un vestido sencillo... Una forma sencilla de seducir.

Con una lentitud desesperante y una determinación inexorable, fue bajando la cara. Laura intentó resistirse en el último segundo, antes de que fuera demasiado tarde.

Pero ya era demasiado tarde. La carne era débil., muy débil. Sus labios parecían tener vida propia y se abrieron a él, húmedos y carnosos, en una descarada invitación. Una invitación a que se sirviera él mismo.

Que fue exactamente lo que él hizo.

Y en el momento en que ella probó el vino en su boca, estuvo perdida. Cada célula de su cuerpo levantó las manos en señal de rendición. Rendición a lo inevitable. El efecto fue tan devastador, tan intenso, que las rodillas le flaquearon y tuvo que agarrarse a él.

-Mis grabados -su voz sonó rara, congestionada- están arriba.

Hizo una pausa durante la cual Laura sintió el corazón de él latiendo junto a sus costillas.

-¿Aún estás interesada en verlos?

La única respuesta de Laura fue un gemido ahogado en la garganta. Fue suficiente. Él la tomó en sus brazos y se encaminó a la puerta.

Ella cerró los ojos. ¿Era real lo que estaba sucediendo?, se preguntó confusa. ¿0 estaba teniendo un sueño romántico? ¿Era realmente Nick quien la llevaba escaleras arriba o había entrado en las páginas de su novela favorita y era otro hombre de un atractivo irresistible? Y, al igual que aquel otro hombre tan atractivo, ¿la abandonaría Nick antes del amanecer?

Él abrió una puerta empujando con el hombro y encendió una luz con el codo. Una luz suave que venía de una lámpara junto a la cama y arrojaba sombras sobre la madera y las cortinas que se agitaban con la brisa de la noche.

La depositó en el suelo sin dejarla escapar de su abrazo y, entonces, la atrajo más hacia sí con una fiereza que la dejó sin respiración.

Nadie más que Nick Diamond provocaba aquella reacción en ella, aquella increíblemente erótica reacción. Hacía que su cuerpo ardiese de impaciencia y deseo.

Y aún así, la cautela que la había acompañado durante tanto tiempo logró surgir en alguna parte en un intento desesperado de salvarla de sí misma.

-Los grabados... -dijo entrecortadamente-. Me has prometido que me los enseñarías.

-He mentido -le contestó él, tomándola de la muñeca para conducirla a la enorme cama-. ¿Me perdonas? Me temo que tendrás que hacerlo porque lo último en lo que puedo pensar ahora.

Laura tenía tal nudo en la garganta que casi no podía tragar saliva. Ya sabía que los grabados era lo último en que estaría pensando. Estaba desabrochándole los botones del vestido como por arte de magia y el vestido acabó por caer sobre la alfombra con un sugerente susurro de seda.

Mientras le desabrochaba el breve pedazo de encaje que era su sostén, ella se preguntaba si su corazón latía con la misma intensidad y el mismo miedo y si su pulso se asemejaría a una corriente de lava al rojo vivo.

Pero, al tiempo que se formulaba aquellas preguntas la imagen de Melody le vino a la mente y, por un segundo, sintió que su corazón

dudaba y, casi inmediatamente, retomaba su ritmo. En el fondo de su corazón, sabía que Nick Diamond no era el tipo de hombre que traicionaría a alguien con quien estuviese comprometido. 0 sea, que su relación con la rubia no podía ser muy seria. Dejó escapar un trémulo suspiro.

-Quítame la camisa -le dijo él, llevándole las manos a su pecho.

Ella le desabrochó cada botón y le despojó de la camisa, que dejó escapar un aroma a Drambuie al caer. Se abrazó a su cintura con los ojos cerrados, sintiendo el áspero tacto de del vello de su pecho junto a su ardiente mejilla. Nunca había estado así con un hombre.

Nunca había estado así con Jason.

Se puso tensa y el corazón casi se le paró al sentir que Nick bajaba las manos de sus hombros a su espalda. Iba a palpar las cicatrices, aquellas horribles cicatrices y le repugnarían...

-No te escondas de mí -susurró él, acariciándole la espalda.

Ella contuvo la respiración esperando que las yemas de sus dedos recorrieran las marcas, estudiándolas, reviviendo el pasado. Pero él no lo hizo.

Sus movimientos eran pausados y sensuales, como si tuviera la mente en otra parte, en Laura misma y no en las imperfecciones de su cuerpo. La abrazó más fuerte y ella notó su respiración en el pelo.

-Eres perfecta -susurró-. Perfecta para mí, mi dulce Laura.

Ella ni siquiera podía mirarlo. Su cariño y su ternura habían hecho aflorar lágrimas a sus ojos, unas lágrimas que no quería que él viese. Los recuerdos de Jason se habían desvanecido cuando Nick empezó a acariciarle la espalda. Los había borrado con palabras dulces y caricias lentas.

Comenzó a relajarse de nuevo, poco a poco. Y Nick, como si pudiera leer sus pensamientos y supiera que el mal momento había pasado, bajó las manos de la espalda a la cintura y de ahí más abajo. Durante unos segundos de exquisita excitación, paseó las palmas de las manos por el firme contorno de su trasero como si quisiera familiarizarse con sus femeninas formas y después le quitó las sandalias... y finalmente, el pedacito de encaje que ocultaba su último secreto.

-Dios mío... -dijo mientras la contemplaba y le acariciaba los hombros con unos movimientos casi febriles-. ¡Eres tan delicada, tan maravillosa!

Y al tiempo que su boca se acercaba de nuevo, Laura echó hacia atrás la cabeza para darle fácil acceso a su blanco cuello. Sus labios lo acariciaron y recorrieron la distancia hasta su pecho.

Gimió y Nick se apartó para tomarle las manos y mirarla con las

pupilas dilatadas. Tenía la respiración agitada.

-Es tu última oportunidad -le dijo con un ardiente beso en la palma de la mano-. Tu última oportunidad para decir n...

El desesperado gemido de Laura lo interrumpió y eliminó el poco control que a Nick le quedaba.

Cayeron juntos en la cama. Como entre sueños, lo vio bajar la cabeza hasta su pecho y sintió la humedad de sus labios jugando primero con uno de los pezones y luego con el otro hasta que ella, en un dulce tormento de deseo, empezó a emitir unos sonidos que hablaban de desesperación y necesidad. No quería que acabase nunca...

Entonces lo oyó abrir un cajón. Entreabrió los ojos, un poco desorientada, y lo vio sacar un paquetito aplastado de la mesilla. Tendría que haber sabido que podía confiar en él, que él la cuidaría. Era ese tipo de hombre.

-Ven aquí, encanto.

Su voz era un emocionado susurro. Ella hundió la cara entre su pelo mientras él continuaba con la exquisita tortura que la aturdía tanto que no era consciente de nada, más que del placer. Si él tenía prisa por llegar a donde iban, no lo demostraba. Su meta parecía ser encender su cuerpo, hacerlo arder. Arder para él.

Y lo hizo. Ella se movía, se arqueaba desesperadamente a su tacto, agarrada con fuerza a sus hombros.

Entonces, cuando creía que no lo soportaría más, él se alzó sobre ella. Sus miradas se cruzaron un segundo, un segundo que quedaría grabado como a fuego en el corazón de Laura, y, en un fragmento de éxtasis eterno, la tomó. Y ya no fueron dos sino uno.

Poco a poco y con una sabiduría innata, Laura se sumergió en el ritmo. Al principio con timidez y más tarde con confianza, satisfaciendo sus demandas de un modo que hizo escapar un sonido agonizante de la garganta de él.

Cuando al fin alcanzaron el dulce y vibrante espacio donde él la había llevado, ella dio un grito de placer, un grito repetido por Nick momentos después.

Al rato, justo antes de dormirse al abrigo de sus brazos, el último pensamiento de Laura fue que aquel grito también había sido de sorpresa. Porque, donde la había llevado Nick, no había estado antes nunca.

-Laura...

-Mmmm -ella abrió los soñolientos ojos para ver que aún estaba

oscuro-. ¿Qué hora es?

-Casi las cuatro -le contestó acunando su cuerpo desnudo entre sus brazos-. No puedo dormir...

¿Qué ocurre? -le dijo ella al oírlo suspirar.

El la besó en la frente.

-Amor mío -dijo con la voz tensa-, dime, ¿por qué te casaste con él?

Laura se sintió incómoda. El quería hablar de Jason. Pero, al notar la reconfortante fuerza de los brazos que la rodeaban, la tensión se desvaneció. Nick tenía razón: sería mejor hablar de su matrimonio y sacar las cosas a la luz para después poder dejar el pasado donde correspondía.

-Nunca tuve un hogar -comenzó ella con la voz apagada-. 0, si lo tuve, no lo recuerdo. A los dieciocho años, tenía la impresión de haber dormido ya en todos los moteles de Norteamérica. Deseaba echar raíces, soñaba con tener un lugar al que llamar mi hogar... Jason prometió dármelo y yo lo creí. Era joven e impresionable y él tenía doce años más que yo y parecía encantador, en la superficie. Creí que estaba enamorada de él y, por supuesto, creí que él estaba enamorado de mí. Poco después de conocernos, murió mi padre y yo me sentí tan sola, tan abandonada que dejé que Jason se ocupase de todo. Nos casamos al poco tiempo del funeral y casi sin conocernos. Cuando ahora lo recuerdo, es como si me hubiera quedado sin ideas propias, como si hubiera sido una marioneta en manos de Jason.

Nick le acarició la espalda.

-¿Y te dio ese hogar?

-Teníamos una casa preciosa. Pero una casa no es necesariamente un hogar, aunque haya quien crea que las dos palabras son intercambiables. Para que sea un hogar tiene que haber amor.

Y lo que había habido en aquella casa que compartió con Jason había sido, finalmente, odio. Su odio, causado por la determinación de Jason de aplastar su voluntad y controlarla. No dijo nada, pero Nick debió de percibirlo, porque sus caricias se hicieron más tiernas.

-Y lo de la espalda... ¿Quieres contarme de qué estabais discutiendo cuando te caíste?

-Jason y yo habíamos ido a una fiesta y, al volver a casa, me acusó de coquetear con uno de sus amigos. No me escuchaba, estaba tan enfadado que me asusté. Retrocedí y tropecé con una mesa baja. Encima había una escultura abstracta de bronce, una cosa horrorosa que nunca me había gustado, y caí sobre ella.

Nick emitió un sonido de pesar y enterró la cara en el cuello de Laura.

-No, Nick -a Laura le dolía en el corazón verlo intentar controlar sus violentas emociones-. Ya no importa, ya ha pasado todo. No me duele -le aseguró mientras sus manos recorrían la cara de él para encontrarse con que tenía las mejillas húmedas- Nick...

Y al tiempo que los labios de él bajaban por su cuello, ella le acarició el pelo y acunó su cabeza junto a su pecho, como si fuera un niño.

Pero no era un niño y ella tampoco. En cuestión de minutos, su suave cuerpo reaccionó a las encendidas caricias con una pasión salvaje y desinhibida. El pasado ya no existía. Sólo existía Nick.

Nick y el paraíso que él había creado para ella.

Cuando se despertó por la mañana, se lo encontró apoyado sobre un codo mirándola.

-Buenos días, Laura -dijo recorriendo con un dedo sus labios hinchados por los besos-. ¿Cómo estás?

Laura sintió que le ardían las mejillas.

-Cansada. Bueno, no hemos dormido mucho, ¿verdad?

-Sí, tienes razón -contestó sonriendo-. Esperaba que te despertases antes de irme...

-¿Tienes que irte? -dijo sin poder ocultar su decepción-. ¿Cuándo?

-Ya. Tengo una reunión a las nueve y debería haber salido hace unos diez minutos.

Sólo entonces, al incorporarse, se dio cuenta Laura de que él estaba tendido sobre la colcha y completamente vestido, con traje y corbata. La chaqueta estaba a los pies de la cama.

-Estaba esperando a darte un beso de buenos días --le dijo con los ojos fijos en sus labios-. Bésame, Laura.

Laura lo rodeó con los brazos y lo besó. Fue un beso que pareció durar eternamente. Pero, cuando sintió que la sábana se deslizaba y notó frío, recordó que estaba desnuda e intentó taparse tímidamente.

-No -dijo él-. Me voy a pasar todo el día de reunión en reunión -añadió en un tono sensual- y quiero tener algo en que pensar -continuó contemplando sus pechos desnudos-, algo que me de fuerzas para aguantar hasta la noche.

-¿Nos veremos esta noche? -preguntó una insegura Laura.

-Nada en el mundo me lo impediría. Pero ahora -dijo mirando el reloj con gesto serio- tengo que irme.

Tomó la chaqueta y se la echó al hombro.

-Quédate aquí todo el tiempo que quieras, siéntete como en casa. Esta noche va a ser una cena muy especial, en Catalpa Inn. Tenemos

mucho de qué hablar y muchos planes que hacer.

Laura sintió que el júbilo le corría por las venas.

-Estoy deseando que llegue la noche -le dijo suavemente.

-Tengo que irme, amor mío. 0 sea, que -dijo lanzándola un beso- hasta las siete.

-Hasta las siete -murmuró ella, y acto seguido se dejó caer sobre la almohada con una sonrisa de felicidad en los labios.

Tras oír el ruido de la puerta al cerrarse se desperezó y se levantó. Entró en el cuarto de baño adyacente y, como en trance, tomó todos los productos de baño de Nick: la crema de afeitar, el caro jabón, la colonia...

Tras la puerta estaba colgada una bata de seda negra. Se acercó y se llevó los suaves pliegues a la mejilla. Aquel fascinante olor a hombre llenó su mente de imágenes y recuerdos, recuerdos de las mágicas horas que habían pasado juntos.

Finalmente dejó caer la seda con un suspiro y se volvió para entrar en la ducha. Al verse en el espejo se quedó helada.

Casi no se reconocía.

Tenía el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas, y los ojos le brillaban. Parecía otra mujer, una mujer deseable, con un aire sensual y femenino que era nuevo y excitante.

Nick había obrado aquel milagro: la había transformado en una mujer con el inconfundible resplandor de quien ha sido amado exquisita y profundamente.

Sintió que la invadía la alegría, y que era ligera como una pluma. Era, pensó atónita, feliz. Feliz por primera vez en tanto tiempo que ya se le había olvidado lo glorioso que era aquella sensación.

Con una energía renovada y riéndose a carcajadas empezó a girar sobre sí misma en medio del cuarto de baño. La risa fluía de su boca tan imparable como la espuma del champán tras volar el corcho.

Finalmente, mareada y cansada, riendo y sintiéndose algo avergonzada, se dejó caer sobre un asiento. Pero, al ver su cuerpo desnudo en el espejo, se quedó con la mirada perdida entre ensueños.

Aquella noche volvería a ver a Nick. Y él volvería a llevarla a aquel mundo donde nada existía sino el ardor de su deseo y el roce de piel con piel... hasta el final inexorable del clímax y la liberación.

Se abrazó a sí misma y descubrió que estaba temblando.

Casi no podía esperar a que llegara la noche.

Capítulo 10

A LAS SEIS menos cinco de aquella misma tarde sonó el teléfono cuando Laura acababa de vestirse. Corrió a contestarlo esperando que fuese Nick.

-Le llamo de las oficinas de Diamond Ace, señorita Grant -dijo una voz amable, pero autoritaria-. Soy Jenna Hill, la ayudante del señor Diamond. Me ha pedido que la llame para comunicarle que ha surgido algo importante, un asunto de trabajo, y que tiene que cancelar la cita con usted, ya que pasará toda el resto del día reunido con su abogado. El mismo la ha llamado varias veces esta tarde, pero nadie ha respondido al teléfono.

-He estado toda la tarde fuera montando en bicicleta -contestó ella, sin poder disimular su decepción.

-Me ha dicho que se pondría en contacto con usted mañana por la mañana.

Tras colgar el teléfono, Laura se dejó caer en una silla. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan abandonada. ¿Estaría Nick disgustado también? Al recordar la cara que tenía al salir de casa aquella mañana, llegó a la conclusión de que probablemente sí.

Ahora tenía toda la tarde por delante sin nada que hacer. Además, estaba muerta de hambre y, como pensaba cenar fuera, no había cocinado nada. Se miró con un gesto de tristeza: se había arreglado tanto y ahora no tenía donde ir...

Bueno, aquello era una ridiculez. Por supuesto que tenía sitios donde ir, siempre que no le importase ir sola. Una sombría idea le vino a la cabeza. Muchas veces, cuando Jason la había llevado a alguna cena con sus amigos, había deseado poder cenar tranquila y sola y no tener que mantener una conversación con gente que casi siempre le parecía pretenciosa y aburrida.

Ahora podía hacerlo. ¿Qué la impedía ir a Catalpa Inn sola? Lo único que tenía que hacer era llamar un taxi e ir para allá. Cuando estaba casada con Jason, jamás hubiera soñado con hacer algo así: él se hubiera puesto furioso. Pero Jason ya no estaba allí para intimidarla.

Se sintió muy contenta, sobre todo, comparado con lo mal que se había sentido un momento antes, al ponerse en pie y tomar la guía telefónica.

Cuando el taxi llegó, ella ya estaba esperando junto a la valla del jardín.

El restaurante Catalpa Inn estaba sólo a cinco minutos en taxi de Sweet Briar. Al entrar en el sendero del jardín que llevaba a la puerta principal, vio el hermoso árbol que le daba nombre al local. Era un árbol impresionante, con las hojas grandes y en forma de corazón y las flores blancas con vetas marrones y amarillas.

Mientras el taxi se alejaba, se quedó un momento contemplándolo. ¿Si aquella propiedad cayese en manos de Nick, se preguntó, talaría éste el precioso árbol.

Cruzó el patio con enérgicos pasos, decidida a apartar de su pensamiento aquella faceta de Nick que no podría cambiar. Aún así, aquella idea seguía en su subconsciente.

El vestíbulo estaba muy animado y la suave música clásica de fondo se mezclaba con el rumor de las conversaciones. Al caminar por la mullida alfombra hacia el comedor, se dio cuenta de que estaba bastante lleno y se preguntó si no debería haber reservado mesa.

Se quedó a la entrada esperando mientras paseaba la mirada por la sala. Entonces, justo al tiempo que el camarero se le acercaba, carta en mano, a Laura le pareció reconocer cierta cabeza rubia. Aguzó la vista y vio que no se había equivocado: era Melody.

Por un momento, creyó que estaba sola y pensó en acercarse a saludarla. Pero, en aquel preciso instante, un grupo de gente que estaba delante de ella se apartó y Laura vio que la rubia no estaba sola. Estaba con un hombre. Un hombre moreno que llevaba un traje gris oscuro, un hombre que tenía la vista fija en ella con tal intensidad que a Laura le dieron escalofríos.

Nick.

La había dejado plantada para cenar con Melody. Y además, en el mismo restaurante en el que había quedado en cenar con ella. Laura se agarró a la jamba de la puerta al sentir que le temblaban las piernas. ¿Cómo podía haberle mentido así? ¿Por qué no le había dicho simple y llanamente que lo de la noche anterior no había sido más que una aventura?

Nunca hubiera imaginado que él era el tipo de hombre que le da esperanzas a una mujer sin estar interesado. Y también se había equivocado al pensar que no era de los que salían con una mujer teniendo una relación seria con otra.

Atónita y desorientada, vio cómo un camarero se acercaba a su mesa con una botella de champán. Continuó observándolos, como ausente, mientras levantaban las copas y brindaban. La imagen de su felicidad y el gesto de triunfo de Nick la sacaron del estupor y le hizo reaccionar.

No necesitaba oír sus palabras, ya se las podía imaginar.

«Por nosotros», estaría diciendo él, «y por el proyecto de Diamond Forest. Lo tengo en el bolsillo».

Sintió un nudo y dolor en la garganta.

-Señora -decía el camarero con cierta impaciencia-, ¿desea una mesa? ¿Fumadores o...?

-Lo siento -contestó ella, sintiendo pánico al pensar que alguno de los dos podía verla: no soportaría aquella humillación-, lo siento mucho... He cambiado de opinión -añadió aceleradamente.

Se volvió y se alejó como a ciegas, chocando con otros clientes de camino a la recepción. Una vez allí, tomó aliento y pidió que le llamaran un taxi.

Espero fuera para asegurarse de que no la veían desde el comedor, temblando según iba asimilando lo que había visto. ¡Qué idiota había sido! La había seducido con una voz suave, unos ojos llenos de deseo y haciéndola creer que no le importaban los horribles defectos de su cuerpo!

Nick Diamond era un experto, tenía que admitirlo. Quería sólo y exclusivamente una cosa: conquistarla, fascinarla, para convencerla de que le vendiese Sweet Briar.

Pero no había contado con que ella lo descubriría.

Se secó una lágrima con un gesto brusco al ver aproximarse su taxi. Se aseguraría de que él no se enterara nunca de que les había descubierto y así, su orgullo quedaría intacto. La próxima vez que se encontraran, ella interpretaría a la perfección su papel y le haría creer que lo que habían compartido no significaba nada para ella, que no había sido más que una aventura pasajera.

A nadie le amarga un dulce.

Era una de las cosas más difíciles que tendría que hacer en su vida pero, de alguna manera, lo conseguiría.

Llevaba varias horas en la cama, pero no había conseguido conciliar aún el sueño, cuando lo oyó aparcar el Porsche.

Se incorporó un poco y miró el reloj digital de la mesilla: era casi la una de la madrugada.

Le dio un puñetazo a la almohada antes de tumbarse de nuevo.

-¡Reptil! -susurró con furia mientras escuchaba pararse el motor del coche-. ¡Eres un reptil infiel y te odio!

Aquellas palabras aún le resonaban en los oídos cuando, exhausta por el llanto y la rabia, se durmió finalmente.

A la mañana siguiente, la despertó el teléfono. No lo descolgó, igual que no lo descolgó cuando sonó otra vez y otra vez más. Sería

Nick, por supuesto y, aunque finalmente tendría que hablar con él, prefería hacerlo en el momento que ella eligiese.

Decidió mantenerse ocupada para alejar de su cabeza los dolorosos pensamientos que la torturaban. Durante las dos horas siguientes, pasó la aspiradora por alfombras que estaban ya limpias, limpió objetos de plata que ya brillaban antes y fregó el linóleo de la cocina con tal energía que casi borró el dibujo.

Hacia las once y media vio, mientras le quitaba el polvo al alféizar su la ventana del dormitorio, un Mercedes granate aparcado junto al Porsche de Nick. Apretó los labios. Nick estaría atendiendo a la visita y supo que podía salir a comprar sin cruzarse con él.

Le llevó unos minutos lavarse y ponerse ropa limpia, y ocultar las ojeras que tenía con un poco de maquillaje. Pero aún así era evidente que había pasado una mala noche, o sea, que se aplicó una generosa dosis de sombra, tres capas de máscara y lápiz de labios rosa.

No pudo evitar sentir cierta satisfacción al verse en el espejo: si Nick Diamond la viese, no podría ni imaginarse el infierno por el que estaba pasando.

Al salir a la calle reparó, aliviada, en que el Mercedes seguía allí aparcado. Apartó los ojos de la enorme casa y estaba a punto de subir a la bicicleta cuando oyó que alguien la llamaba.

-Laura, cariño...

No cabía duda de que era la voz de Nick. Laura se quedó helada durante un par de segundos y entonces, haciendo acopio de todo el autocontrol que poseía, se volvió con una expresión deliberadamente displicente.

Pero, a pesar de sus esfuerzos por permanecer calmada, el ritmo de su corazón se disparó como un metrónomo descontrolado al ver acercarse a Nick con su acompañante, un hombre alto y de porte aristocrático. Venían del bosque y Nick estaba devastadoramente seductor con aquel traje oscuro y la corbata azul moviéndose con la brisa.

-Hola -dijo Laura con una sonrisa que esperaba fuese convincente-, hace una mañana preciosa, ¿verdad?

-Oye, he intentado hablar contigo antes -le dijo Nick, agarrándola por la cintura y besándole el pelo-. He llamado varias veces.

-Estaría pasando la aspiradora -le contestó ella sin hacer ningún esfuerzo por apartarse, aunque le resultaba casi insoportable aspirar su aroma y sentir su cuerpo-. 0 puede que estuviese en la ducha.

-Cariño, te presento Whittaker Reed. Es arquitecto y trabaja conmigo -anunció Nick, soltando a Laura finalmente-. Whittaker, ésta es mi nueva vecina, la señorita Grant. Laura Grant.

Un arquitecto. Laura sintió que el corazón se le encogía. Tenía razón. Nick estaba absolutamente convencido de que firmaría el contrato de venta. Tan convencido que ya estaba anticipándose a toda prisa. Casi sin darse cuenta, Laura tendió la mano para estrechársela al arquitecto.

-Es un placer, señorita Grant -le dijo éste con un cálido apretón de manos-. ¿Qué le parece Juniper Ridge?

Antes de que tuviera tiempo de responder, Nick intervino:

-Esto no le va a gustar nada a Laura, Whit: pasó un verano aquí a los diez años y recuerda bien la zona como era entonces.

-Ah -asintió el otro hombre-, a la mayoría de nosotros no nos gustan los cambios, señorita Grant. Especialmente cuando significa la destrucción de nuestros recuerdos de la infancia. Pero el progreso es el progreso y nadie puede pararlo -miró el reloj como si ya hubiera tenido bastante de charla irrelevante y añadió súbitamente-. ¿Nos vamos, Nick? Tenemos que reunirnos con Mac y Ed en un cuarto de hora.

-Sí, claro. Tenemos que vernos -añadió mirando a Laura- para que te cuente todo lo que ha pasado, pero hoy va a ser imposible y esta noche tengo otra reunión. Si no te llamo por la tarde, te llamaré mañana a primera hora y podemos quedar para cenar. Te lo prometo.

Whittaker ya se había alejado un poco y Nick abrazó a Laura de nuevo.

-No puedo esperar -susurró en su oído- a tenerte para mí solo otra vez. Estaré contando los minutos -añadió dándole un beso en la punta de la nariz.

Y dicho esto, se encaminó hacia el coche con paso decidido.

Los dos coches arrancaron y Laura se quedó parada donde estaba con los dedos apretados en el manillar de la bicicleta con tal fuerza que los nudillos se le pusieron pálidos. Nick había dicho que contaría los minutos y, seguramente, suponía que ella también. ¿Cómo se sentiría si supiera que la tristeza le estaba desgarrando el alma?

Nick no la llamó aquel día o, si lo hizo, ella no oyó el teléfono. Pasó la tarde en el jardín preparando un parterre nuevo, agotando todas sus energías y tratando de desahogar las violentas emociones que la acosaban. Se acostó temprano y, cuando logró dormirse, tenía los brazos exhaustos, la espalda dolorida, el corazón roto y la almohada mojada.

Aquella noche, sus sueños fueron un torbellino de imágenes siniestras, ruido y confusión.

Sonaban truenos y brillaban relámpagos y los párpados se le entreabrían cuando los deslumbrantes rayos cruzaban su subconsciente.

Se removió en la cama, intranquila, conn el olor de la tormenta en las fosas nasales. Fuego. En alguna parte, un rayo había alcanzado un árbol y las llamas bailaban a su alrededor, el calor asaltaba su cuerpo...

-¡Laura!

El agudo grito rasgó sus sueños y le llegó a los tímpanos, haciéndola enterrar la cara aún más en la almohada.

-¡Laura! -volvió a sonar.

Esta vez, aquella voz de hombre la llenó de temor al notar su tono de pánico.

Se incorporó de improviso y se dio cuenta de que no estaba soñando. Se dio cuenta, aterrorizada, de que los ruidos que la rodeaban eran reales. Completamente reales. No era el ruido del trueno, sino el de la madera al arder el que escuchaba. Y el resplandor no era el de un relámpago, sino el de las llamas que la cercaban.

¡Sweet Briar estaba ardiendo!

Con un grito apartó las sábanas pero, antes de que pudiera salir de la cama, la puerta se deshizo con un estruendo que casi hizo detenerse su corazón. A la danzante luz de las llamas, vio una figura oscura acercarse a ella y, justo en el momento en que reconoció a Nick, se encontró envuelta en una sábana y transportada en sus brazos hacia la puerta entre las llamas y el humo que la ahogaba.

Se oyó en la distancia el sonido de una sirena. Con la poca conciencia que le quedaba, advirtió una gran agitación en el jardín delantero, gente que se movía de acá para allá, y escuchó el ruido del chorro de agua con que intentaban, inútilmente, apagar el fuego.

Unas manos robustas la apartaron de Nick y, a pesar de sus protestas para que la dejasen en paz, se la llevaron. Por todas partes había llamas y las cenizas flotaban en el aire... ¿Dónde estaba Nick?

Laura estaba tendida en el suelo y alguien se inclinaba sobre ella. Alguien con una chaqueta blanca. Con un uniforme. Brillaban luces de colores: azul y rojo. Escuchaba los súbitos frenazos de los vehículos...

Observó alejarse uno de ellos, una ambulancia. ¿Llevarían a Nick?

-Nick... -susurró como entre sueños.

Nadie le respondió, pero ella supo que tenía que ser él. Cerró los ojos y se pasó un brazo por encima de ellos, como si así pudiera apartar de sí el dolor de saber que estaba herido. Era un dolor insoportable.

De las horas que siguieron recordaba poco. La llevaron al hospital y allí, tras hacerle una revisión, un médico de aspecto cansado insistió en que se quedase ingresada hasta el día siguiente.

-Se sentirá mucho mejor por la mañana. Más fuerte.

Estuvo a punto de protestar, pero cambió de opinión. ¿Dónde iba a ir si salía de allí? Sweet Briar ya no existía y no tenía nada que ponerse. Hasta le habían quitado al llegar a urgencias el camisón que llevaba y le habían puesto un camión azul del hospital.

La enfermera le había asegurado que la sangre que manchaba su camisón no era de ella. Si lo hizo con intención de reconfortarla sólo consiguió el efecto contrario: si no era suya, tenía que ser de Nick.

Siguió preguntando por él, pero nadie fue capaz de decirle nada aparte de que estaba en la unidad-de cuidados intensivos. Como había perdido el controll y empezado a llorar histéricamente le inyectaron un potente tranquilizante y entonces, se hundió en un sueño sin pesadillas.

Por la mañana lo primero que hizo fue llamar a una enfermera y preguntarle por Nick. De nuevo, le dijeron simplemente que estaba en cuidados intensivos.

La preocupación por él le nublaba el cerebro y comenzó a actuar como una autómata. Se duchó, le pidió prestada una moneda a la enfermera y llamó a Marvin Twigg tan pronto como pudo. Le relató brevemente lo que había ocurrido y le pidió que le enviase un mensajero con dinero y le reservase una habitación en un hotel del centro. Después, llamó a Brianna y pidió que le enviasen ropa al hospitall y la cargasen a su tarjeta de crédito.

Hecho esto, volvió a la habitación y se sentó junto a la cama con el arrugado camisón del hospital, como una sonámbula. Llegó el médico, la examinó y le comunicó que estaba en condiciones de irse. Y, aunque fue muy amable, también se mostró muy poco comunicativo cuando le preguntó por el estado de Nick. Tras irse, el médico le pidió a la enfermera otra moneda y llamó a casa de Sally, esperando que ella pudiera darle más información, pero nadie contestó el teléfono.

El envío del abogado y el de la tienda de moda llegaron casi al mismo tiempo. Mientras se vestía, tomó una decisión: no saldría del hospital sin saber antes cómo se encontraba Nick.

Tras meterse el sobre del dinero en el bolsillo trasero y tirar a la papelera la bolsa vacía de la ropa, se dirigió al ascensor y bajó a la planta baja. Una vez allí, preguntó dónde estaba la unidad de cuidados intensivos.

Con los latidos del corazón persiguiéndose unos a otros se

encaminó allí y a los dos minutos estaba parada ante la entrada a la unidad.

-Lo siento -la enfermera, una robusta pelirroja, fue muy tajante en su negativa-. No hay ninguna posibilidad de que vea hoy al señor Diamond. Sólo se le permiten visitas a la familia, y de pocos minutos. Puede que mañana sí.

Hubiera sido más fácil tomar la Bastilla sin ayuda que intentar traspasar aquella barrera de mujer, pensó Laura.

Se volvió, triste, negándose a aceptar que tendría que esperar al día siguiente para darle las gracias por salvarle la vida. También quería pedirle perdón por no haberlo escuchado cuando le habló del peligro que corrían Sweet Briar, y ella, con aquella instalación eléctrica tan vieja. No era como si no se hubiera podido permitir el lujo de cambiarla, había sido por obstinación. Y ésta había sido la causa de que Nick estuviese ahora gravemente herido.

-¡Laura!

La voz sonó a sus espaldas y la hizo girarse con tal avidez que casi resbaló en el pulido suelo. Recuperó el equilibrio y entonces, observó que una angustiada Sally corría hacia ella.

«Es todo por mi culpa», pensó Laura. «Es culpa mía que esté tan preocupada». Se quedó donde estaba mientras Sally se aproximaba para fundirse con ella en un lloroso abrazo.

-¡Laura, menos mal que te encuentro! -le dijo ésta al tiempo que la tomaba de las manos y la contemplaba-. ¿Estás bien? Te veo muy pálida, pero el médico me ha dicho que, aunque tuviste un ataque de nervios...

-Estoy bien. Pero, ¿qué es de Nick? Nadie me dice nada.

-Los brazos... -le contestó Sally con la voz poco firme-. Eso es lo peor. Se hizo unos cortes muy profundos al romper una ventana para entrar y ha perdido mucha sangre.

-¿Has hablado con él? ¿Puede...?

Sally negó con la cabeza.

-No, está inconsciente. Voy a volver más tarde -añadió con un gesto de preocupación-. ¿Cómo vas a ir a casa...? -se detuvo con un gesto de pesar-. ¡Laura, lo siento! Ahora ya no tienes dónde ir. La casa... -tomó un pañuelo y se lo llevó a los ojos-. Tienes que venir a casa y quedarte con nosotros hasta que...

-No, no -le respondió Laura, sintiéndose conmovida ante aquel arranque de generosidad de Sally-. Gracias, Sally, pero ya he hecho otros planes.

-Pero, ¿cómo te las vas a arreglar? ¿No se quemó todo en el incendio? La ropa y todos los documentos, las tarjetas de crédito...

-He hecho un par de llamadas y ya está todo arreglado. Gracias de todas maneras por preocuparte por mí.

Sally miró el reloj y lanzó una exclamación.

-Vaya, tengo que irme ya. James está de viaje y la única niñera que he conseguido encontrar tiene que estar en otro sitio a las once. Laura, manténte en contacto con nosotros. Llámame y dame tu teléfono cuando ya te hayas instalado. Podemos quedar aquí mismo y tomarnos un café. Puede que mañana te dejen ver a Nick.

Laura no le prometió nada. Ya le había tomado mucho cariño a Sally y no quería que aquello fuese a más: eso se lo pondría aún más difícil cuando abandonase Vancouver.

-Entonces nos veremos, seguramente -le contestó Laura siendo deliberadamente ambigua mientras la acompañaba hasta el ascensor-. No bajo contigo, Sally. Voy a ir antes al servicio.

Sally le dio a Laura otro cálido abrazo cuando se abrieron las puertas del ascensor.

-Sé que Nick te importa -le susurró-. Gracias, significa mucho...

Un segundo después, las puertas del ascensor se cerraron y Laura la perdió de vista.

Casi no tuvo tiempo de llegar al servicio antes de que se le saltaran las lágrimas. Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, apoyada en la blanca pared de azulejos, llorando. Finalmente se calmó y, tan cansada que casi no podía mantenerse en pie, tomó una toalla de papel y se secó el rostro. Después, respirando hondo, salió de nuevo al pasillo.

Desde donde estaba, no se veía la recepción de la planta: estaba a la vuelta de la esquina. Pero al irse acercando escuchó una voz conocida que venía desde allí.

-Sí, ya sé que no se permiten visitas esta mañana, aparte de a los familiares -el tono sensual de Melody era inconfundible-. Pero mire, soy la prometida del señor Diamond y pienso que se enojará bastante cuando descubra que no me han permitido el acceso. Y eso no nos interesa, ¿verdad?

La respuesta de la muralla pelirroja fue suave como la seda.

-Por supuesto que no, señorita. Acompáñeme, por favor.

Aquello fue como un jarro de agua fría. Nick estaba prometido. El dolor le partió el corazón. ¡Qué tonta, qué patética se sentía! ¿Cómo podía haber creído ni por un instante que alguien como Nick Diamond iba a tomarla en serio? Comparada con la exquisita Melody, ella era tan interesante como una sopa fría.

Temblando se apoyó en la pared. ¿Le habría contado a Melody que se había acostado con ella aquella noche? ¿Le habría explicado que

había sido necesario para asegurarse de que le vendía Sweet Briar? Incluso podía que lo hubieran planeado juntos para que él iniciase su gran proyecto de urbanización antes de casarse.

¿Y cómo era posible que nadie le hubiese comentado lo de su compromiso? Acaso lo habían mantenido en secreto para no arruinar el plan de engatusarla.

Laura deseó poder huir de allí en aquel mismo instante. Si pudiera subir en el primer avión que saliese de Vancouver... Pero no podía. A pesar del desprecio que le inspiraba, quería ver a Nick y darle las gracias en persona por salvarle la vida.

Y una vez lo hubiese hecho, no quedaría nada que la atase a aquel lugar. Volvería a Toronto, vendería la casa y todas las demás posesiones que le recordaran a Jason y comenzaría una nueva vida. Una vida donde los hombres no tendrían cabida.

Pasaron tres días antes de que en el hospital le permitiesen ver a Nick. El día que se lo anunciaron le pidieron, sin embargo, que para hacerlo volviese más tarde.

Teniendo ya la seguridad de que lo vería ese mismo día, Laura llamó a Marvin Twigg y le pidió que se ocupase de todos los papeles concernientes al incendio: los informes que pediría la compañía de seguros y cosas así.

-De acuerdo -le dijo éste-. Por cierto, el abogado del señor Diamond me llamó el sábado y dejó un mensaje en el contestador. He llamado varias veces, pero no he conseguido aún hablar con...

-¿Seguro que fue el sábado?

-Sí, hacia las tres.

Es decir, que había sido después de que Nick y ella pasaran la noche juntos.

-¿Tienes idea de para qué llamaba? -le preguntó Laura, haciendo un gran esfuerzo.

-Sí, algo relacionado conn la oferta de compra que nos hicieron.

No la sorprendió mucho. Sin embargo, tras colgar se quedó como ausente unos minutos, tratando de asimilar la noticia que le confirmaba las malévolas maquinaciones de Nick. No había perdido el tiempo, no. Tan solo unas horas después de llevarla a la cama había puesto a su abogado en acción de nuevo, sabiendo que ella sería más vulnerable que nunca tras lo ocurrido la noche anterior. ¡Qué estúpida había sido!

Pero, aún sin dejar de hacerse reproches a sí misma, volvió a descolgar el teléfono y le pidió a la operadora que le pasara con una

agencia de viajes. En cuestión de minutos había reservado un billete a Toronto para aquella misma tarde.

Vería a Nick a las dos, le diría lo que tenía que decirle y se iría de Vancouver.

Para no volver jamás.

-¡Laura! -le dijo con la voz ronca al verla-. Gracias a dios... Creía que no te dejarían verme nunca. Me estaba volviendo loco pensando en qué estarías haciendo y dónde estabas.

-¿Cómo estás?

Laura forzó una sonrisa sin prestarle atención al dolor que le devoraba el corazón al ver su cara. Estaba pálido y ojeroso y tenía el pelo pegado a la cabeza. Los brazos, vendados, los tenía extendidos sobre la colcha. Necesitó todo el autocontrol que poseía para no correr a su lado y romper a llorar.

-Muy bien, ahora que estás aquí.

Ella tomó una silla al ver que él se lo indicaba con la cabeza y sentó cerca, pero no demasiado cerca, de él.

-Créeme, intenté entrar, pero -añadió en un tono cómplice- no había manera de burlar a esa vieja guerrera que monta guardia.

-¿Quién, Irma? -rió Nick con unos secos labios que conmovieron a Laura-. No es tan mala cuando la conoces.

Entonces se puso más serio y añadió:

-¿Y cómo estás tú, cariño?

¿Cómo podía ser tan convincente un hombre tan falso? Laura estuvo a punto de caer de nuevo en las redes de su encanto, pero escapó a tiempo. «Este hombre», se recordó a sí misma, «ha intentado utilizarte. No puedes confiar en él».

-Yo estoy bien -dijo con tranquilidad-. Gracias a ti y tu valentía. Quiero darte las gracias por salvarme la vida...

-No tienes que dármelas, amor. No sabes cuánto me alegro de haber estado despierto aquella noche. Si no, no hubiera visto las llamas. Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

-Puede que sí y puede que no. La cuestión es que tú arriesgaste la vida por salvarme... -alzó una mano para detenerlo al ver que intentaba decir algo-. Déjame terminar Nick: nada de esto hubiera pasado si te hubiera hecho caso cuando me aconsejaste que renovase la casa. Han descubierto que el fuego empezó en el panel de conexiones del sótano. Además de darte las gracias, tengo que disculparme. Y lo hago sinceramente.

Se sentía vacía, pero tenía que continuar y decirlo todo dicho.

-Nunca podré compensarte por todo este sufrimiento, por todo lo que has pasado y pasarás por mi causa... Pero hay algo que sí puedo y pienso hacer antes de irme esta tarde de Vancouver.

-¿Te vas? -le preguntó él con desánimo y asombro-. ¿Hasta cuando? ¿Y por qué?

-No voy a volver, Nick. Y respecto al porqué... -reuniendo todas las fuerzas que le quedaban se puso en pie-. No he encontrado lo que esperaba hallar aquí. Ya te conté lo desgraciado que fue mi matrimonio con Jason. Sweet Briar iba a ser el lugar donde me repusiese y comenzase una nueva vida. Pero ya no existe y, además, tampoco era como yo lo recordaba. Todo había cambiado mucho.

La expresión de Nick era de desolación y su tono crudo.

-¿Y qué pasa con nosotros, Laura?

-Me temo que no hay ningún «nosotros» -dijo con un gesto que intentaba ser despreocupado-. Me da vergüenza admitirlo, pero me hacía falta, después de cierto tiempo sin tener relaciones sexuales, satisfacer mis necesidades físicas y... tú estabas disponible. Siento mucho que lo hayas interpretado de otra manera. No eres mi tipo de hombre.

Y lo último, sólo lo último, era verdad. Nick era un hombre sin principios. El tipo de hombre que acabaría por destruir toda la dulzura y ternura que había en ella.

-¿Dónde vas a ir? -dijo él, obviamente confuso-. ¿Cómo te las vas a arreglar sola? Laura, debes de haber perdido la cabeza.

-No, Nick. Por primera vez en mi vida tengo la cabeza en mi sitio. ¿Qué dónde voy a ir sola? -preguntó con una fría sonrisa en los labios-.Te sorprenderá saberlo pero mi marido me dejó mucho dinero. Más del que podría gastar en toda mi vida. Y una mujer con una fortuna así nunca tiene que preocuparse de quedarse sola.

-No me sorprende -dijo un Nick con los ojos como muertos-. Sé quién eres Laura. Sé que tu marido era Jason Thorne, dueño de Electrónica Thorne.

-¿Lo sabías? Pero... -Laura lo miró atónita y entonces sintió que la rabia la invadía-. ¿Has investigado mi pasado? -explotó-. De todas las maquinaciones...

-¡Por supuesto que no! Tú misma me dijiste que tu F marido era Jason Thorne. En el momento no me di cuenta, pero después seguí dándole vueltas. Sabía que había visto ese nombre en alguna parte, quizá en alguna revista de negocios. Las repasé y encontré su esquela. Y su biografía escrita al lado.

Laura se estremeció. 0 sea, que Nick hacía tiempo que sabía que era una viuda adinerada. Momentos antes había creído que ya no

podría ser más desgraciada, pero se había equivocado.

Siempre la había intrigado el interés que mostraba en ella a pesar de ser, en sus propias palabras, tan «pálida y lánguida». Ya sabía lo que le había atraído: su dinero.

-Me parece un tanto sorprendente -le dijo sin hacer ningún intento de ocultar su sarcasmo- que no me contases entonces lo que habías descubierto.

-Estaba esperando a que confiases en mí lo suficiente como para contármelo tú misma -respondió él con calma.

-¿Confiar? -dijo ella con una seca risa-. Bonita palabra. Nick, la noche que cancelaste nuestra cena en el Catalpa Inn tu ayudante me dijo pasarías el resto de la tarde reunido con tu abogado. ¿Me equivoco, capté mal el mensaje?

Nick adoptó tal expresión de desorientación que Laura pensó que, de no conocerlo mejor, la hubiese convencido.

-No, el mensaje era ése. Estuve reunido con...

-¿Cuánto duró aquella reunión?

-Hasta bien pasada la medianoche -se incorporó sobre un codo y ella vio como empalidecía-. Iba a contártelo a la mañana siguiente pero...

-¿Contarme qué?

Tenía la sensación de estar cayendo en un eterno pozo oscuro. Había sido una idiota al hablarle de aquella noche. ¿Qué esperaba? ¿Que le diese alguna maravillosa explicación que lo aclarase todo? Debía de estar loca, pero aquel último rayo de esperanza se había abierto camino a pesar de todo. Ahora tendría que aceptar la realidad: Nick Diamond era un mentiroso de la peor clase.

-Que ya podías seguir adelante con el proyecto de Diamond Forest, ¿no? -añadió ella.

-Sí -dijo él con la voz rota-. Déjame decirte...

-No -lo interrumpió ella en un tono helador-, ¡déjame a mí decirte! Como acabo de explicarte, jamás podré recompensarte por haberme salvado la vida. Pero sí puedo facilitarte las cosas: ya no quiero Sweet Briar, o lo que queda de ella, y he decidido vender el terreno a precio de mercado.

El empezó a decir algo, pero ella no se lo permitió.

-Voy a informar esta tarde a mi abogado y él se reunirá con el tuyo para tratar los detalles. Por favor, no trates de ponerte en contacto personalmente conmigo: no tengo interés alguno en tu proyecto ni en ningún otro de tus planes. De hecho, espero no volver a verte nunca más.

Al tiempo que pronunciaba las últimas palabras, se volvió con los

ojos y el corazón llenos de lágrimas, unas lágrimas que jamás le dejaría ver.

-¡Espera! -dijo en un tono autoritario que no intimidó a Laura-. ¡Escúchame, Laura!

El estruendo del portazo ahogó sus palabras. Entre lágrimas vio que Irma se dirigía a ella a sabiendas de que había disgustado a su paciente. La enfermera se interpuso en su camino, pero Laura se apartó y corrió por el pasillo. Sabía que si se paraba sólo diría cosas de las que luego se arrepentiría.

La reacción no se hizo sentir hasta que estuvo fuera. Se le formó un nudo en el estómago y las piernas le temblaban. Respiró despacio y hondo para relajarse.

Ya había pasado todo.

Debería sentirse aliviada, y estaba aliviada de haber conseguido no derrumbarse ante él. Pero, al pensar en el futuro, sintió una desolación dentro de si que la acompañaría durante mucho, mucho tiempo.

Quizá el resto de su vida.

Capítulo 11

LAURA le llevó tres meses vender la casa de

Toronto. Los nuevos dueños pensaban instalarse el quince de septiembre y, el día antes, Laura se encontró paseando con tristeza por las vacías habitaciones.

Si había surgido algo bueno de su estancia en Sweet Briar, era que los recuerdos de Jason se habían debilitado y ya no la hacían daño. El único problema era que habían sido sustituidos por los recuerdos de otro hombre, recuerdos más vivos y aún más dolorosos.

El eco de sus pisadas resonó al cruzar el vestíbulo de alto techo hacia la puerta principal. No sentía ni un asomo de remordimiento: había vendido todo lo que fue parte de su vida con Jason y se sentía libre.

Reparó entonces en un sobre color crema que debían de haber llevado cuando ella estaba en el piso de arriba.

Se agachó a recogerlo pensando que aquella era la última carta que recibiría en esa casa. Había dado orden de que retuviesen todo su correo hasta que volviese del crucero de dos semanas por el Caribe que se disponía a hacer.

Había decidido que, en el futuro, quería trabajar con niños y aquellas vacaciones le darían la oportunidad de pensar dónde iba a echar raíces.

Con la mirada ausente abrió el sobre y vio que era una invitación. Una invitación del alcalde de Juniper Ridge para asistir a un acto de homenaje a Charity Brown. La fecha era el treinta de septiembre.

No podía, por supuesto. Había tomado la decisión de no volver nunca jamás a Vancouver. La mención de Juniper Ridge le dolía al recordarle los sueños que había tejido allí y que se habían convertido en pesadillas. Juniper Ridge y Nick Diamond estarían eternamente unidos en su pensamiento, pensó con un escalofrío.

Pero, al meter la invitación en el sobre, le pareció escuchar los ecos de una voz que la llamaba desde el pasado, una voz que amaba y que le traía recuerdos de aquel verano...

La voz de Charity llamándola desde el jardín. Llamándola, veinte años después, desde algún lugar lejano y, sin embargo, no tan lejano.

-Ven, niña, por última vez...

Sus ojos se humedecieron y tuvo la sensación de que el corazón se le partía en dos. ¿Cómo podía hacer oídos sordos a aquella llamada? No podía negarse a ir después de todo lo que Charity había hecho por ella.

El treinta de septiembre. Faltaban dos semanas. Aún podía seguir adelante con sus vacaciones: estaría de vuelta del crucero el día

veintiocho. No había nada, absolutamente nada, que le impidiese asistir a la ceremonia.

Llamaría a la oficina del alcalde para aceptar la invitación. Era lo correcto.

El crucero había sido maravilloso. Aunque Laura tenía intención de pasar el tiempo sola, pronto descubrió que no se lo iban a permitir. La primera noche coincidió en la cena con varias chicas solteras dispuestas a divertirse y éstas la habían incluido en el grupo, a pesar de sus protestas.

En los días que siguieron no paró ni un segundo. Se divirtió tanto que, cuando volvió a Toronto, tenía mejor aspecto del que había tenido en años. Estaba morena y saludable y había subido un poco de peso, lo cual le favorecía. También se había comprado tres vestidos nuevos en la tienda del barco. Uno de ellos era de un bonito verde hoja y lo adquirió pensando en el homenaje a Charity.

Esperaba que el sol brillase aquel día.

Y lo hizo.

Laura alzó los ojos al cielo al salir del hotel para subir a la limusina y vio que era de un azul intenso, realzado por una enorme nube blanca sobre las montañas del norte. Dejó escapar un suspiro de alegría. Era un día perfecto.

Al entrar en el coche que el alcalde había enviado a recogerla, cayó en la cuenta de que no sabía dónde iba. La invitación no decía dónde se celebraría el acto. Evidentemente, el conductor sí lo sabía, porque tomó Marine Drive sin dudarlo un momento.

Sentada en el asiento de atrás Laura vio su reflejo en el cristal de la ventana y no pudo evitar comparar aquella imagen con la de la mujer que era cuatro meses antes, aquel día que llegó a Sweet Briar en taxi.

Entonces, todo en ella había sido descuidado, triste y pálido y hoy brillaba. Sonrió y se perdió en los recuerdos del crucero y de las estupendas amigas que había hecho en él.

Estaba tan absorta que se sobresaltó un poco cuando el conductor anunció que llegaban a su destino.

Pararon y, antes de que pudiera abrir la puerta, ésta se abrió desde fuera. Al salir, la saludó una pareja de mediana edad.

-¡Señorita Grant! -le dijo el hombre con una sonrisa y un apretón de manos-. Nos alegramos mucho de que haya podido venir. Yo soy Griffith Wood, el alcalde de Juniper Ridge, y ésta es mi esposa Buffy.

-Venga, querida. Quiero presentarle a unas personas antes de que comience el acto. Estamos esperando a que llegue el fotógrafo: todos

los demás ya han llegado.

Los Wood se apartaron un poco y sólo entonces tuvo oportunidad Laura de mirar a su alrededor y darse cuenta de dónde estaba.

Si el alcalde no la hubiera llevado del brazo, se hubiera desmayado allí mismo. Estaban caminando por Juniper Avenue, justo por delante de la casa de Nick, y se dirigían hacia Sweet Briar.

Se estremeció. Había abandonado Vancouver sin ver siquiera los restos de la casa porque sabía que no hubiera soportado la imagen de las calcinadas ruinas. Estaba confusa y no entendía por qué el alcalde la llevaba allí. ¿Dónde iban a celebrar la ceremonia?

La puerta de la blanca valla de Sweet Briar estaba abierta y la pareja se apartó para cederle el paso a ella.

Sintió que el corazón le daba un vuelco al no ver el feo y desnudo terreno que esperaba, con todos los árboles talados por una de las máquinas de Nick, sino una réplica casi perfecta de la casa que, durante tantos años, había estado allí.

Había mucha gente paseando por el jardín, conversando y pasándolo bien. El alcalde le hablaba, pero ella no lo oía. Estaba demasiado concentrada tratando de entender algo. ¿Quién había hecho aquello? No podía haber sido... ¿Nick?

Sin querer, se volvió a mirar la enorme casa cuyas ventanas daban al jardín trasero de Sweet Briar y unaa profunda decepción hizo mella en ella al ver que allí no había nadie.

¿Qué había esperado ver? ¿Una figura alta y morena junto a una de las ventanas?

-Así que -le llegó la voz del alcalde-, debido al gran interés por los niños que siempre mostró su tía, la casa se utilizará para darles un lugar donde pasar las vacaciones a aquellos...

Laura no conseguía concentrarse en nada. Estaba mareada y confusa e iba a pedir un vaso de agua justo cuando vio a Sally que se dirigía hacia ella.

Laura trató de aparentar tranquilidad. Dejó que la abrazase y le dijese cuánto se alegraba de verla y el buen aspecto que tenía. Entonces, antes de que pudiera responderle nada, el alcalde intervino:

-Ahora, damas, vayamos adentro.

Los siguientes quince minutos pasaron para Laura en una nebulosa de discursos, entre ellos los de varios antiguos alumnos de Charity que exponían sus virtudes. Su intervención, el rito de cortar la cinta, pasó sin incidente alguno. Después, mientras se servían la tarta y el ponche de frutas, Sally se llevó a Laura a un rincón tranquilo del jardín y tuvieron por fin oportunidad de intercambiar unas palabras.

-¡No entiendo qué ha ocurrido! La casa... -dijo Laura con la voz

temblorosa-. Creía que Nick necesitaba el terreno para la vía de acceso al bosque.

-Al final no le hizo falta. ¿Recuerdas el rumor de que se iba a hacer una carretera que entrase por el este? Sabes que votaron en contra, ¿no? Pero después, por asuntos internos del ayuntamiento, gran parte de los miembros de la comisión dimitió. Cuando se nombró a los nuevos, se repitió la votación sobre ese proyecto y esta vez sí que le dieron luz verde. Ya ves...

-Nick no necesitaba entonces el terreno... -dijo una aturdida Laura-. Y se lo vendió al ayuntamiento y ellos reconstruyeron la casa para...

-¡No, no lo vendió! La idea del hogar infantil fue suya y él mismo la ha financiado. Era algo que quería hacer sin darle ninguna publicidad. Eso fue parte del trato con el ayuntamiento cuando donó el dinero. Yo le comenté que tal vez debiera llamarte y consultártelo, pero me contestó, que le habías dicho que no te importaba nada Sweet Briar, que todo había cambiado mucho desde que viniste aquí de niña.

Laura notó que se le formaba un nudo en la garganta.

-Sí, lo dije.

¿Sabría Sally cuáles eran sus razones? ¿Le habría contado Nick que ella, Laura, odiaba lo que había hecho de Juniper Ridge? ¿Que le rompía el corazón que talase el bosque?

-¿Cómo está Nick? -dijo con la voz ronca, pese a sus esfuerzos por hablar con firmeza.

Sally adoptó un gesto de preocupación.

-Me temo que no muy bien. Trabaja demasiado últimamente, más aún de lo normal. Me ha dicho que no tenía tiempo para venir al acto hoy. ¿No crees que debería haber hecho un esfuerzo? -suspiró-. Le veo tan poco... Casi todo lo que sé de él es a través de Melody.

Melody. Claro, para Melody siempre tendría tiempo. Pero Laura no quería hablar del tema: le dolía demasiado.

Se alegró de ver acercarse al sonriente alcalde y de que éste pusiera fin a aquella conversación.

-Gracias de nuevo por venir hasta aquí -le dijo a Laura, al tiempo que le estrechaba la mano-. Mi esposa y yo debemos ausentarnos ahora: hay otro acto al que tenemos que asistir. ¿Quiere que la llevemos a alguna parte o que enviemos la limusina a buscarla más tarde?

-No -le contestó ella, forzando una sonrisa-, creo que me quedaré un rato más. Me imagino que ya no volveré por aquí y me gustaría echarle una última mirada cuando todo el mundo se haya ido. Volveré al pueblo andando y tomaré allí un taxi.

-Sí, hace un día precioso para pasear.

Tras irse él, los demás invitados empezaron a despedirse también y, finalmente, Laura y Sally volvieron a quedarse solas.

-Me quedaría contigo -murmuró Sally- pero tengo la impresión de que lo decías sinceramente, de que quieres quedarte aquí sola un rato. ¿Quieres que comamos juntas mañana? 0 si no, ¿te apetece venir a pasar unos días con nosotros en casa?

-Gracias, Sally, pero ya tengo el billete y me voy esta misma tarde -Laura tomó aliento-. Cuando veas a Nick dile, por favor, que me encanta lo que ha hecho con Sweet Briar. Significa mucho para mí.

-Lo haré -le aseguró Sally, al tiempo que la abrazaba-. Y si vuelves a Vancouver no dejes de llamarme, me alegraré mucho de volver a verte.

Laura se quedó donde estaba hasta que el coche de Sally se perdió en la tarde de septiembre. Entonces, con el corazón tan maltrecho como si una manada de bisontes le hubiese pasado por encima, volvió a mirar la casita con lágrimas en los ojos. ¡Qué extraño que un hombre que no tenía escrúpulos a la hora de arrasar un bosque tuviera aquel rincón tan tierno en el alma!

Exhausta y triste, paseó por el jardín grabando cada imagen en su memoria, hasta que estuvo segura de que no olvidaría ni un solo detalle.

Al fin decidió que era hora de irse. Sin embargo, tras salir a la calle, se dio cuenta de que sus pies no la llevaban hacia la carretera, sino hacia el bosque.

Sólo un paseo, el último, parecían decirle. Y ella no pudo resistirse. Caminó por el sendero cubierto de agujas de pino escuchando el canto de los pájaros y el murmullo de las criaturas que lo habitaban, aspirando el aroma a tierra y flores silvestres...

Llegó casi sin hacer ruido a la hondonada de las hadas. El sol brillaba con fuerza y la paz que se respiraba era una bendición. Cerró los ojos y se apoyó en un árbol recordando con desolación cómo Nick la había empujado contra aquel mismo árbol en aquel día que ahora le parecía tan lejano.

Tras unos minutos, se puso de nuevo en marcha con las manos en los bolsillos y vagó por los alrededores deleitándose con las flores y los aromas. Cuando una nube ocultó por un momento el sol miró el reloj y cayó en la cuenta de que debería ir yéndose.

Pero se quedó. Era como si aquel lugar la hubiese hechizado, como si quisiera que se quedara para siempre.

Se dejó caer sobre un tronco que yacía en el suelo. El color de su vestido se fundía con el del fondo y por eso, reparó unos minutos más tarde con consternación, el hombre que se acercaba por el sendero no

había advertido su presencia.

Capítulo 12

NICK llevaba la misma ropa que la primera vez que se encontraron: una camisa caqui con las mangas subidas, unos vaqueros viejos y un cinturón con una hebilla plateada. No estaba sudoroso y polvoriento como la otra vez y, además, tenía el pelo más largo y parecía muy cansado, lo cual le hacía parecer más atractivo que nunca.

Laura lo observó detenerse en el mismo lugar donde ella había estado unos minutos antes y reparó, con un agudo sentimiento de culpa, en las cicatrices de los brazos que lo acompañarían siempre como recuerdo de la noche del incendio.

¿Por qué estaría allí? ¿Por qué acariciaba el tronco de aquel árbol con una expresión de desolación tal que se diría que el peso del] mundo recaía sobre sus hombros? Laura tuvo la sensación de que el corazón se le hacía mil añicos. ¿Por qué no se habría ido antes...?

Nick emitió un sonido de dolor.

Ella se puso aún más tensa mientras él abría los ojos y alzaba la cara. Despacio, como un robot, Laura se volvió y fijó la vista en la hondonada. Entonces, dio gracias al cielo porque la vista de él no se había detenido en ella.

Durante un largo instante, Nick se quedó como helado, como una estatua. Después, muy lentamente, movió los ojos en dirección a ella.

Sus miradas se cruzaron.

-Laura -dijo una voz llena de confusión y casi irreconocible-. Creía que te habías ido -dijo sin moverse del sitio.

-Yo tampoco esperaba verte aquí -consiguió decir con una sombra de ironía que la llenó de satisfacción-. Pero me alegro de tener la oportunidad de decirte que me parece maravilloso lo que has hecho con Sweet Briar.

-Me sorprendió saber que vendrías a la ceremonia.

Ella se encogió de hombros.

-Nada más me hubiera hecho volver aquí.

Incluso a tanta distancia, pudo advertir unos segundos de dolor en su rostro antes de que su expresión volviera a ser tirante. ¿Qué habría causado aquella reacción? ¿El remordimiento, quizá, por su traición?

El silencio que se hizo le puso los nervios de punta. Nick no mostraba intención de irse y ella comprendió que, si no daba un paso, los dos podrían quedarse allí el resto de su vida, mirándose el uno al otro, con el aire cargado de emoción.

Laura comenzó a andar hacia el sendero. Él tenía los ojos clavados en ella como si quisiera explorar los rincones de su alma.

Se detuvo. Sus pies lo decidieron por sí mismos. Estaba tan cerca

de él que veía cada detalle de su cara. Y percibía su aroma, un aroma que la asaltó sin piedad. Ya casi había olvidado lo vulnerable que era a aquel olor cargado de feromonas. Era imposible de resistir. Sintió que su cuerpo reaccionaba desde lo más profundo y femenino de sí misma. Sus pezones se endurecieron, marcándose en la fina tela del vestido.

Y su corazón lloraba de deseo, deseo de acercarse a aquel hombre, de ser una sola alma y un solo cuerpo con él. Pero no era el hombre adecuado para ella.

Se las arregló para erguirse, ocultar la emoción que sus ojos mostraban y mirarlo con una mirada directa y dura.

-Dale recuerdos a Melody -dijo con la voz muy clara.

Él no reaccionó avergonzándose como ella esperaba, sino que pareció asombrarse.

-¿Melody?

Si en vez de hacerse el tonto se hubiera disculpado de alguna manera, ella podría haber sentido algo de compasión por él y quizá lo hubiese perdonado. Pero su arrogancia la llenó de desprecio.

¿Por qué aún, después de todo lo que había pasado, fingía no tener que ver con la rubia?

-¿Todavía la ves, no?

-Claro que la veo, es mi...

-Tu amante -dijo Laura con un aire despectivo.

Nick la observó con la boca abierta, atónito. Una actuación digna de un óscar, pensó Laura.

-¿Mi amante? -dijo con una expresión turbulenta-. ¿De qué demonios hablas?

-No me imagino a un hombre tan sensual como tú teniendo una relación platónica con la mujer a la que ama -replicó ella con rabia y resentimiento.

Laura sólo veía sus ojos. Los tenía grises y desesperados como una batalla en invierno.

-No -dijo con crudeza-, a menos que esa mujer me rechace.

-¿0 sea, que te está haciendo esperar? ¡Qué frustrarte debe de ser...!

-¡Maldita mujer! ¿Por qué sigues mezclando en esto a Melody Ricci? ¡Es mi abogado, y eso es todo! Jamás ha habido nada más entre nosotros. Ni siquiera una chispa de atracción sexual. Y nunca la habrá.

Laura sintió un escalofrío al oírlo. ¿Había dicho que Melody era su abogado? No podía ser. Siempre había pensado que su abogado era un hombre...

¿Qué dirían las feministas si la oyesen? Claro que Melody Rice¡ no

tenía aspecto de abogado pero, ¿quién decía que un abogado no podía ser rubia, guapa y sexy?

Entre toda la confusión que reinaba en su cabeza una cosa estaba clara: Nick no le había mentido sobre la noche de la cena en el Catalpa Inn. Realmente había estado allí con su abogado.

-¿No es tu prometida? Se lo oí decir en el hospital cuando iba a entrar a verte.

Los dedos de él se curvaron alrededor de los hombros de Laura y sus sentidos se cerraron a todo lo demás: lo único que existía en el mundo era la expresión de Nick de comprender finalmente.

-Pues claro que lo oíste -dijo lentamente con un naciente brillo en los ojos-. Era un truco para que la dejasen pasar. Un truco del que está muy orgullosa, por cierto. Mintió un poco...

Sus palabras se perdieron y, cuando se miraron a los ojos, fue como si la corriente que hubiera sido cruelmente cortada semanas antes se hubiera restablecido. Laura sintió que la sangre le cantaba en las venas.

-¿Durante todo este tiempo has creído que yo tenía una relación con Melody? -dijo con un gesto de dolor en el rostro-. Laura, es una amiga de mi hermana y ésta nos presentó para ver si congeniábamos. Y lo hicimos, pero como cliente y abogado. Tiene mucha personalidad y y no está dispuesta a vestir como un hombre sólo por trabajar en un mundo que solía estar dominado por los hombres.

Laura bajó la mirada.

-¿Y me has hecho sufrir todo este tiempo porque creías...?

No acabó la frase. Sus labios asaltaron los de ella apasionadamente, sin compasión, casi con desesperación. Cuando finalmente los separaron para tomar aire, el corazón de Laura parecía a punto de estallar.

-Los dos somos culpables de sacar conclusiones apresuradas -le dijo en un tono burlón.

-Sí, pero yo más. Sabes, creí que te habías acostado conmigo para convencerme de que te vendiese Sweet Briar.

-Me acosté contigo porque me habías vuelto loco, y sólo por eso. Y cuando salí de casa a la mañana siguiente, parecías tan feliz... Por esa razón, no entendí nada al ver tu comportamiento en el hospital.

-Estaba feliz, estaba enamorada de ti. Ni siquiera sé muy bien cuando ocurrió... ¡Y eso que no empezamos bien, verdad!

-Y acabamos igual que habíamos empezado: discutiendo -replicó él-. Estuviste tan hostil y fría en el hospital... Jamás conseguí entender qué te había hecho cambiar tanto.

-La noche que cancelaste nuestra cena -respondió ella- fui sola al

restaurante. Y, al llegar, os vi a Melody y a ti cenando y brindando...

-¡Nos acabábamos de enterar de que el ayuntamiento había cambiado de opinión respecto a la carretera del este! Te llamé varias veces por la tarde para contártelo, pero no estabas. Si te hubiera visto...

-Huí antes de que pudieras verme. Y después, mi abogado me dijo que habíais llamado para hablar de la compra de mi casa. Pensé que querías insistir aprovechando que yo sería más vulnerable en aquel momento.

-Lo que en realidad quería hacer era retirar la oferta de compra. ¡Tienes que haber pensado que yo era una rata! -le dijo Nick, tomándole la cara entre las manos-. ¿Todavía lo crees?

-No, claro que no... -le contestó ella con una infinita tristeza.

Aún había valores de Nick que no compartía. Lo amaba, y mucho, pero también amaba el bosque que él pensaba destruir.

-0 sea -le dijo intentando no mostrar ningún asomo de crítica en su voz-, que ya tienes lo que quieres.

-Sí, por fin, tengo lo que quiero -la atrajo más hacia si-. Sabes, Laura, salvarte la vida me abrió los ojos. No sólo ayudó a aliviar mi sentimiento de culpabilidad... Sí, Sally me dijo que te lo había contado todo. También me hizo darme cuenta de que había perdido el norte y ya no sabía apreciar las cosas verdaderamente importantes de la vida. No las casas, ni el dinero... Ni siquiera el bosque. Lo realmente importante es el amor. Cuando creí perderte, sentí el vacío que me había acompañado durante tantos años y supe que la vida sólo merecería la pena si la vivía junto a ti. Mis recuerdos de ti se mezclaron con los de aquella tarde en que nos besamos por primera vez, aquí mismo. Y con los recuerdos de cómo te enfrentaste a mí en cuanto al destino del bosque. Desde entonces, este lugar empezó a atraerme como si estuviera embrujado y comencé a reparar en cosas que antes nunca había visto: las mariposas, las flores silvestres, el rumor de la brisa entre los arbustos...

-¿Te embrujó? -dijo ella con suavidad.

-Me hizo ver en qué me había convertido, y me horrorizó. Laura, acabas de preguntarme- si tengo todo lo que quiero y te he dicho que sí. Absolutamente todo. No creo que tenga que decírtelo pero, para que conste, quiero que sepas que el proyecto de urbanización del bosque se ha cancelado.

Era un milagro. Jamás hubiera soñado oírle pronunciar aquellas palabras. Sin embargo, a la vez que a ella el corazón le estallaba de júbilo observó que sus ojos grises se nublaban como si estuviera pensando en el pasado.

-Nick, ¿en qué piensas? -le dijo en un susurro.

-En el día que le dije estas mismas palabras a Melody en la oficina, cuando dijiste que tu casa no estaba en venta. Entonces, me parecieron el fin del mundo y, ahora, me parecen un comienzo. El bosque seguirá siempre aquí para quien quiera disfrutar de él.

-Y esos niños que vengan a Sweet Briar podrán jugar aquí con las flores y correr bajo los árboles... Como yo de niña. Me encantaría poder estar con ellos y enseñarles todo lo que Charity me enseñó a mí.

-Si eso es lo que quieres, a lo mejor, puedo hacer algo al respecto...

-¿De verdad, Nick? Nada me haría más feliz que poder trabajar con niños pequeños.

-Entonces, así será, cariño. Y gracias a ti siempre habrá un bosque en el que podrán jugar. En cuanto a los otros cambios que he hecho en Juniper Ridge, ya es demasiado tarde. Lo único que puedo hacer es asegurarme de no volver a cometer los mismos errores nunca más.

-Eso es todo lo que podemos hacer, Nick.

-Entonces -dijo él tomando aliento-, mi querida Laura, a pesar de todos mis errores... ¿Te quieres casar conmigo?

-Sí, pero -dijo apartándose un poco de él con una mirada juguetona-, ¿no deberíamos echarle antes un vistazo al contrato? A ese contrato del que hablabas una tarde con Sally en el jardín...

-Eso era antes de enamorarme. El único contrato que firmaremos tú y yo será el de nuestra boda: amarnos, honramos y...

Laura lo detuvo poniéndole un dedo sobre los labios.

-Amamos y honrarnos -dijo con voz firme.

Él la besó de nuevo y ella creyó estar flotando.

-Lo primero que tenemos que hacer -le dijo él, jugueteando con un rizo de su pelo- es vender mi casa. No es un hogar, Laura, y tú ya me dejaste muy claro lo que pensabas de ella.

-Pero está cerca de Sweet Briar y del bosque -le dijo ella con suavidad-. Y lo convertiremos en un hogar. ¿Recuerdas lo que te dije? Un hogar es una casa donde hay amor.

-Eso te lo puedo garantizar.

-¿Es lo único que puedes garantizarme? -le preguntó ella con una pícara mirada.

Nick rió echando hacia atrás la cabeza.

-No, no es lo único. Vámonos ahora mismo y empecemos a transformarla en un hogar para nosotros y nuestros hijos.

En aquel instante, acudió a la mente de Laura la imagen del retrato que Sally había pintado cuando Nick era un adolescente. Al verlo se había preguntado si alguna vez volvería a sonreír así y la respuesta estaba ante sus ojos. Nick tenía exactamente la misma expresión que

en el cuadro. Nick Diamond volvía a ser el señor de todas las cosas.

Caminaronn de la mano y rieron a un tiempo y el eco repitió las risas, y Laura tuvo la sensación de que el corazón se le deshacía de amor por él.

Al alcanzar el principio del umbroso sendero, Laura tuvo la sensación de que alguien la observaba y se volvió con un escalofrío. Y se sintió tan aturdida como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

Allí, en medio de la hondonada, le pareció ver un hada. Un hada con pantalones cortos y un viejo sostén de algodón que llevaba unas tijeras de podar en la mano. Y que le decía adiós.

Debió de ser, pensó, un efecto óptico. Tenía que ser eso. Con el corazón latiéndole como un loco, cerró los ojos. Al abrirlos, la imagen había desaparecido. ¡Por supuesto!

Sonriendo secretamente ante aquellas ideas infantiles se volvió y, satisfecha, reclinó la cabeza en el hombro de Nick.

Y en el aire del bosque, entre los ecos de sus risas, se oyó un susurro tan débil como el rumor de la brisa que le decía:

-Bienvenida otra vez,, mi niña.

Grace Green - Amor en venta (Harlequín by Mariquiña)